1 hotel para 2 corazones



MAYA SIRVAL

UN HOTEL PARA DOS CORAZONES

(O CÓMO ENCONTRAR EL AMOR CON RESERVA Y SIN RESERVAS)



Título: *Un hotel para dos corazones*

© Maya Sirval

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1ª edición: marzo de 2025–*Independentlypublished*

Independentlypublished

UN HOTEL
PARA DOS CORAZONES
(o cómo encontrar el amor con reserva y sin reservas)

MAYA SIRVAL

Para los que se alojan siempre en mi corazón.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

Los hoteles son como los aeropuertos. Lugares de tránsito, pero a veces, te encuentras con alguien que te hace querer quedarte.

Up in the Air

PRÓLOGO

La primera vez que vi a Álex estaba sentado en la barra del pub, tomando una cerveza y jugueteando con algo que llevaba en las manos. Tenía la pinta de uno de esos actores sacados de una película antigua en blanco y negro.

Vestía una camisa blanca que contrastaba perfectamente con su piel bronceada por el sol. En el momento en que le eché el ojo, sabía que quería probarlo, literalmente.

Yo ya había estado con un par de hombres mayores, pero eran mucho menos atractivos y sus coches eran bastante peores que el Tesla que Álex tenía aparcado en la puerta del pub. Además, esos tipos tenían esposas e hijos y, aunque yo carecía completamente de algún tipo de remordimiento, era un coñazo salir con un casado… siempre a escondidas.

Estaba solo, no tenía pinta de esperar a nadie y no ocultaba sus manos, así que pude ver que no llevaba el típico corte del sol del anillo de casado. «¡Bingo!», pensé.

No entraré en detalles de cómo empecé a entablar conversación con él ni cómo conseguí acompañarle en su Tesla deportivo hasta su hotel al final de la noche.

Él estaba solo, buscaba compañía y yo soy una chica joven y guapa —sí, no necesito abuela— que estaba dispuesta a dársela. Lo

demás fue fácil y no requirió mucho esfuerzo por mi parte. Esa primera noche, hablamos poco y follamos mucho. Casi todo en la cama y algo frente al espejo, porque me gusta mirarme mientras me follan. Soy así, puro narcisismo.

Álex resultó ser un amante increíble. Nada que ver con los compañeros de mi facultad o los otros universitarios del campus. Algunos presumen mucho de ser unos expertos sin serlo; otros, lo único que hacen es lo que ven en las películas para adultos pero sin tener los atributos de los actores porno, claro. Álex, sin embargo, era otra historia. Me trataba todas las veces con el tipo justo de respeto y guarrerío que a mí me gusta.

Digo todas las veces porque, después de esa primera noche, repetimos. Álex me contó, en el poco tiempo que hablamos, que era de Madrid y venía por «negocios» cada dos semanas.

—¿Te gustaría que te llamara cuando venga? —me preguntó mientras me miraba vestirme—. Podríamos salir a cenar y me vas enseñando los sitios buenos de la ciudad.

No voy a negarlo, una de mis fantasías siempre fue liarme con un hombre rico, que me sacara por ahí. A ser posible que no fuera un viejo y si, además, estaba bueno, pues mucho mejor. El que follara bien era un punto extra pero para nada suponía un requisito y, mucho menos, imprescindible. Pero es que encima el tío follaba muy bien, así que un par de sábados al mes me iba bien comida y bien satisfecha, en todos los sentidos. Y lo de comida, la mayoría de veces tenía que ver más con sexo que con el tipo de alimentación o el restaurante al que lo llevaba.

Lo bueno de mi «pequeña relación» con Álex, era que no era una relación. No me escribía cada dos minutos, ni me pedía fotos de mis tetas, ni estaba pendiente de mis redes sociales para ver con quién hablaba, dónde salía y cuándo volvía a casa.

A él no le importaba en absoluto lo que yo hiciera cuando no estábamos juntos. Así que, yo seguía divirtiéndome con mis amigas, yendo a fiestas universitarias los jueves y, de vez en cuando, follándome a algún chico. Eso sí, cuanto más los comparaba con Álex, peor salían parados todos y en todos los sentidos.

Lo que más me gustaba cuando venía Álex era poder presumir de él delante de los demás. Yo me aseguraba de saber dónde y cuándo estarían mis amigas, mis ex y, sobre todo, mis «enemigos», para acudir al pub o fiesta de turno con él de mi brazo. Porque sí, además de atractivo y rico, era todo un caballero y yo me colgaba de su brazo a la menor ocasión.

Los chicos se quedaban mirando su coche y la manera en que me abría la puerta y me ayudaba a salir del asiento del copiloto porque, «Este coche es demasiado bajito y no puedo salir con estos tacones yo sola», le decía. Y en parte, sólo en parte, era verdad. Me costaba horrores bajarme del coche pero también me gustaba que me tratara como a una reina.

Álex era todo un hombre, un hombre joven o, como habría dicho mi abuela cuando aún vivía, un muchacho, pero para mí era un señor. Vestía siempre con camisas perfectamente planchadas, americanas o, incluso a veces, venía con trajes carísimos. Nada que ver con las pobres sudaderas y zapatillas con las que vestían los chicos de mi universidad. Porque la gente de mi edad no tenía

término medio: o iban en plan sudadera o en plan cani. Y no me hagáis hablar del pelo. Todos con el mismo corte que mi hermano de catorce años, con esos rapados por detrás y los flequillos hasta los ojos. Odiaba estar hablando con uno de esos chicos y que se pasara todo el tiempo arreglándose el flequillo. En lo único que podía pensar al verlos era: «Deja de tocarte el pelo que te lo vas a ensuciar». De hecho, así terminaba; al final de la conversación ya estaba todo grasiento.

En cambio Álex llevaba un corte de pelo más clásico y atemporal que le quedaba divino y con el largo justo para poder enterrar suavemente mis dedos en él.

Así que, mientras los chicos se quedaban mirando su coche, las chicas lo miraban a él y luego a mí. Yo podía ver en sus caras la envidia y oler a distancia el odio que sentían. Mis enemigas y mis amigas también.

Llevábamos unos meses en ese plan y entonces llegó el sábado en que algo cambió. Lo primero que noté fue su actitud, más seria que de costumbre. No es que de normal fuera un dechado de alegría y extroversión, pero ese día estaba muy callado. Nunca solíamos hablar demasiado y, cuando lo hacíamos, era de cosas muy triviales. A mí no me interesaban los «negocios» que le hacían venir aquí y yo parloteaba de cualquier tontería que había visto en la televisión o que me hubiera pasado en la uni. Pero no ahondábamos en nuestras vidas. No nos preguntábamos ninguno de los dos sobre las interioridades del otro y tampoco sacábamos el tema. A pesar de ello, estaba mucho más callado de lo habitual.

Empecé a pensar que algo le pasaba, y el único miedo que tenía era que fuera algo relacionado conmigo, que se hubiera cansado de mí y, lo peor, que no quisiera seguir viéndome cuando viniera. «¿Estará callado porque quiere romper conmigo y no sabe cómo empezar?» , pensaba.

Podría haberle preguntado… pero, ¿y si se ponía a contarme algún problema o le daba pie para que cortara conmigo? De ninguna manera tenía en mi tarjeta ninguna de las dos opciones.

Lo primero era que yo quería divertirme, comer bien y follar más aún. No quería escuchar penas ni problemas. Lo segundo tenía que ver con lo primero. Quería seguir divirtiéndome, que me tuvieran envidia, que me llevara a salir por sitios caros y que hiciera correrme hasta perder el sentido.

Y si al menos esto se acababa, sería a lo grande.

—Álex, pareces cansado ¿te parece si nos vamos ya al hotel?

—Perdona, no es que esté cansado, es que estoy distraído.

«Mejor que no estés cansado» , pensé. Tenía muchos planes para esa noche.

Cuando montamos en el coche para dirigirnos a su hotel, tomó una ruta diferente. «Mierda, ahora me va a llevar a mi casa; está claro que no piensa llamarme otra vez».

En cambio, aparcó su coche enfrente de un pequeño hotel llamado CASA STANA. Suspiré aliviada. No me llevaba a casa, sólo había cambiado de alojamiento.

—¿Y esta novedad? ¿Ya no te gusta tu hotel de siempre?

—Este es más pequeño y quería algo íntimo, con un trato más cercano y sin tanta gente.

Cuando entramos, había un chico en la recepción al que conocía de verlo por el campus y al que puse la mejor de mis sonrisas de autosuficiencia. «No está mal, otro que podrá decir que me ha visto con él» , pensé.

—¿Has visto qué habitación más bonita? —me preguntó mientras miraba los cuadros que decoraban toda la estancia.

Y la verdad es que tenía que reconocer que el dormitorio era precioso, pero no quería que se distrajera más de lo que ya estaba toda la noche. El plan estaba claro: lograr nuevamente copar su atención

—¿Más bonita que yo? —Estaba en ropa interior, con un conjunto negro de encaje, apoyada en el escritorio mientras jugaba con un mechón de mi pelo, sonriéndole tímidamente—. ¿Por qué no vienes aquí?

Se sentó en el sillón que le señalaba y me puse encima. Notaba su polla dura contra mis bragas —bendito pantalón fino de traje—, y empecé a moverme encima de él mientras le besaba, sujetándole fuerte de ambos lados de la cara.

—Llévame a la cama —susurré en sus labios.

Y obediente como siempre a mis deseos, me tomó por el trasero y se levantó conmigo encima para echarme sobre la cama. Me miró de arriba a abajo, siempre lo hacía, y se lamió los labios, preludio de lo que yo ya sabía que iba a pasar. Era algo que, por previsible, no dejaba de ser igual de excitante cada jodida vez.

Me bajaría las bragas despacio, acariciándome con las yemas de los dedos toda la piel que pudiera desde mi culo hasta los tobillos. Me subiría las piernas para sacarme las bragas mientras me miraba y me las abriría para meterse entre mis muslos y comerse el postre que no habíamos pedido en el restaurante.

Y dicho y hecho. Tal y como hacía cada vez desde que nos acostamos esa primera noche, empezaría conmigo y, hasta que no me corriese, no pararía.

Pero a pesar de que ponía todo el interés, como hacía siempre, esta vez la distraída era yo. Mientras él lamía y chupaba cada milímetro de mí, yo no dejaba de pensar que, si algo le pasaba conmigo, se me podía acabar el chollo. Adiós a mi *sugar daddy*, como le llamaban mis amigas. Y, a pesar de que no lo era en el sentido más estricto de la palabra y de que no tuviéramos ningún tipo de acuerdo en ese sentido, sí que era verdad que, a los ojos de todas, era un *sugar daddy* de manual.

Intenté no pensar más en su comportamiento de esa noche y me concentré en lo que me estaba haciendo. Lo cogí de la cabeza y hundí mis dedos en su pelo. Como si de una señal se tratara, él hundió dos dedos dentro de mí.

A pesar de correrme con fuerza, ambos estábamos distraídos, así que decidí centrarme y dejar de pensar en qué iba a pasar si terminaba con Álex y, en su lugar, encontrar la forma de que no quisiera cortar conmigo en la vida.

Quizás mis jadeos fueron más fuertes, quizás levanté la voz un poco más de lo habitual cuando le decía que me follara más fuerte,

más duro, más rápido… más adentro, y él obedecía a todas mis indicaciones con una dedicación extrema.

Mientras él esperaba a que terminara de recuperarme —siempre tan atento y respetuoso—, dejaba besos distraídos por todo mi cuerpo, en mis brazos, en mi abdomen y en mis pechos. Pero yo quería más y estaba impaciente por que me lo diera.

—¡Por detrás! —le ordené mientras me giraba y me sujetaba con fuerza al cabecero de forja que adornaba la bonita cama de la habitación.

Yo seguía jadeando y lo hacía más fuerte incluso que antes; él, por su parte, me tenía agarrada de las caderas y empujaba cada vez más rápido.

—No pares —le pedía entre suspiros—, sigue. ¡Más fuerte joder, síííí…!

Noté cómo se apoyaba contra mi espalda y, soltando una de mis caderas, me tapó la boca con la mano.

Llegó un momento en el que sólo se escuchaba su cuerpo golpeando el mío y el ruido que hacía el cabecero en cada embestida de Álex.

Al final solo escuché un «Joder, qué bueno» saliendo de sus labios directamente en mi nuca y yo sonreí en su mano.

No solía quedarme a dormir con él porque no quería tener que dar explicaciones a mis padres pero, en esta ocasión, reconozco que me empleé a fondo y tuvimos una media maratón de sexo que duró hasta bien entrada la madrugada, así que ambos nos quedamos dormidos después del tercer orgasmo.

La maratón entera me la reservaba para otra ocasión, no había que darlo todo enseguida; si no, podría perder interés.

Cuando los primeros rayos de luz se filtraron por la ventana dándome en plena cara, me desperté. Él estaba a mi lado, durmiendo profundamente. Entonces decidí salir de allí antes de que me viera. Mi aspecto era espantoso, con el pelo completamente encrespado, el rímel y el lápiz de ojos corrido por toda mi cara y hasta con una de mis pestañas postizas colgando. Se me marcaban todos los granos que tan bien había logrado disimular con el maquillaje y tenía la cara tan blanca que parecía un zombi. Me vestí con el máximo cuidado y me escabullí de allí saliendo de la habitación con los tacones en mi mano e intentando hacer el menor ruido posible.

—Buenos días. —Escuché detrás de mí.

Era una señora vestida con ropa deportiva y con cara de pocos amigos; supuse que salía a caminar o correr.

—Eh, sí. Buenos días —le respondí en un susurro.

Mientras la señora se alejaba la escuché decir: «Claro, ahora habla en voz baja» .

CAPÍTULO 1

Septiembre… Acuarela

El hecho de que Santi esté enamorado de Ana es algo que todo el mundo sabe en el pequeño hotel que ambos regentan y, por extensión, también es de dominio público en el resto de la pequeña ciudad en la que viven. Lo está desde el instituto y es algo que no ha cambiado ni variado, mucho menos disminuido en quince años.

Santi la ha visto salir con algunos chicos durante todos estos años, pero en especial la ha visto enamorarse y llorar por Stéphane desde que ambos se conocieron. Y Santi, impasible y estoicamente, ha aguantado sus lágrimas y su sufrimiento desde entonces.

Ahora que Ana y Stéphane por fin se han separado después de seis años de noviazgo y dos de matrimonio, Santi piensa que quizás, sólo quizás, podría tener una oportunidad con Ana.

Se conocieron en el instituto y Santi se enamoró de ella en el instante en el que escuchó salir de su boca: «Hola, eres Santiago, ¿verdad?» . Tan sólo le bastaron dos minutos y nueve palabras más para enamorarse perdidamente de ella. Exactamente lo que tardó en mirar su agenda de manera distraída mientras ella le preguntaba: «¿Estás en clase de física con el profesor Mateo?».

Quince años después, Santi piensa que ya está bien. Que no va a esperar más a que esta mujer se dé cuenta de que puede ser más que un amigo.

Santi es atractivo. Tiene los ojos color canela y el pelo largo. Además, es un chico siempre a la moda que cuida mucho su aspecto. Es deportista y se mantiene en forma. No será el hombre más guapo del mundo, pero sabe que tiene encanto y es muy simpático. De hecho, hay muchas chicas que van detrás de él. Y aunque en estos quince años, algunas de esas chicas han conseguido llegar a su cama, ninguna se ha acercado ni remotamente a tocar su corazón; hasta tal punto que piensa que ese músculo estúpido que tiene en el centro de su pecho dejaría de funcionar si Ana no estuviera en su vida, de la forma que fuera.

El ex marido de Ana, Stéphane, era la antítesis de Santi, tanto en lo físico como en el carácter. Se podía catalogar como de bastante enclenque y, en términos de belleza, según Santi y cualquier persona que tuviera ojos en la cara y un mínimo de sentido estético, era lo que se dice «poco atractivo». De lo único que podía presumir y, de hecho lo hacía constantemente, era de ser artista. Desde luego, se lo tenía bastante creído.

Santi no podía entender cómo su amiga tenía tan mal gusto para los hombres. Desde que compartieron pupitre en el instituto, le había conocido dos novios antes que Stéphane, y ninguno, según lo que Santi y todos los amigos que tenían en común pensaban, le llegaban a la punta del pie, ni en lo físico ni en lo intelectual.

Todos los hombres con los que Ana había mantenido una relación eran almas atormentadas, con esa aura de chico con

problemas que contrastaba con el carácter amable y bondadoso de la chica o, más bien lo complementaban. A veces sus amigos pensaban que, en vez de novios, lo que Ana tenía eran proyectos sociales. El peor momento llegaba cuando uno de ellos terminaba dejándola. Cuando eso ocurría, a Santi le explotaba la cabeza. ¿Cómo podían esos parásitos dejar a una Diosa como ella?

Porque Santi piensa que es una diosa. Literalmente. La considera la mujer más bella y encantadora de la tierra. No tiene ningún reparo en decirlo a quien se le presente y pobre de aquel que ose rebatirle o poner en duda tal afirmación. En realidad, nadie lo pone en duda, pero ya se sabe que, «Para gustos, colores y que gente con mal gusto y estúpida hay en todas partes», piensa. Por eso todo el mundo es consciente de que Santi lleva enamorado de ella desde la secundaria. Todo el mundo lo sabe menos aparentemente Ana, que sigue tratándolo como su mejor amigo, haciendo que el enamorado corazón de Santi se rompa en mil pequeños pedazos cada vez.

El caso es que uno de esos parásitos era Stéphane, al que conoció en la universidad cuando ambos estudiaban Bellas Artes. Como siempre le gustaba decir a Santi, «Bellas Artes es lo que hace Ana, lo de su marido será arte, pero no tiene nada de bello, en ningún sentido»; y realmente, sus cuadros a veces daban mucha grima.

Stéphane era artista, eso no se puede negar, pero también tenía demasiados pájaros en la cabeza y los pies poco en la tierra. Y cuando tuvo que anclárselos al suelo al abrir el hotel, la dejó.

Lo irónico es que la idea de montar el hotel fue de él cuando Ana recibió, como herencia de la hermana de su abuela, una casa de más de ochenta años en pleno centro histórico de la ciudad.

Ana podría haber vendido la casa y haber continuado dando clases en su pequeña escuela de pintura creativa mientras seguía trabajando en su propio arte; pero no, el inútil de su marido pensó que montando el hotel y empleando gente que lo llevara por ellos, podrían seguir pintando sin preocuparse de nada más.

Cuando se hizo evidente que debían empezar a trabajar ellos mismos en el hotel para salir adelante, la idea ya no gustó tanto a Stéphane, así que, se fue y le mandó una solicitud de divorcio por correo. Hay que ser hijo de puta. Ni siquiera la llamó por teléfono, ni mucho menos tuvo la decencia de presentarse y dar la cara, no. Le mandó un correo explicándole que no podía seguir viviendo allí, que se debía a su arte, que bla, bla, bla… y la dejó. A los tres meses le llegó un correo certificado con los papeles del divorcio que Ana firmó sin pestañear. Al menos, en ese momento se dio cuenta de cómo era y no le dolió tanto. Ella se quedó con el pequeño hotel que montaron y una larga lista de deudas.

Cuando Ana se tuvo que hacer cargo ella sola del hotel, llamó a Santi. Por aquel entonces, hará ya seis meses la semana próxima, Santi tenía un trabajo bastante aceptable en un restaurante de la ciudad. Porque Santi es chef. No de esos de varias estrellas Michelin ni nada parecido, pero chef, al fin y al cabo. Estudió cocina cuando terminó el instituto y estuvo haciendo cursos en el extranjero. Pero su sueño siempre fue montar su propio restaurante en su ciudad natal porque además era donde vivía Ana. Así que, cuando ella lo llamó para hacerle la propuesta de ser su socio en el hotel y poder

gestionar la cocina de este a su gusto, Santi no se pudo resistir y, de un plumazo, pudo ver cumplido su sueño.

Por un lado, tendría su propio restaurante y, al mismo tiempo, estaría trabajando junto al amor de su vida, la persona por la que latía su corazón cada día.

Así que dijo que sí con la mayor de las sonrisas de las que era capaz, que siempre que Ana estaba delante era la más amplia del mundo.

Lo que pasa es que llevar un negocio no es tan bucólico como uno podría imaginar y pasar tanto tiempo juntos, podría ser estresante.

Ana era la viva y agradable imagen de un cachorro gigante. Su sonrisa era capaz de iluminar una habitación de cuarenta metros cuadrados y su risa era tan contagiosa que, cuando empezaba a reír, nadie podía resistirse a hacerlo junto a ella.

Tenía una sensibilidad que no dejaba indiferente a nadie. Quizás nunca llegaría a ser una artista rompedora de las que hacen historia, pero nadie dudaba de que su arte era maravilloso y dulce. Tan dulce como lo era ella.

Todo el mundo apreciaba lo buena persona que era, lo entregada que estaba a toda la comunidad y todo lo bueno que hacía por sus vecinos. Nunca le faltaba un plato de comida a nadie que no pudiera pagárselo y, en casos de extrema necesidad, cuando el hotel tenía alguna habitación libre, que para desgracia suya y de Santi era la mayoría de las veces, no dudaba en ofrecerla a quien no tuviera dónde pasar la noche.

—Si vamos a convertirnos en un albergue social, nunca conseguiremos saldar todas las deudas, Ana —le decía siempre él.

—¡No tienen dónde quedarse! —clamaba Ana levantando las manos al cielo—. No llegamos a los diez grados en la calle. ¿Es que quieres que se mueran de hipotermia?

¿Cómo se podía rebatir esos argumentos? Santi no era capaz y, aunque le enfadara muchas cosas de Ana, cada día se enamoraba un poco más. Aunque el hecho de haber aceptado trabajar con ella y no tenerla como deseaba, le rompía el corazón. Quizás, pensaba Santi, no había sido tan buena idea verla todos los días.

Además de tener el corazón de oro y la sonrisa más deslumbrante del mundo, Ana estaba buenísima. Es que Santi no podía describirla mejor. ¿Que había hecho esa mujer para que Dios le otorgara tantos dones? Encanto, sensibilidad, amabilidad, dulzura, inteligencia y, además un físico demoledor. Esa era la palabra que mejor la describía físicamente. Tenía los ojos azul celeste. Unos ojos que, cuando les daban los rayos del sol, se tornaban de verde esmeralda con pequeños reflejos dorados. Su pelo rubio caía en ondas sobre sus hombros, aunque ella se empeñaba demasiadas veces —para disgusto de Santi— en recogerlo en un moño descuidado o una simple coleta.

Era bastante alta y atlética porque cuando estudiaba en la universidad formó parte del equipo de baloncesto del campus. Santi se quedaba atontado mirándola. Él y todos.

El hotel se llamaba Casa STANA por Stéphane y Ana. Estaba formado por tan solo doce habitaciones, todas diferentes y decoradas de manera original y única con el arte de su dueña,

porque el idiota de su exmarido se llevó sus cuadros al irse. Debería pensar que algún día valdrían una fortuna, pero eso solo lo pensaba él, porque el resto de la ciudad opinaba que sus cuadros eran feos y deprimentes.

En cambio, los de Ana le daban a cada habitación el punto exacto de calidez que todo huésped desearía al quedarse en un hotel. Cada estancia tenía el nombre de una técnica pictórica y, en consecuencia, la decoración de la misma hacía honor a esa técnica en concreto.

En la ciudad no había muchos lugares en los que hospedarse. Había un hotel perteneciente a una multinacional que estaba a las afueras, un hostal cutre bastante céntrico y Casa STANA, que se anunciaba como «Un pequeño hotel con encanto en un bonito y acogedor barrio de la ciudad».

Pero no terminaba de arrancar. Llevaba seis meses funcionando sin Stéphane y las deudas seguían sin saldarse porque las reservas apenas daban para cubrir los gastos y el sueldo de los empleados.

Ana no lo reconocería delante de nadie aunque su vida dependiera de ello pero, en esos seis meses, apenas había recibido dinero para ella. Porque Ana era así. Ella no cobraría nada hasta que todas las personas a su cargo tuvieran su nómina completa.

CAPÍTULO 2

Madrid en septiembre supone para Álex un reinicio, en el sentido más amplio de la palabra. Es terminar el mes de agosto y todo parece que vuelve a la normalidad. Luego, dicha normalidad se pierde con la llegada de la Navidad, época en la que la ciudad se vuelve insoportable otra vez. Por lo menos para él.

Alejandro Romero es un hombre de ciudad y siempre lo ha sido. Es de los que les gusta dormir con el sonido de fondo de las ambulancias y las sirenas de la policía. De carácter práctico, esa cualidad a veces le hace parecer frío, aunque no lo sea en absoluto.

No tiene compromisos, así que suele hacer siempre lo que quiere en cada momento. Su estatus social es muy alto para un hombre joven y sus negocios le hacen viajar y conocer gente de casi toda la geografía del país.

Ni tiene pareja estable, ni hijos que lo anclen a un sólo lugar, así que se dedica a vivir su vida, trabajar mucho e intentar disfrutar de lo que ha conseguido. Come en los mejores restaurantes, se aloja siempre en las habitaciones más exclusivas de los hoteles y gasta dinero. Pero, ante todo, es un hombre de negocios y lo que más le gusta es invertir. Invierte en negocios, en inmuebles y en su propia persona. Su imagen podría pasar por la de una celebridad, su aspecto es impecable, conduce un Tesla y vive en un ático en una zona en auge de Madrid. Y, aunque disfruta de la compañía de

amigos y parejas casuales, Álex , aunque no lo reconozca, se siente solo.

Una de esas veces en las que se deja embargar por la sensación de que no tiene nada a pesar de tenerlo todo, se va a casa de sus amigos Julio y Eva.

Julio fue compañero de universidad, se conocieron en el campus, cuando ambos coincidieron arrancando uno de esos papelitos con el número de teléfono en un anuncio para compartir piso.

Los dos agarraron a la vez el número, así que decidieron ir juntos a ver el piso de estudiantes y, desde entonces, se hicieron íntimos. Aunque no tan íntimos como Julio se hizo con Eva, una de las chicas que ya tenían habitación en el mismo edificio.

Álex los vio enamorarse poco a poco y, ahora, diez años después, están casados y tienen una niña de sólo trece meses de la que es padrino y a la que considera su propia hija.

—¿Tienes que viajar este fin de semana? —Eva está recogiendo los pequeños juguetes que su pequeña ha ido dejando desperdigados por todo el salón—. Últimamente parece que no te vemos nunca.

Al principio de conocerse, Eva no podía soportar a Álex. No le gustaba que fuera amigo de Julio. Él siempre estaba soltero, sin pareja fija y muchas veces arrastraba a Julio con él a las fiestas a las que acudía. Eva lo veía un peligro en su relación, hasta que fue conociéndolo y, con el tiempo, su vínculo se hizo casi tan estrecho como el que une a los dos chicos. Eva no tenía amigos varones, así que para ella, Álex era más que especial.

—Este sábado no, pero al siguiente sí. Lo que me recuerda que tengo que reservar habitación en mi nuevo hotel.

—¿Nuevo?

—¡Sí! —exclama—. Ya sabes lo que odio los hoteles, pero este es… no sabría cómo definirlo. Es pequeño y muy familiar. Además, es como una galería de arte, ¿sabes?

—¿Alejandro Romero renuncia a la suite de un hotel de cinco estrellas para alojarse en un pequeño hotel familiar? —interviene Julio de manera sarcástica.

—Pues sí y os diré que me encantó. La decoración es preciosa y acogedora. Te hace sentir como en casa. ¿Qué digo? Mejor que en casa, mi piso es súper frío. Voy a empezar a probar más los productos locales. Estoy cansado de tanta multinacional.

—Claro, como el bombón ese de veinte años que te comes cada vez que vas, ¿verdad? —pregunta su amigo guiñándole un ojo—; también es producto local, ¿no?

Eva le da un codazo a su marido. A Álex le queda claro con ese gesto que sus amigos han estado hablando de su aventura con la universitaria.

—Bueno —dice mirando de reojo a Eva—, sí que es un poco joven para mí, aunque es muy madura para su edad. —No suele ocultarle cosas a su amiga, pero esto se lo contó en confianza a Julio, quien por lo visto es muy bocazas—. No me mires así, anda.

—Álex, tienes treinta y cinco años. ¿De qué hablas con ella? —pregunta Eva ahora que ha quedado claro que conoce el pequeño secreto que guardaban los dos amigos.

—¿Hablar? No creo que hablen mucho, cariño —apostilla Julio.

Álex le echa una mirada asesina a su amigo. No se lo contó a Eva para evitar una situación incómoda como esta y ahora Julio lo está dejando en mal lugar haciendo ese tipo de comentarios.

—No es nada serio, me hace compañía, salimos a cenar y pasamos el rato. No espera nada de mí ni yo de ella. Los dos somos adultos y ya está.

—Pues lleva cuidado, porque conozco casos que han empezado así y no han terminado demasiado bien —le advierte Eva—. ¿Te acuerdas del arquitecto ese, Julio? —pregunta a su marido intentando hacer memoria—; ay, no recuerdo cómo se llamaba… Había un despacho de arquitectos que iba a realizar un proyecto para un centro comercial y unos *chalets* de lujo, ¿sabes de qué proyecto te hablo? —le insiste mientras Julio hace gestos de no saber a qué se refiere su esposa—. ¿No lo recuerdas? ¡Salió hasta en la televisión nacional! —Cuando Julio vuelve a negar con la cabeza, Eva se dirige de nuevo a Álex—. Pues era un arquitecto bastante conocido, y también había un despacho de abogados. Creo que eran pareja —dice para sí misma. Los dos hombres se miran encogiéndose de hombros mientras Eva sigue su monólogo intentando recordar los detalles—. Bueno, no importa, ya me vendrá a la cabeza, pero yo de ti me andaría con ojo.

—No te preocupes, anda; de todas formas no creo que dure mucho más. El otro día quise dejarla en realidad, pero se volvió un poco insistente.

—Tío, qué suerte tienes, de verdad.

—¿En serio? —Eva se vuelve a su marido fingiendo estar molesta, aunque le habla de broma—. Lleva razón, tienes mucha suerte —reconoce.

—En el fondo, yo querría algo como lo vuestro, y lo sabéis. No finjáis que envidiáis cómo vivo. Vuestro matrimonio es genial y, además, está esa niña adorable.

—Esa niña tan adorable como tú dices, está esperando que te vayas para ponerse a llorar y no dejarnos dormir en toda la noche. Lo que pasa es que sabe hacerlo muy bien. Delante de su padrino queda como un angelito.

—¡No hables mal de mi ahijada! Lo que te fastidia a ti es que las chicas me adoren, y tu hija no es una excepción.

Los tres amigos cenan mientras comparten una botella de vino. En la sobremesa, cuando han terminado de recogerlo prácticamente todo, Álex se dispone a hacer la reserva en el hotel y, al ojear la aplicación, teclea entre sonrisas.

—¿Estás quedando con tu chica? —le pregunta Eva mirando de reojo y poniendo énfasis en «tu chica» .

—No, iba a reservar la habitación para el sábado que viene —contesta Álex entre risas—, y mira lo que me he encontrado —dice mostrándole la pantalla del móvil.

—¿Qué es eso?

—Es la aplicación de reservas, lee la reseña.

—¿Se refiere a ti?

—Sí —contesta sin dejar de sonreír—, ya os he dicho que la chica se puso muy insistente.

—No me lo puedo creer. Eres un pervertido.

—¿Yo? ¡Pero si yo no hice nada! Casi todo lo hizo ella.

—Macho, eres mi ídolo. —Julio se ha metido en la aplicación de reservas en su propio móvil y lee mientras Álex sigue escribiendo—. ¿Vas a contestar?

—Claro, por alusiones tendré que disculparme, ¿no crees?

CAPÍTULO 3

Septiembre había sido un mes muy bueno en lo que se refiere a afluencia de turistas. Hubo una feria del libro y el hotel acumuló varias reservas a lo largo de los dos primeros fines de semana. Por primera vez en todos estos meses, el hotel Casa STANA podía presumir de tener todas sus habitaciones ocupadas y eso borró de un plumazo el semblante serio que acompaña últimamente a Ana. Ahora está contenta y Santi, al verla a ella, también se siente feliz.

Pero a finales de septiembre el hotel recibe una reseña en la aplicación de reservas.

Juana (España)

Un hotel precioso y Ana una gran anfitriona. La comida del restaurante fue exquisita y el desayuno muy completo. Lo peor es que no pude dormir porque mi vecino de habitación estuvo toda la noche dale que te pego con una chica. ¡Se escuchaba todo!

Cuando Ana lee la crítica, sus ojos se abren tanto que su amigo piensa que, de un momento a otro, se le van a salir de las órbitas con el riesgo de que se caigan al suelo como si fueran dos canicas en una película de dibujos animados.

Santi intenta tranquilizarla diciendo: «No es tan malo» o «Solo es media crítica mala, el resto ha sido bueno», pero nada de lo que él pueda decirle, la consuela.

Sin embargo, lo peor está por llegar, porque el vecino «ruidoso» de Juana contesta a la reseña, abriéndose un debate en la aplicación de reservas que, aunque resulta divertido, a Ana no le hace ninguna gracia.

Álex (España)

¡Culpa mía! Siento muchísimo haber hecho tanto ruido. Juana, la próxima vez le diré a mi amiga que sea más discreta ;)

Juana (España)

jajaja, no estaría mal, porque algunos vamos al hotel a descansar :p

Álex (España)

Mil disculpas, pero es que a mi amiga le encantó la habitación. Sin duda este hotel es pequeño, pero tiene mucho encanto

Juana (España)

sin duda, sin duda XD

Ana se queda anonadada y Santi juraría sobre la biblia que nunca había escuchado salir un solo taco de su boca hasta ese mismo instante.

—¿Pero qué demonios es esto? —exclama mientras mira atónita el intercambio escrito entre los dos clientes— ¿Quién coño es ese tal

Álex y por qué deja reseñas así? —A Ana solo le falta ponerse a llorar—. Este tío nos va arruinar más de lo que ya estamos.

Por mucho que intente recordar al cliente en cuestión, el tal Álex, Ana no puede ponerle rostro y se pasa el resto del día preguntando por él a Santi, a Laura —que es la que se encarga de la limpieza de las habitaciones— y a Mario, el recepcionista del turno de noche por el «Dalequetepego» , como ha rebautizado al citado huésped.

Después de recopilar todas las opiniones de los demás, Ana no puede sacar una conclusión ni remotamente aproximada del aspecto del tipo en cuestión.

Según Santi, era un tipo normal, de entre treinta y cuarenta años. Laura opina que era un hombre súper atractivo que además le dejó veinte euros de propina en la mesita de noche. Mario, que fue quien le dio las llaves y lo registró en el ordenador y en el libro de reservas, le cuenta que la chica era un bombón y que la había visto por la universidad.

—¿En serio no podéis darme una descripción aproximada para que me haga una idea? —pregunta Ana frunciendo el ceño.

—No es para tanto, en serio —intenta tranquilizarla Santi—. Era un tío normal y corriente.

—De eso nada —le contradice Laura—, el tío estaba cañón y vestía súper bien.

—La que estaba buena era la pava que iba con él —interviene Mario sonriendo.

—¿Pero tú no eras gay? —pregunta Laura mirando sorprendida al chico.

—¡¿Qué?!

Ana escucha las intervenciones de cada uno con el semblante cada vez más tenso, haciendo que la arruga de su frente se haga más profunda.

—Da igual —dice frustrada interrumpiendo y dando por zanjada la conversación.

Santi ve cómo la arruga de su frente se relaja dando paso al puchero característico que desarma cualquier defensa que pueda tener. «Dios, amo todas las expresiones faciales de esta mujer», piensa.

—No le des más vueltas —dice intentando consolar a su amiga —; llegó de noche y ni siquiera vino a tomar el desayuno, a pesar de tenerlo pagado.

—¡Claro que no se despertó para el desayuno! —exclama indignada—. ¿No has visto la reseña? ¡Se pasó toda la noche dale que te pego!

Se sienta abatida en la silla y ahoga un lamento tapándose la cara con ambas manos mientras sus compañeros la miran entre preocupados y divertidos. La verdad es que Ana tiene tendencia al drama en algunas ocasiones.

—Bueno —interviene Laura interrumpiendo el momento—, si no te importa, yo me voy a marchar ya que mañana tengo que estar temprano para arreglar las habitaciones. Tenemos el hotel lleno.

—Es cierto —confirma Mario—, yo me voy a la recepción, que la noche puede ser movidita.

Y ambos salen del salón mientras Mario pregunta a Laura en voz baja: «¿De verdad pensabas que era gay?».

De pronto, Ana se levanta cogiendo a Santi de la mano.

—Vamos a las habitaciones —le dice con decisión—; tú te metes en la *Acuarela* y yo iré a la *Óleo*, que es donde se alojó esa mujer. Y vas a ponerte a hacer ruidos, como si estuvieras en plena faena, a ver qué es lo que se oye y qué es lo que no.

De esta manera, Ana arrastra a Santi a las habitaciones para hacer un chequeo acústico-sexual.

—No pienso hacer eso, ni en sueños —protesta Santi mientras es obligado a empujones a meterse en la habitación.

—Por favor, Santi —le ruega Ana haciendo un puchero—, hazlo por mí.

Y el pobre cocinero no puede negarse ni aunque su vida entera dependiera de ello. Así que, sin posibilidad de escape, se encuentra en una de las habitaciones dispuesto a fingir estar manteniendo relaciones sexuales mientras Ana escucha desde la habitación contigua.

—Sí, sí, sigue así, cariño —recita el chico sin emoción—, no pares.

—Más fuerte, Santi, no escucho nada.

—Eso es, nena —continúa alzando un poco la voz, pero con el mismo tono monótono—; así me gusta, preciosa.

La puerta de la habitación se abre de pronto y Ana aparece en el umbral con los brazos en jarras y el semblante airado.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Santiago? —Así lo llama cuando quiere parecer más seria o cuando se enfada.

—Lo que me has dicho, Anita —le contesta él en el mismo tono —, fingir que tengo sexo.

—¿Así es como tienes sexo tú? Pues qué soso…

Santi cierra los ojos e intenta medir sus palabras antes de contestar a su amiga. Sabe que se está metiendo en un lío del que quiere huir con todas sus fuerzas, pero no puede. Toma aire antes de contestar.

—No, Ana. Así no es como tengo sexo porque generalmente, cuando tengo sexo, es con otra persona. Así es como finjo tener sexo y siento mucho que mis dotes de actor no te sirvan ni te convenzan. Soy chef, no estudié arte dramático.

—Podrías ponerle un poco de interés al menos —sigue insistiendo Ana—, esto es importante para mí. Sólo te pido ayuda para mejorar el negocio, ¿sabes? Es beneficioso para los dos — concluye cruzando los brazos para darle más énfasis a su postura.

—A lo mejor soy silencioso en la cama. ¿Te has parado a pensarlo?

—No te estoy pidiendo que hagas un documental sobre tu vida sexual, Santi, ¡invéntatelo por Dios! Ah… y, por favor, no te cortes, súbete a la cama también y muévete. Así, de paso, comprobamos el ruido que hacen los colchones y somieres.

La paciencia de Santi tiene un límite, pero a veces piensa que su querida socia es capaz de traspasarlo casi sin darse cuenta. Tiene que hacer un esfuerzo enorme para no decirle cuatro cosas a la cara antes de volver a respirar resignado.

Mientras hace lo que Ana le ha pedido —subirse a la cama, agarrarse del mismo cabecero e, incluso moverse y restregarse contra el colchón imitando la postura del misionero—, empieza a venirse a arriba y, cuando escucha a la chica chillarle desde la otra pared «Más fuerte, Santi, más fuerteeee!», se envalentona e intenta dejar atrás toda la vergüenza que le da aquella situación.

—¡Vamos, nena, córrete para papi, voy a hacerte chillar como una perra!

—¿Papi? ¿Perra?¿En serio te van esas cosas?

Cuando se abre la puerta y Santi ve a Ana nuevamente en el umbral cree que su cara va a explotar. Su rostro se torna dos tonos más de rojo de lo que podría considerarse un rubor normal.

—¡Tú me has dicho que chillara!

—Sí. Pero… ¿papi? Nunca te habría imaginado siendo de esos… A ver, no es que te haya imaginado haciendo cosas y tal… —Ahora la que parece avergonzada es ella—; sólo es que me ha sorprendido que hables así y que…

—¡Ya basta! Vamos a cambiar los papeles, ya que tú sabes cómo hay que hacerlo. —Santi empieza a sentirse realmente molesto, además de avergonzado—. Yo paso de seguir con este numerito.

—Pero así no lo puedo comprobar por mí misma —se queja Ana haciendo otra vez el puchero más adorable que Santi haya visto

nunca.

—No te preocupes, que te lo grabo con el móvil. Pero, por favor, no me hagas repetir algo semejante en tu vida —le ruega.

Y de todas las malas ideas que alguna vez ha tenido Santi, esa es la peor con muchísima diferencia.

—Sí, sigue. —Jadeo—. No pares. —Suspiro—. Más fuerte. —Otro jadeo.

Santi se queda con la oreja pegada a la pared contigua, subido a la cama, mientras escucha cada suspiro, cada jadeo y cada respiración entrecortada que Ana, en la habitación de al lado y cada vez a más volumen, va recitando.

—Sigue. —Jadeo—. Dioooooos, —Jadeo largo—. No pares, joder. ¡Fóllame más fuerte, más duro! Sí! ¡Síííí!

Sí, Santi habría jurado ante la biblia no hace tanto tiempo que nunca había escuchado salir de la boca de Ana ni un solo taco, ni tampoco ninguna palabra vulgar u obscena. Pero escucharla así, jadeando, suspirando y teniendo un orgasmo, aunque sea fingido, aunque sea un simple teatro, no le hace ningún bien. Ante ese último grito fingido de placer, el chico se echa hacia atrás en la cama en la que todavía está subido. Se cae de bruces golpeándose en la cabeza y, en su caída, derriba también la lámpara de la mesita, que se hace añicos a su lado.

Al escuchar un ruido tan fuerte, Ana acude rápidamente hasta la habitación contigua para ver a su amigo en el suelo con un hilo de sangre que le baja por la frente.

—Dios mío, ¡Santi! —exclama con el rostro lleno de preocupación e inclinándose hacia él con suma delicadeza—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás sangrando!

«¿Que qué ha pasado?», piensa Santi. A veces el chico no entiende cómo su querida amiga no es consciente del efecto que tiene en la gente que la rodea. El carisma, la bondad y el magnetismo que emana por cada uno de sus poros. No tiene que hacer nada más que respirar y todos suspiran por ella. Pero es que, además, su risa, o el simple timbre de su voz es música celestial. Así que, escucharla gemir de esa manera, supone una experiencia que Santi sabe que nunca va a poder superar.

—Me he caído de la cama y no sé… —balbucea medio mareado.

—Vamos a llevarte a urgencias. —Ana coge una toalla del cuarto de baño y se la pone en la cabeza para tapar la herida—. Aprieta bien aquí, anda, que voy a por las llaves del coche.

Lo ayuda a ponerse de pie y a sujetar la improvisada venda contra su cabeza y, en ese momento en el que recupera la lucidez, mira hacia su entrepierna y, como un acto reflejo completamente involuntario, suelta la toalla para tapar su erección que, en sus pantalones de chándal, es más que notoria.

Ana, viendo la reacción de su amigo y sin tener ningún tipo de miramientos ni compasión por el ahora terriblemente avergonzado Santi, rueda los ojos.

—¿En serio? Los hombres sois increíbles.

CAPÍTULO 4

El camino al hospital es una tortura para el pobre cocinero. No es sólo que la cabeza le duela horrores, ni que haya estropeado su camiseta favorita llenándola de sangre. Está el hecho de que nunca se ha sentido tan avergonzado por el incómodo momento de la toalla en la habitación y, además, no para de escuchar en su cabeza a su amiga fingiendo tener sexo.

Ella, en cambio, parlotea durante todo el trayecto en coche hacia el hospital. Está pendiente del tráfico y de los semáforos, pero de vez en cuando levanta la toalla para comprobar si Santi sigue sangrando. Al mismo tiempo, también niega con la cabeza mientras sonríe al recordar el episodio que acaban de protagonizar para comprobar la insonorización de las habitaciones.

Cuando llegan a urgencias, pasan directamente a una sala donde una enfermera les toma nota y echa un rápido vistazo a la herida.

—Sólo necesitará un par de grapas —les dice examinando el corte—, voy a prepararlo todo.

Santi sigue avergonzado pero además, ahora, después de escuchar a la enfermera decir la palabra grapas, le sube un escalofrío por todo el cuerpo.

—Ana —le dice a su amiga—, odio las agujas.

—¿En serio? —le pregunta extrañada—. Pero tú eres chef, te he visto con cuchillos y con agujas de esas rellenando postres.

—Le tengo fobia a la combinación vena y aguja —explica cerrando los ojos con fuerza—. Sobre todo a que la aguja entre en mi cuerpo de cualquier manera. No me mires así, tiene un nombre, ¿sabes? Belonefobia.

—No, si no es que no te crea, sólo es que siempre te he considerado un tío muy duro —dice divertida—, no pensé que le tuvieras miedo a un pinchacito.

Ana lo está disfrutando. Ante cualquiera que le expresara un miedo así, nunca se burlaría ni haría bromas al respecto, pero para la chica, Santi es como su hermano y ¿quién no se ha reído o mofado de su hermano por algo así? Sin embargo, al detectar la expresión preocupada en el rostro de su amigo debe admitir que, en verdad lo está pasando mal ante la sola idea de que vayan a utilizar algún tipo de jeringa en su cuerpo. «Ya habrá tiempo de hacer bromas», piensa Ana.

—Pues vas a tener suerte, te ha dicho la enfermera que te va poner grapas, no puntos —lo consuela cariñosamente cogiendo su mano e intentando darle fuerza—. No pienso separarme de ti ni un instante.

—Gracias. —Santi apoya su cabeza en el brazo de la chica.

En ese momento, con Ana apretando su mano de esa forma y sintiéndose tan vulnerable, le habría dicho un te quiero diferente al que siempre se dicen. Habría sido un te quiero con otra intención, pero Santi sabe que todavía no puede. Quizás lo haga pronto.

La fobia de Santi es mucho menos estresante con Ana a su lado y el mal trago pasa pronto y sin demasiado drama. Mientras le curan la herida, ella habla sin parar intentando que su socio no piense en lo que le están haciendo. Bromea tanto con él como con la enfermera y, cuando ésta les informa de que ha acabado, a Santi incluso le ha parecido que el tiempo ha pasado muy deprisa.

—Es que han sido solo cinco minutos, Santi. Pero te has portado como un campeón —le dice irónicamente sacándole la lengua—. Ahora te compro una piruleta.

—Eres mala. Te ríes de mí.

—Sabes que no. De hecho, he sido muy buena; podría haberme metido contigo mucho más. Y ahora que ha pasado todo el drama, enséñame ese vídeo que has grabado. A ver hasta qué punto necesitamos reformar las habitaciones.

—¿Quieres ver el vídeo?

De un plumazo, a Santi le vuelven los nervios que tenía con la enfermera.

—Claro, que por lo menos el derramamiento de sangre haya tenido un propósito, ¿no?

—Pues te lo mando y ya lo escuchas tú tranquilamente.

De ninguna de las maneras está dispuesto Santi a volver a escuchar la escenita vivida en el hotel y que su cuerpo reaccione sin pedirle permiso. Prefiere no arriesgarse.

En el camino de vuelta en el coche le envía el vídeo e, inmediatamente, lo borra de su galería. No quiere tener tentaciones e imaginar a su amiga mientras la escucha. Ante todo la respeta y

quiere como a nadie y, aunque no es un pervertido, sabe que en un momento de debilidad podría tener un desahogo con ese audio y se siente mal sólo de pensarlo.

Santi se mete en la barra del restaurante dispuesto a prepararse para las cenas. Ha perdido demasiado tiempo yendo al hospital y quiere tenerlo todo listo.

—¿Es que piensas abrir? —pregunta indignada Ana—. ¿En tu estado?

—Alguien tendrá que preparar las cenas ¿no? Además, no es para tanto, no me duele nada y yo no tengo que salir a servir las mesas. Me pongo el gorro y ni se notará esto que me han puesto en la cabeza. —Se vuelve señalando el pequeño vendaje que le han colocado—. Estoy bien, tú vete y escucha el audio del vídeo y ya me dices.

Minutos después, aparece Ana acompañada de sus dos empleados para informar a Santi.

—Bien, he visto la grabación con Mario y Laura y algo se escucha, pero he tenido que chillar muy fuerte, así que no creo que sea culpa de nuestras habitaciones sino más bien de ellos. ¿Qué le estaría haciendo ese tío a la chica? —pregunta molesta—. No quiero saberlo, no digas nada —se responde a sí misma.

Cuando Laura y Mario entran en el restaurante y ven a Santi, la chica se queda mirando su cabeza con una expresión en sus ojos que pasa desapercibida para todos excepto para Mario, quien se acerca a ella por detrás.

—Cambia la cara, anda, que se te nota demasiado —le susurra al oído.

Laura se vuelve de inmediato hacia el chico. Ya no sólo por la cercanía y la sorpresa sino por el comentario en sí.

—¿Qué se me nota? No sé a qué te refieres.

—¿No? —El chico parece que se arrepiente de lo que acaba de decir e intenta dar marcha atrás no queriendo hacer sentir mal a su compañera—. Da igual, olvídalo.

—No, Mario, dime a qué te refieres —le insiste con firmeza.

Después de un momento de reflexión, Mario se decide a seguir. De todas formas ya lo ha soltado y Laura lo mira realmente confusa y nerviosa.

—Pues lo que sientes por él. Se te nota a distancia.

—¿Qué dices? —pregunta frunciendo el ceño—. Eso es mentira.

—¿Qué es mentira? ¿Qué te gusta o que se te nota? Porque te puedo asegurar que se nota muchísimo.

—No se me nota nada porque no hay nada que se pueda notar.

—Lo que tú digas. No soy yo el que ha puesto cara de muerto sólo por ver que se ha hecho una mini brecha en la cabeza.

Aunque Laura no vaya a reconocerlo en la vida, sí que es cierto que incluso ella misma se ha sentido mareada. Se ha puesto blanca y le ha entrado una especie de sudor frío que le ha recorrido el cuerpo. Mientras escuchaba el audio que Ana les ha puesto y les contaba el golpe que se había dado Santi, Mario se reía, todo lo contrario que ella.

En cualquier otra circunstancia y, siendo cualquier otra persona la protagonista del incidente, la situación habría sido divertida también para Laura pero, en este caso, había sentido una punzada

de celos en lo más profundo de su estómago. Solo que, segundos después, al escuchar que habían tenido que ir al hospital a ponerle grapas, esos celos se habían tornado en la preocupación de saber si el cocinero estaba bien.

—No digas tonterías, sólo me he preocupado por él; lo habría hecho igual si te hubiera pasado a ti —le insiste.

—Si me hubiera pasado a mí, estarías dándome la murga durante semanas. Y, además, te habrías reído igual que lo hemos hecho todos porque la cara de Santi es un poema. Y ha sido una herida pequeña, con el pelo ni se le notará en unos días.

—Piensa lo que quieras, pero no vayas sacando conclusiones sobre mí. No tienes ni idea de lo que siento o dejo de sentir. —El tono de Laura suena tan duro, que hasta ella misma se da cuenta de que se está alterando demasiado y lo suaviza—. Por favor, no digas nada.

—Claro, tranquila, no sabrá nada por mí.

CAPÍTULO 5

Durante los siguientes días, Santi observa cómo su compañera, socia, amiga y amor no correspondido se dedica a mirar las reseñas de la aplicación de manera casi compulsiva. Y, por mucho que Santi le diga que tiene que relajarse, que no es sano y que tan solo se trata de una reseña «medio mala», ella se empeña en seguir mirando preocupada. Hasta que llega un momento en el que decide contestar a la mujer que se quejaba.

Casa STANA

Estimada Juana, sentimos mucho que su estancia en nuestra casa no fuera del todo satisfactoria. Estamos trabajando para mejorar y le agradecemos su comentario. Si vuelve a alojarse en nuestro hotel, intentaremos compensarle las molestias. Muchas gracias.

Ana se queda mucho más tranquila después de contestar a la huésped porque, bueno, su forma de ser no le permite pasar por alto que alguien no haya podido estar a gusto en su hotel. Ya no se lo toma como algo profesional. Para ella, sus huéspedes son como sus invitados y, lo único que desea con todas sus fuerzas, es que Juana vuelva para buscar una manera de poder disculparse y, quizás, ofrecerle algún obsequio que la haga sentirse, a su cliente y, sobre todo a ella misma, más tranquila. Lo único que no esperaba es

que quien conteste a su comentario sea el «ruidoso» cliente y no Juana, a la que iba dirigido en principio.

Álex (España)

Yo volveré sin duda a su hotel. ¿Me compensarán también?

—¡Inaudito! —Ana pasea de un lado a otro del restaurante del hotel mientras Santi prepara los desayunos—. ¿Pero cómo se puede tener tanto morro? ¿Tú has visto el comentario, Santi? —Señala el teléfono poniéndoselo prácticamente en la cara a su socio—. Este tío es idiota.

A Santi la situación le parecería graciosa si no fuera porque Ana se está estresando demasiado y sufre. Y, si ella sufre, aunque sea por algo que él no considera demasiado importante, entonces sufre también.

El ático que Álex tiene en Madrid es la envidia de mucha gente, entre ellos su amiga Eva, que siempre le recrimina que no aproveche más las magníficas vistas que tiene y que no invite a sus amigos más a menudo.

—Se acaba septiembre y no has organizado ninguna de tus famosas cenas en la terraza. Nos estás descuidando —le dice Eva cogiendo un aperitivo de la mesa.

—Tú estás aquí. Y tu marido también.

—Sí, y la pequeñaja jugando con tu amigo a escasos cinco metros. Ya me entiendes, Álex. Nos estamos haciendo viejos; antes montabas unas buenas fiestas. Se nos hacía casi de día y teníamos que volver en taxi a casa.

—Claro, antes de que todos os pusierais a criar niños como si quisierais repoblar el mundo. No estoy dispuesto a montar una guardería cada vez que quiero quedar con mis amigos a cenar.

—Podríamos dejarlos de vez en cuando. Eso no es problema. Ya sé que no puedes quedar todas las semanas porque viajas, pero es que este verano no nos hemos juntado toda la cuadrilla ni una sola vez. Los chicos están empezando a hablar.

—Lo sé —dice sonriendo al móvil sin mirar a su amiga.

—Tampoco hace falta que hagamos unas fiestas salvajes como cuando éramos solteros.

—Ya.

—Podríamos simplemente organizar una cena tranquila y tampoco hace falta que sea aquí. Podríamos ir a algún restaurante y que se apunte quien pueda.

—Pues sí.

Eva hace una pausa y se queda mirando a Álex fijamente, entrecerrando los ojos.

—Lucía va a tener trillizos y Eduardo se ha alistado en el ejército; mañana mismo se va a África de voluntario.

—Claro —contesta Álex de manera automática sin dejar de mirar el móvil.

Con esa última contestación, a Eva le queda claro que su amigo no le está prestando ninguna atención y que no ha escuchado ni una sola palabra.

—¿Se puede saber qué miras en el móvil? —exclama enfadada —. Lo de salir con una adolescente te está contagiando sus comportamientos.

—No salgo con una adolescente —se defiende Álex entre risas al tiempo que le enseña los mensajes de la aplicación de reservas.

—No sé qué ves tan divertido, la verdad —le dice sin comprender al mirar los mensajes—; es más, a los dueños del hotel no les tiene que hacer la más mínima gracia.

—¿No?

—Para nada. Les estás dando mala publicidad diciendo que se oye todo lo que haces en las habitaciones.

—Es publicidad. No hay mala publicidad. Además, de los comentarios se desprende que son atentos, que el hotel es encantador y que los propietarios están dispuestos a agradar en todo lo posible a sus huéspedes. Ya te dije que es un lugar precioso. De hecho, lo he estado recomendando ya a todos los clientes de la zona. Les estoy haciendo un favor.

—Si tú lo dices.

—La dueña debe ser una mujer —piensa en voz alta Álex.

—Claro, y además guapísima. Ya te has montado una película tú solo.

—¡Julio! —Álex llama a su amigo que está en la otra punta de la terraza jugando con su niña—. Lee esto y dime quién crees que lo ha escrito, un hombre o una mujer.

—Una tía, sin duda —responde Julio tras leerlo brevemente.

—¿Lo ves?

—No podéis saberlo —dice Eva indignada cogiendo en brazos a su niña que gatea en el suelo hasta ella.

—Claro que podemos. Es un talento que sólo los tíos tenemos. Vosotras no podríais entenderlo.

—¿Saber el género de alguien por como escribe es ahora un talento?

—Si estás en Tinder, sí —dice Julio entre risas chocándole las manos a Álex.

—¿Tú de qué te ríes? ¿Acaso tienes una cuenta en Tinder?

—No, cariño. Para nada. —Julio se da cuenta de que la broma se les está yendo de las manos—. Ni Álex tampoco, que yo sepa. En realidad buscó el nombre del hotel en Google y vio que la propietaria era una mujer llamada Ana —le confiesa a su esposa.

—¿Había foto de esa mujer? —pregunta interesada Eva.

Los dos amigos se miran mientras Eva examina sus reacciones. Está claro que la han visto y, por alguna razón que ella se imagina, se están callando. Sobre todo su marido, que ya sabe que, cuando se vayan de casa de Álex y se queden solos, se llevará la bronca de su esposa.

—Sí que la había. De hecho, había varias fotos —dice Álex sonriendo.

—¿Y qué?

—Pues es una artista local. Pinta y creo que también tiene algunos trabajos de pequeñas esculturas.

—¿Y?

—Pues poco más, debe tener nuestra edad. ¿Verdad, Julio?

—Ah, tú también la has visto.

—Si cariño, y es una belleza, díselo de una vez, Álex, porque es lo que te está preguntando —interviene Julio.

Álex vuelve a coger el móvil y le enseña a su amiga una serie de fotos en las que aparece Ana. En una está delante de la entrada del hotel señalando el cartel; en otras, posa con diferentes cuadros e, incluso en la última, está siendo entrevistada en una emisora local, con unos auriculares. En todas las imágenes tiene una sonrisa enorme en su cara.

—Pues parece muy simpática y agradable —dice Eva examinando las imágenes.

—Seguro que tiene que serlo, pero creo que no es en lo que más se ha fijado Álex, cariño. —Julio vuelve al tono de antes y le da un codazo a Álex—. ¿Verdad, amigo?

Álex se encoge de hombros con una sonrisa en la cara que no ha dejado de tener desde el mismo momento en que cogió el móvil para ver los mensajes y las fotos de Ana.

—La verdad es que no está nada mal —concluye.

—Sois idiotas, los dos.

CAPÍTULO 6

A la semana siguiente, el Stana recibe una reserva a través de la aplicación a nombre de Alejandro Romero.

—Ese tiene que ser él —le dice Ana a Laura nada más terminar de apuntar su nombre en el libro de reservas.

A Ana le gusta anotar cada reserva a la antigua usanza. Por supuesto, llevan todo perfectamente informatizado y tienen el registro de entradas y salidas en los ordenadores con los que cuenta el hotel. Pero además, Ana lleva un registro paralelo en bonitos cuadernos que ella misma decora en los que apunta los nombres de sus clientes y las habitaciones que ocupan. Porque «este hotel tiene alma, chicos», les dice a todos.

Laura, además de encargarse de la limpieza de habitaciones, es un poco comodín en el hotel. Su jefa está encantada de haberla contratado porque, en poco tiempo, se ha convertido en una buena amiga, además de su empleada. Si la limpieza no le ocupa demasiado tiempo, Laura echa una mano durante el día en recepción y, así, Ana puede pintar. Porque Ana siempre está pintando, ya sean cuadros para su colección o cualquier cosa que sirva de decoración al hotel.

Además, ha habilitado un pequeño cuarto donde pone a la venta sus pinturas y otros objetos de decoración que hace ella misma. Un día, una clienta le preguntó por los objetos que decoran las habitaciones, así que eso la animó a abrir ese espacio y así poder ganar un dinero extra.

Además de las reseñas que se pueden dejar en la aplicación, el hotel cuenta también con un libro de visitas en el que los clientes tienen total libertad para escribir sus comentarios dando luz verde a su creatividad literaria. Y, efectivamente, después de revisar tanto los cuadernos como las reservas anteriores, Alejandro Romero es el cliente que se alojó la vez anterior en la habitación número 12 *Acuarela* y que no había dejado dormir a la pobre Juana.

He quedado encantado con mi alojamiento en este pequeño y maravilloso hotel. La habitación tiene, en una de las paredes, una pintura abstracta en tonos azules y verdes que me ha transportado al océano; mientras que, en otra, esos pequeños cuadros enmarcados me han mostrado paisajes urbanos llenos de vida y color que me han hecho desear sumergirme en la cultura local. El pequeño escritorio en la esquina de la habitación me invitaba a disfrutar de un buen libro rodeado del maravilloso arte que inundaba toda la estancia. Cada obra parece contar una historia y me hace preguntarme cuál será. Me voy sintiendo que no he podido disfrutar al máximo de mi estancia aquí y deseando volver.

Álex.

Ana termina de leer el comentario y empieza a tener sensaciones contradictorias. Debe admitir que le encanta cada una

de las palabras que lee y que para ella reflejan justo lo que quiere transmitir a sus clientes. Comienza otra vez a leerlo y se sorprende a sí misma sonriendo. Cuando se da cuenta, tuerce el gesto. Se supone que está enfadada con ese hombre, Alejandro Romero, o Álex como se llama a sí mismo. No puede sonreír ni gustarle lo que dice. Quiere seguir enfadada.

En una tercera lectura, se fija en la letra. Es una caligrafía elegante y muy personal. Ana siempre ha pensado que a las personas se les puede conocer por su manera de expresarse y también por cómo escriben. Y no puede evitar que le guste lo que ha leído. Pero, ¡no!, vuelve a regañarse a sí misma. Está enfadada con ese tipo aunque le encante su letra y haya reflejado a la perfección lo que quiere expresar en sus cuadros.

Laura, mientras tanto, ha estado observando la lucha interna que su jefa y amiga está manteniendo ella sola y le pregunta preocupada.

—¿Pasa algo?

—Pues sí. Mira —le dice mostrándole el cuaderno abierto por la página que acaba de leer tres veces.

—Qué bonito, ¿no?

—¿Bonito? Para nada.

Ana está frustrada porque, después de leer un comentario tan bello y acertado, no puede seguir molesta con ese hombre al que ni conoce ni ha visto nunca. Lo único que tiene claro es que quiere seguir enfadada con él, aunque le cueste un esfuerzo.

—Pues a mí me parece que es un comentario muy tierno.

—Pues no lo es —miente—, no me creo que el «Dalequetepego» sea tierno.

—Pero si no lo conoces. Tampoco sabes cómo es —le dice entre risas Laura ante el berrinche de su jefa—. Pero ya has visto que ha hecho una nueva reserva. En unos días podrás ponerle cara y conocerlo en persona.

—Claro que lo haré. Además, también es posible que le diga un par de cosas.

Laura sabe que Ana es incapaz de enfrentarse a nadie de malas maneras, mucho menos con una persona que no conoce y menos todavía si, además, es huésped de su hotel. Pero entiende que su amiga está pasando por un mal momento. Aunque Ana crea que los demás no saben lo que tiene encima, son perfectamente conscientes de las dificultades económicas que está atravesando el negocio y que Ana se preocupa tanto por ellos como de su hotel. La incertidumbre de no saber si tendrá que cerrarlo definitivamente y dejar sin trabajo a todos sus empleados es lo que más le preocupa.

—Pues claro, Ana, tú puedes con ese tío —le dice animándola. Laura es muy joven pero ha llegado a conocer muy bien a su amiga y sabe que, en esos momentos, es lo que necesita. No quiere llevarle la contraria aunque hasta ella misma sepa que no tiene razón—, no sabe lo que le espera.

—Gracias, Laura.

Cuando Mario entra en la recepción para empezar su jornada de trabajo, ve a las dos abrazándose y pone una cara de suficiencia con una sonrisa que a Laura no se le pasa por alto.

—¿Por qué pones esa cara? —pregunta Laura cuando su jefa sale por la puerta—. ¿Es que los tíos no podéis ver a dos mujeres abrazándose sin imaginaros cosas?

—¡No me estoy imaginando nada! ¿Qué te crees que soy, un pervertido? —protesta el chico—. Simplemente me parece una imagen muy tierna. Además, no sé por qué me dices esto ahora si hace dos días pensabas que era gay.

—Que creyera que eres gay, no significa que no pueda pensar que seas un pervertido igualmente, así que ni se te ocurra imaginar o fantasear con lo que estuvieras pensando.

—Pues en lo que estaba pensando es que eres muy amiga de la jefa, pero igual a ella no le hace mucha gracia cuando se entere de que estás coladita por su amigo, que también es tu jefe y su socio, el cual, a su vez, está coladito por ella. —Por un momento, Mario se queda pensando en todo lo que acaba de decir de un tirón buscándole un sentido—. No sé si lo he expresado bien. Es un lío todo este asunto.

—No es ningún lío, eso es una película que te has montado tú solo en la cabeza. —Laura lo aparta con el dedo bastante enfadada y con los ojos vidriosos—. ¡Deja de decir eso ya de una vez!

—De acuerdo, lo siento —le dice arrepentido viendo cómo su compañera está casi al borde de las lágrimas—, no volveré a insinuar nada, tranquila.

CAPÍTULO 7

Octubre…. Fresca

Aunque todo el mundo piensa que Ana no se entera de los sentimientos que Santi alberga hacia ella, es todo lo contrario. Sabe exactamente que su amigo está enamorado de ella, al igual que sabe que nunca podrá corresponderlo porque, como le dice a Patri: «¡Si es que lo quiero muchísimo, pero es mi mejor amigo!».

Patri es la hermana mayor de Ana y la única familia que le queda después de que su madre muriera dos años atrás. El padre de las dos las dejó cuando ambas eran niñas y Ana, que era la menor, casi no se acuerda de él.

Todas las semanas, prácticamente sin excepción desde la muerte de su madre, las hermanas quedaban para su noche semanal donde cada vez le tocaba a una preparar la comida y la bebida, mientras que la otra elegía la película que verían.

La mayoría de las veces, la película terminaba de música de fondo mientras las hermanas se ponían al día. Cuando Patri ponía la comida, siempre llevaba cosas saludables, incluso vegetarianas, sin grasa, sin hidratos y, según Ana, «sin gracia, ni sabor». En esas ocasiones, Ana elegía un musical o una película de Disney que habían visto docenas de veces, sólo para poder cantar a pleno pulmón o simplemente escuchar las canciones mientras hablaban.

En cambio, cuando le tocaba elegir la comida a Ana, siempre llevaba comida basura y dulces, y Patri escogía uno de los últimos estrenos de acción. En muchos aspectos, las dos hermanas son completamente diferentes.

Al principio se iban turnando entre el piso de una y la otra, hasta que Patri se fue a vivir con su novia, Cloe, lo cual coincidió con la separación de Ana y, desde entonces, la noche de las hermanas ha pasado a celebrarse siempre en casa de la mayor de las Costa, donde se une Cloe cuando su trabajo por turnos se lo permite.

Esa semana y, después del incidente de la dichosa reseña, la atención en la película no ha durado ni diez minutos. Tras contarles todo, la conversación deriva hacia el tema que últimamente parece el preferido de la hermana de Ana y su novia, que no es otro que emparejarla con Santi.

—En serio, Ana, tu Ratatoullie está muy bien. —Así lo llamaba Cloe—. Y ya sabes que a mí los hombres ni fu ni fa —le dice mirando de reojo a su chica—, ¿verdad, Patri?

—Verdad, ¿qué? —le responde Patri entrecerrando los ojos—, ¿que a ti los hombres ni fu ni fa o que Santi está muy bien?

—Chicas, por favor, parad ya —interrumpe Ana—, lleváis años diciéndome lo mismo, incluso cuando estaba casada con Stéphane, y ya sabéis lo que pienso al respecto.

Y es verdad, a la hermana de Ana nunca le gustó Stéphane, siempre le dio mala vibra como ella decía y, desde que se han separado o ya oficialmente divorciado, las chicas han vuelto a la carga.

—¡Pero es que es perfecto para ti! ¡Díselo, Patri!

—Es perfecto para ti —repite automáticamente. Está claro que no es la primera vez que tienen la misma conversación.

—Y está loco por ti; si es que se le nota a distancia —insiste Cloe mirando a su novia para que se lo ratifique.

—Se nota a kilómetros.

Y una semana más, Ana debe aguantar que la intenten emparejar con su mejor amigo, al que ella considera casi como su propio hermano.

—Es que no le das ni una oportunidad y él no te va a esperar para siempre.

—Lo sé, Cloe, y tampoco quiero que lo haga. Yo le quiero muchísimo y lo único que deseo es que sea feliz.

—¿Y qué hay de la chica nueva? —interviene Patri.

—¿Laura? No es tan nueva, lleva ya meses trabajando con nosotros. De hecho estuvo en el hotel hasta que Stéphane la despidió. Cuando él se marchó, la volví a contratar.

—Es mona —dice mirando esta vez ella de reojo a Cloe para ver su reacción— y le hace ojitos a Santi.

—¿En serio? Pues no me he dado cuenta.

—Porque tú no te enteras de nada. Pero está al acecho; por eso, como no espabiles, se te va a adelantar.

—Pues ahora que lo pienso, hacen muy buena pareja. —La película sigue discurriendo y Ana se fija por un momento en la pantalla que en esa secuencia refleja una persecución de coches y muchos disparos. La mira sin prestarle atención—. Laura es una chica genial además de una gran empleada, se ha convertido en una

buena amiga. No tiene que estar al acecho y, si le gusta Santi, a mí me encantaría que estuvieran juntos.

—Puede que te arrepientas.

—No podría arrepentirme nunca de que mi mejor amigo encuentre finalmente el amor. Sea con Laura o con quien sea que le haga feliz. Os lo he dicho mil veces, si no he sentido ese tipo de amor por Santi en quince años, no lo voy a sentir ahora. Es como mi hermano y no podría estar con él de esa manera nunca.

—Eso no lo sabes. Los sentimientos pueden cambiar y, a lo mejor, cuando te des cuenta, él puede que ya no esté disponible.

—Es posible que para otra persona cambie, pero no para mí. Sería como si me enrollara contigo —le dice a su hermana sacándole la lengua—, incestuoso.

—En realidad, tú eres adoptada, Ana. De hecho, no sería incesto en absoluto porque no compartís sangre —piensa en voz alta Cloe mientras se echa a la boca la enésima patata frita. Antes de que pueda rectificar o aclarar su punto, se encuentra a las dos hermanas mirándola como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Borra esa imagen de tu cabeza, pervertida —le recrimina Patri palmeando la pierna a su novia.

—¿Ves como tú también lo considerarías incesto? —le dice Ana entre risas señalando con el dedo a su hermana—. No hace falta compartir sangre para considerarse familia.

—No me he imaginado nada, no sé cómo puedes pensar eso —protesta Cloe—, estaba hablando desde un punto de vista legal. Y vosotras sois parientes colaterales de segundo grado sin

consanguinidad; por lo tanto, según el código civil, podríais hasta contraer matrimonio.

—Hay que ver lo sexy que te pones cuando recitas el código civil, nena. —Patri sonríe guiñándole el ojo a su novia ante la atenta mirada de su hermana que, como si fuera un partido de tenis, va de una a otra siguiendo la conversación mientras devora los nachos con queso—. Me gusta cuando te pones en modo policial.

—Pues ya sabes, ese es el artículo 47 pero hay otro que me gusta a mí mucho más.

Las dos mujeres están hablando entre ellas, olvidándose de que Ana está allí presente. Ella sigue masticando sus nachos observando en silencio el coqueteo entre su hermana y su cuñada.

—¿Ah, sí? Dígame usted, inspectora.

—Pues el artículo 44. —Cloe le sigue el coqueteo—. En 2005 se añadió un párrafo que dice que el matrimonio tendrá los mismos requisitos y efectos cuando ambos contrayentes sean del mismo o de diferente sexo.

—¡Toma ya! —exclama Ana abriendo los ojos como platos y casi atragantándose con los nachos—. ¿Os vais casar?

—¡¿Qué?! —Patri casi se provoca un esguince cervical al volverse hacia su hermana de golpe—. ¿Quién ha hablado de matrimonio?

—Yo no lo descarto —dice tranquilamente Cloe—. No digo que tenga que ser hoy ni mañana, pero lo tengo en mente, claro.

—¡Pero eso sería genial! Mi primera boda gay —exclama emocionada Ana—. ¿Cuándo te gustaría? Porque déjame decirte que

otoño es la mejor estación del año para una boda.

—Bueno, me encanta el otoño, pero el tiempo aquí es un poco inestable. Igual te asas de calor que te sale un día casi de invierno.

Patri observa cómo su propia hermana y su novia no dejan de hablar de una boda de la que se supone que ella debe ser parte esencial y a la que parece que no hayan ni siquiera invitado. Ana y Cloe hablan de *caterings*, salones de bodas, paisajes, posibles trajes y vestidos de novias para una boda entre mujeres, invitados, candidatos a oficiar el enlace e, incluso, el sabor de la tarta nupcial. Las dos ríen planeando una boda que ni siquiera tiene fecha ni ha sido planteada, sin parar un momento a pensar si Patri podría molestarse con su novia o incluso con su hermana. En cambio escucha en silencio cada una de las propuestas que Ana le hace a Cloe y sonríe ante las extravagantes ocurrencias de su novia, entre ellas, aparecer montada en un caballo.

Ver así de contenta a su hermana, a pesar de todo lo que ha sufrido en la vida y de todas las dificultades que sigue teniendo que sortear, le parece algo increíble y no puede estar más orgullosa de ver cómo las dos personas que más quiere en el mundo, se llevan así de bien.

Patri es incapaz de dejar de mirarlas con el corazón rebosante de amor. Una es su hermana y la otra su pareja y, además, ambas son sus mejores amigas. Y no se le escapa el detalle de que estas dos personas son la única familia que le queda aunque no tengan ni una sola gota de sangre en común con ella.

CAPÍTULO 8

Por fin llega el momento que Ana lleva esperando impaciente desde hace una semana. Es el día en el que va a ponerle cara a Álex, o Alejandro Romero, el ruidoso cliente que se ha dedicado a dejar reseñas estúpidas —en su opinión— sobre su hotel.

Son las diez de la noche cuando Mario entra por la puerta de la recepción dispuesto a hacerse cargo de su jornada. A Mario este trabajo le encanta. Es un chico alto y espigado que acude a la universidad por la mañana, duerme por la tarde, «porque es que yo, después de comer, no funciono» y estudia por la noche mientras se ocupa de la recepción del hotel que, dadas sus pocas habitaciones, apenas tiene actividad.

—No te preocupes, jefa, yo me hago cargo de todo y mañana podrás verlo cuando devuelva las llaves.

—¿Estás de broma? De este tío me ocupo yo aunque tenga que quedarme toda la noche esperando —dice Ana entrecerrando los ojos—, quiero verle el careto.

Y no tiene que esperar toda la noche, pero son ya cerca de las once cuando aparece Alejandro Romero de la mano de una joven que, por lo que más tarde le dirá Mario, es la misma universitaria que estudia en su campus con la que vino en su estancia anterior. La chica se ríe exageradamente agarrada a su brazo.

La primera impresión que Ana tiene de Álex es la mezcla de lo que Santi, Laura y Mario le habían contado sobre él. Que parecía un tipo normal, de unos treinta y cinco años, que al verle de cerca podías apreciar su atractivo y que iba de la mano de una bonita jovencita. En ese instante, Ana piensa que debe ser empresario o bien comercial, de esos que le venden el alma hasta al mismo diablo.

Cuando los recién llegados se aproximan al mostrador de recepción, Ana les espera con cara de pocos amigos pero, como no podía ser de otra manera viniendo de ella, les sonríe y los saluda con la educación exquisita que siempre muestra ante todo el mundo y que todavía se hace más patente cuando trata a algún huésped de su hotel.

—Buenas noches. ¿Tienen una reserva? —pregunta disimulando, como si no hubiera estado esperando ese momento durante toda la semana.

—Mmm. Sí —contesta Álex—, tengo una reserva a nombre de Alejando Romero.

Como todos aquellos que tienen ojos en la cara y un mínimo de sentido del gusto, Álex se queda mirando fijamente y, hasta la chica que está a su lado se da cuenta de que el hombre está impresionado.

Ese día, Ana lleva una camisa de un azul que hace juego con sus ojos y el pelo recogido en un moño alto con mechones sueltos cayendo a ambos lados de la cara. Su atuendo es sencillo y nada en ella llama especialmente la atención. Prácticamente no usa maquillaje, únicamente un poco de color en sus mejillas y un leve

brillo de labios. Su camisa no muestra nada de escote, no lleva tacones y, aun así, es casi tan alta como Álex. Este piensa que, a pesar de que en las fotos en internet, la chica parece preciosa, en realidad no le hacen justicia. Es mucho más impresionante en persona y en las distancias cortas.

La joven que acompaña a Álex, en cambio, es todo lo contrario. Lleva un vestido rojo muy ajustado con un escote muy pronunciado, unos tacones altísimos con los que apenas puede mantener el equilibrio y un maquillaje bastante exagerado. La chica se queda mirando de arriba a abajo a Ana aunque por otras circunstancias. Álex, que en cualquier otra ocasión cumple el trámite del check-in rápidamente, se está tomando su tiempo esta vez.

—¿Es usted la dueña de este hotel? —pregunta mientras recupera el DNI que acababa de enseñarle. Evidentemente, sabe que lo es pero no va reconocer delante de ella que ha buscado el nombre de su hotel en Google y que guarda en su galería alguna de las fotos que encontró en internet.

—Sí, señor Romero.

Ana es toda una profesional y, aunque no tiene ningún interés en hablar con ese hombre, toma aire e intenta parecer lo más simpática y educada posible, a pesar de que lleva un par de semanas molesta por su causa. Ni siquiera el comentario en el cuaderno le ha hecho olvidar su enfado.

—Es un hotel muy bonito. En realidad me quedé impresionado la primera vez que me alojé aquí.

—Muchas gracias. Intentamos crear un entorno acogedor y cálido para nuestros clientes.

La joven que acompaña a Álex empieza a dar signos de impaciencia y aburrimiento. Suspira exageradamente, resopla y se pasea por la recepción del hotel mirando distraídamente los folletos que hay colocados cuidadosamente en la mesa y en una pequeña estantería. Ana la mira de reojo y no puede evitar acordarse de cómo había tenido que subir el tono de voz para que se escuchara de una habitación a otra.

—Álex, ¿entramos ya?

—Un momento —le responde este casi sin mirarla.

En realidad, su atención está puesta en Ana e ignora a la joven que le acompaña. La chica resopla de nuevo más exageradamente que antes y se cruza de brazos al tiempo que hace resonar los tacones en el suelo. Álex se vuelve entonces a mirarla y recuerda las palabras de su amiga Eva cuando le cuestionaba lo que tenía en común con una chica de veinte años y qué tipo de conversaciones podía mantener con ella. Su comportamiento es de una adolescente malcriada sin modales y eso empieza a poner nervioso a Álex y a incomodar a Ana, quien intenta dar por zanjada la conversación que él intenta entablar.

—Aquí tiene las llaves de su habitación. Es la número 1, a la que llamamos *Fresca* en esta ocasión, aunque no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación. Se refiere a la técnica pictórica de los cuadros que la decoran —le explica—. Creo que estará muy cómodo allí; está un poco más aislada del resto que la número doce, en la que se alojó anteriormente.

A Álex no se le escapa el doble sentido de lo que acaba de decirle la propietaria del hotel y siente la necesidad de disculparse.

—En cuanto a eso —comienza a decir mirando de reojo a la joven que sigue toqueteando todo como si fuera una niña pequeña —, espero no haberle ocasionado ningún problema por mis comentarios en la aplicación.

—Por supuesto que no —dice mordiéndose la lengua—; estamos más que encantados de solucionar cada problema que le surja a nuestros huéspedes en su estancia en el Stana. Queremos que se sientan como en casa. Aunque las críticas nos afecten porque estamos intentando salir de una situación económica delicada, siempre intentamos mejorar la experiencia de los clientes dentro de nuestras posibilidades.

Después de escuchar este último comentario, Álex se convence de que la disculpa es necesaria y se siente francamente mal de haber podido ocasionar algún tipo de inconveniente al hotel y, sobre todo, a la mujer que tiene delante. En cuanto vuelva a la ciudad, le dirá a su amiga Eva que llevaba razón en lo de que a los propietarios del hotel no les iban a hacer gracia sus comentarios.

—No sabe cómo lo siento, porque este hotel me encanta. Es más, ya lo estoy recomendando a todos mis conocidos y amigos. Y especialmente a mis clientes de esta zona.

—Oh, vaya. Muchas gracias. Eso es muy amable de su parte. No nos vendría mal una buena publicidad.

—Por supuesto que se la daré —dice con más énfasis incluso.

—Álex, ¿podemos entrar ya? —La chica decide cambiar de estrategia y ahora se acerca insinuándose y colgándose del brazo de Álex—. Estoy súper cansada.

Si hace unos minutos, se estaba poniendo nervioso por el comportamiento infantil de la chica, ahora empieza a sentir vergüenza. Ana los mira sin poder evitar disimular la incomodidad de la situación, viendo a la joven restregarse descaradamente y empezando a susurrarle cosas al oído mirándola de reojo.

—La habitación es la última del pasillo, a la izquierda —dice Ana para intentar evitar más incomodidad y dar por zanjada la conversación.

—Genial, pues vamos. —La chica intenta caminar agarrada del brazo de Álex pero éste no se mueve ni un centímetro.

—Si estás tan cansada puedo llamarte un taxi o un Uber. ¿Tienen ese servicio? —pregunta dirigiéndose a Ana.

Álex aparta suave pero firmemente a la joven. Todo en la forma de actuar de la chica le está molestando y no entiende muy bien el motivo, pero lo que en otro momento le habría parecido sexy y divertido, en esta ocasión el descarado comportamiento de la joven le está haciendo perder la paciencia.

Si un ser humano fuera capaz de entrar en combustión espontánea, en ese preciso instante, la chica habría explotado allí mismo.

—¿Me estás jodiendo? —le pregunta poniendo los brazos en jarras visiblemente enfadada.

—Lo siento, pero yo también estoy cansado. Creo que será mejor que te vayas a casa —le dice mientras busca en la aplicación de Uber—. ¿Qué dirección pongo?

La situación se vuelve tensa por momentos y los ojos de Ana cada vez se abren más. No sabe dónde mirar y la escena le está resultando tan incómoda que, a pesar de su estatura, se siente más pequeña a cada segundo que pasa.

Álex, en cambio, ha pasado de la incomodidad a la determinación y le aguanta la mirada a la chica esperando una respuesta.

—Es sábado por la noche. Estás listo si piensas que me voy a ir a mi casa —le responde con desprecio—. ¡Vete a la mierda! ¡Y no vuelvas a llamarme nunca!

Por un momento Ana piensa que la chica le va a dar un bofetón y no sabe dónde meterse. Mario, que ha escuchado toda la escena desde la pequeña sala de detrás de la recepción, se tapa la boca para evitar que lo escuchen reír. Álex, por su parte, está tan avergonzado que evita mirar a cualquier lado que no sea su propia mano mientras sostiene la llave de la habitación. Cuando la chica se marcha dando un portazo, el hombre puede soltar todo el aire que llevaba aguantando dentro.

—Lo siento muchísimo. Esto ha sido embarazoso —se disculpa.

—Su novia es muy intensa —dice Ana más relajada también y volviendo a respirar tranquila.

—Oh, no. Ella no es mi novia. Y, por favor, disculpe otra vez, no volverá a suceder algo así, se lo aseguro.

—No importa, señor Romero.

—¡Álex! —exclama—, llámame Álex. ¿Y su nombre?

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Ana se despierta temprano como siempre. No tiene necesidad de madrugar demasiado porque vive en una pequeña estancia que tiene reservada en el mismo hotel.

Vivir en el mismo lugar donde trabajas tiene sus ventajas y sus inconvenientes, como casi todo en la vida. Lo bueno es que tarda como diez segundos en llegar de su casa al trabajo y del trabajo a casa. Lo malo es que, a veces no consigue desconectar del todo y sus jornadas, a poco que se encante, pueden durar hasta dieciocho horas.

Cuando construyeron el hotel en la casa que heredó, se reservó una habitación con un aseo y un pequeño salón con una cocina totalmente equipada, aunque casi nunca la usa porque apenas sabe cocinar y come casi siempre en el restaurante con Santi. Su pequeño apartamento es totalmente independiente del resto del edificio, con su propia puerta de entrada. Pero, al fin y al cabo, vive en el hotel.

Siempre que hay un problema o una decisión que tomar, los demás solo tienen que tocar a su puerta. En la práctica, eso supone que casi nunca se desvincula del trabajo. Incluso cuando está durmiendo, a veces Mario tiene que despertarla porque ha surgido algún imprevisto que ella debe solucionar.

Pero lo bueno, como ella dice siempre, es que no necesita coche ni ningún tipo de transporte para ir a trabajar y, de esta manera,

ahorra mucho tiempo y dinero.

Así que, como cada mañana, Ana se despierta temprano solo porque quiere hacerlo. Le gusta sentir el aire fresco con el que amanece la ciudad en esa época del año. El otoño es su estación favorita. Aunque el invierno, sobre todo cuando nieva, también le encanta. Lo cierto es que también la primavera, con sus montes llenos de flores silvestres, y el verano con sus días soleados y calurosos, son de su agrado igualmente.

Entra en el restaurante, donde Santi ya está preparando los desayunos para los clientes, con una sonrisa.

—¡Buenos días, socio! Qué bien huele a café recién hecho. Me muero por una taza.

Todos los días saluda a su amigo llamándolo socio y, a continuación, dice algo bueno sobre cualquier cosa. A veces es: «¿Has visto que amanecer tan bonito tenemos hoy?». Otras: «Se nota que ya va haciendo fresquete, lo echaba de menos» o «Aún me acuerdo lo buena que estaba anoche la cena; eres un artista, Santi».

El carácter optimista y agradable de Ana es uno de esos misterios que nadie que la conoce puede comprender. Todo en su vida han sido desgracias. Para empezar, era huérfana y fue adoptada por la familia de Patri cuando, a los seis años, sus padres biológicos fallecieron en un accidente de coche. Ana iba con ellos, en el asiento trasero del vehículo, y milagrosamente sólo tuvo una fractura en el brazo y algunas heridas en la cara. Una de ellas le dejó una pequeña cicatriz en una ceja.

Primero estuvo de acogida en casa de los Costa pero, a los pocos meses, el padre se marchó de repente, abandonando a su

esposa, a su hija y a la propia Ana. Durante mucho tiempo, la chica se echó la culpa de que Juan, así se llamaba, se marchara. A los pocos años de estar en acogida, Mónica, la madre de Patri, le preguntó si quería ser adoptada por ella. Y así es como se convirtió en parte oficial de la familia.

—La verdad es que es un desayuno excelente y no me perdono habérmelo perdido las veces anteriores.

Cuando Ana se vuelve hacia el lugar de donde proviene la voz, no se imagina que el dueño de tan amables palabras sea el que ahora se ha convertido en su «enemigo número uno».

—Buenos días, señor Romero —saluda cortésmente Ana—, espero que haya descansado adecuadamente.

A Álex no se le escapa el tono irónico y protocolario en el saludo de Ana, así como la distancia que intenta marcar, a pesar de que la noche anterior él le insistiera en que lo llamara por su nombre de pila.

—Por favor, llámame Álex —insiste este—, lo de señor Romero me hace parecer muy mayor.

Ana simplemente asiente. Sólo quiere desaparecer del comedor y de la vista del hombre, sobre todo porque aún tiene demasiado reciente el mal trago que pasó unas horas antes en la recepción al darle las llaves de la habitación.

—No sé si estás muy ocupada ahora —continúa ante el silencio de Ana—, pero te he escuchado decir que te morías por una taza de café y la verdad es que odio comer solo en los restaurantes. Por eso me preguntaba si querrías acompañarme a desayunar.

Ana no puede dar crédito a las palabras de su huésped y gira la cabeza de golpe ante la atenta mirada de Santi, que está observando la escena desde detrás de la barra. Es la primera vez que lo ve en su restaurante y mira a su socia para comprobar que todo está bien antes de volver a entrar en la cocina.

—¿Desayunar? —le responde con una pregunta—. En realidad casi nunca desayuno, sólo tomo café.

—Bueno, pues déjame invitarte a un café.

—Sabe que este restaurante también es mío y no pago por los cafés, ¿verdad? No necesito que me invite.

—No me trates de usted, por favor —le pide poniendo una cara triste—; en cuanto al café, puedes cobrarme un desayuno extra o lo que consideres y será ganancia igualmente.

—No me parece ético, pero vale, me tomaré un café con ust… contigo.

—¡Genial! —exclama Álex con una sonrisa—. Lo primero, quiero volver a disculparme por la escena que montó anoche la chica que vino conmigo.

—No hace falta que te disculpes, a veces veo cosas peores.

—Puedo imaginarlo, pero aun así, su comportamiento dejó mucho que desear.

—Es muy joven. A esas edades la gente es muy impulsiva e intensa.

Los dos guardan silencio. Álex está pensando en cómo abordar lo que quiere decirle y Ana permanece expectante, sin saber si

comenzar una conversación trivial, esperar a ver por dónde discurre la cosa o simplemente tomar su café y marcharse.

—Bueno, voy a ir al grano porque tengo que irme en un par de horas y aún tengo que hacer una visita, así que no te robaré mucho tiempo. Antes de nada, voy a hacerte una pregunta que puede que te incomode. Ayer dijiste que tu negocio pasaba por una situación económica delicada. ¿Hasta qué punto es delicada?

—Perdona —le contesta alterada y haciendo ademán de levantarse y marcharse—, eso a ti no te incumbe.

—No, disculpa. No te vayas, por favor —le ruega de nuevo—. Déjame explicarte.

—Explicarme, ¿qué?

—Tengo un grado en *marketing*, otro en publicidad y relaciones públicas y varios máster, incluido uno en comunicación e industrias creativas. Pero, ante todo, soy un hombre de negocios

—¿Me estás dando tu currículum para pedirme trabajo? —le pregunta la chica levantando las cejas.

—Escúchame, Ana. Puedo ayudarte —dice ignorando el comentario—. Te he preguntado por la situación de tu negocio, pero en realidad ya la sé. Y estáis en bancarrota. Me he informado bien. Hace mucho tiempo que vives de tus ahorros y los poco ingresos del hotel van para pagar a tus empleados. El restaurante se mantiene y ayuda mucho, pero no da para saldar las deudas que tenéis.

Ana está a punto de echarse a llorar. Todo lo que dice ese hombre es verdad y no sabe cuánto tiempo más va a poder aguantar en esa situación, pero no quiere dar muestra de debilidad

y, menos, ante un hombre al que empieza a odiar. Y Ana no odia ni ha odiado a nadie en su vida.

—Ya está bien. No voy a pedirte que te marches porque has pagado tu desayuno, pero no vuelvas por aquí. No necesitamos tu caridad.

Ana se levanta de la silla y hace ademán de irse. Álex reacciona rápidamente y se levanta estirando el brazo hacia ella.

—No te vayas, por favor —le dice de manera suplicante—. No te estoy ofreciendo mi caridad ni nada por el estilo. Te voy a proponer un modelo de negocio que creo que te va a encantar.

—¿Un modelo de negocio? Yo ya tengo un negocio. Llevo un hotel y un restaurante junto a mi socio.

—Y es un hotel precioso. ¿Podemos sentarnos a hablar? —le pide tomando asiento de nuevo y señalando la silla que tiene enfrente—. Lo que te quiero proponer no va a afectar ni a tu hotel ni al restaurante. Tampoco a tus empleados o a tu socio. Te ofrezco mi experiencia, mis conocimientos y mis contactos además de mi dinero para saldar tus deudas.

—Vaya, sí que eres generoso. Y dime, ¿qué quieres a cambio?

—No es generosidad. Ya te he dicho que ante todo soy un hombre de negocios. Te ofrezco un trato. Dime si estás dispuesta a escucharlo.

CAPÍTULO 10

Noviembre… Óleo

Ana trabaja incansablemente. Es una artista de método, se pone delante de un cuadro en blanco y piensa, o deja que el lienzo le hable o el canto de los pájaros la inspire. A veces, solo tiene que sentarse y escuchar el grito de un niño en la calle, o caminar detrás de una anciana a la que su corto paseo de cien metros le lleva casi una mañana para pararse a su ritmo y, así, poder contemplar la belleza que le rodea y pintarla después.

Otras veces, la inspiración le rehúye o simplemente las obligaciones del hotel, la preocupación por pagar las deudas que se acumulan le hacen imposible dedicarse a lo que más ama, que es pintar.

Pero eso no sucede cuando llega noviembre, porque ese mes es su favorito, le regala sus colores preferidos y quiere pintarlo absolutamente todo. Da igual que sea un árbol lleno o una simple hoja caída en el asfalto. Ve belleza en cada espacio y en cada rincón de su mundo y, si este no le alcanza, se imagina la belleza en todo lo que no puede ver.

Sí, noviembre es su mes. Pero, desde su conversación con «Dalequetepego» y su propuesta, Ana está distraída, los colores se mezclan en su cabeza y no puede pensar en otra cosa.

Ese primer viernes de noviembre, en casa de su hermana y su cuñada, suena la banda sonora de *Mulan* mientras Ana devora, con la mirada absorta en la película, las zanahorias con humus que sus anfitrionas han preparado en silencio. Patri y Cloe se miran con una expresión en sus caras que va de la incredulidad a la preocupación.

Que Ana permanezca en silencio tanto tiempo, sin parlotear, cantar o tararear la canción de turno que suena en la televisión, podría ser normal si tuviera la boca llena. Pero en esta ocasión, come zanahorias crudas. Y que no haga ningún comentario al respecto es un tanto sospechoso.

—Ana, ¿te preocupa algo? —se interesa Patri—, estás demasiado callada hoy.

Su hermana se vuelve hacia Cloe, quien también la mira con el semblante preocupado. La chica, haciendo una mueca y soltando todo el aire que parece haber mantenido toda la noche, empieza a contar los acontecimientos del domingo anterior.

—Os he hablado ya del cliente ese que me dejó una reseña, ¿verdad? —les pregunta—. Pues veréis, el otro día, desayunando, me hizo una proposición que…

—¿Desayunando? —interrumpe Patri abriendo los ojos como platos.

—Sí, desayunando en el restaurante. Es un cliente del hotel y estaba allí cuando fui a por mi café, como todas las mañanas —aclara—; no pienses cosas raras.

—De acuerdo, continúa.

—Pues, como os estaba contando, me propuso un trato.

—¿Qué clase de trato? —interrumpe Cloe con su mejor cara de policía.

—Pues uno para el hotel, ¿para qué va a ser?

—No tenemos ni idea, eres tú la que está súper rara hoy. Ni cantas, ni te quejas de la comida, ni nos enseñas fotos de gatitos ni estás parloteando sin parar. Es normal que estemos un poco… —Patri hace una pequeña pausa mirando a su novia para que le ayude a encontrar la palabra que busca—. ¿Confusas?

—Exacto —asiente Cloe—, confusas y preocupadas.

—Bueno, sí, yo también lo estoy, ¿sabéis?

—Se te nota.

—¿Ah sí?

—Sí. Te tocas mucho la cicatriz de la ceja cuando estás preocupada. Y cuando tú estás preocupada, preocupas a tu hermana y, entonces ella me transmite su preocupación a mí porque dice que, como soy policía, tengo experiencia en esas cosas y lo sé gestionar mejor.

—¿Haces eso, Pat?

—Para nada, pero si ella quiere verlo así, no pienso discutirlo. Continúa, por favor. ¿Qué te preocupa?

—Vale, pues veréis. Ese hombre, en el desayuno, me hizo una propuesta de negocios para el hotel y la verdad es que resulta muy tentadora. Es arriesgada pero más que nada para él, porque pondría el dinero; yo tendría que seguir haciendo lo mismo, incluso mejor, porque una de las condiciones sería que siguiera pintando. Quiere

convertir el hotel en un No-hotel. Una residencia exclusiva para personas adineradas, empresarios y gente pija. Eso me ha dicho.

—¿Un No-Hotel? —pregunta intrigada Patri—. ¿Qué coño es eso?

—Pues no tengo ni idea. Deben ser cosas de ricos —le contesta encogiéndose de hombros—. La cuestión es que quiere darle más visibilidad a mis obras e, incluso, a las de otros artistas jóvenes. Quiere convertir el hotel en una especie de residencia y galería de arte.

—Pero, ¿aquí? —insiste Patri—. En esta ciudad no hay nada especial para que venga gente pija y quiera eso.

—Él dice que sí. Que conoce muchos clientes que pagarían un montón por alojarse en un sitio exclusivo.

Las tres se quedan mirándose pensativas mientras *Mulan* sigue cantando en la televisión sin que nadie le preste la más mínima atención.

—El problema es que no quiero hacerme ilusiones —continúa—, pero es algo tan tentador… Además resolvería todos mis problemas económicos.

—¿Qué pide a cambio? —pregunta Cloe—. Porque algo querrá, claro.

—Evidentemente. Es un hombre de negocios y quiere un porcentaje de los beneficios. Bastante alto —recalca.

—¿Cómo de alto?

—Aún no hemos hecho cuentas ni negociado nada. Pero, pida lo que pida, siempre me será más rentable que lo que saco ahora, que es cero. Así que, para mí sería todo ventajas. En realidad, estaba

pensando en darme de tiempo hasta final de año para decidir si traspasaba el negocio. Incluso me he planteado vender el edificio. Estoy ahogada con las deudas.

—Vaya, entonces lo tienes bastante claro, ¿no?

—Antes tengo que hablar con Santi, por supuesto. Creo que es mi última oportunidad para salvar el hotel. El problema es que no conozco de nada a ese hombre. Lo único que sé es que vive en Madrid y dice que viene aquí por negocios.

—¿Lo has buscado en Google?

—Pues claro, es lo primero que he hecho.

—¿Y?

—Me metí en su perfil de Linkedin. Es graduado en relaciones públicas, *marketing*, publicidad y no me acuerdo de cuántas cosas más. Y CEO en no sé qué empresa. Él ya me dijo todo eso y lo comprobé. En ese aspecto no me mentía.

—Vaya, qué impresionante.

—Sí, pero yo, lo de viajar tanto y en fin de semana… —piensa en voz alta entrecerrando los ojos— no sé, me huele a algo raro. Como negocios turbios. No sé si me entendéis.

—¿Crees que quiere usar tu hotel como tapadera de algo ilegal?

—Ay, Dios, ni me había planteado eso —exclama indignada.

—No le hagas caso —la tranquiliza su hermana—, Cloe siempre busca intrigas en cualquier cosa.

—Bueno, la cuestión es que quiero pedirte algo, Cloe.

—¿A mí? —pregunta sorprendida—. Lo que quieras, pero ya conoces mis cuentas, no puedo dejarte mucho dinero.

—Ya lo sé, estás más tiesa que yo. Pero no, no necesito que me prestes dinero. Quiero que investigues a ese hombre. Y que lo sigas a ver dónde va cada fin de semana. Antes incluso de pensar en hablar con Santi de su propuesta, necesito saber qué tipo de negocios le traen aquí.

—Sabes que no puedo hacer eso, ¿verdad? —Ahora Cloe pone su cara más profesional e incluso parece cuadrar los hombros—. No puedo investigar ni seguir a un ciudadano sin tener una sospecha ni una orden para vigilarlo o investigarlo. Podrían abrirme un expediente y acusarme de acoso policial.

—No te estoy pidiendo que acampes en la puerta del hotel y lo vigiles día y noche. Sólo te pido que mires un poco en las fichas esas que tenéis los policías por si tiene antecedentes —dice inocentemente mientras juega con una zanahoria en su humus—, y quizás seguirlo un poco para ver dónde va. Pero sólo un poquito… No es mucho pedir, ¿no?

Cloe, al ver el puchero de Ana y, ante la atenta mirada de Patri, toma aire.

—Está bien, lo seguiré, pero sólo una vez, y no pienso invadir su intimidad. Miraré si tiene antecedentes, hablaré con algunos compañeros de Madrid a ver si conocen algo sobre él. ¿Cuándo dices que vuelve?

—Viene todos los fines de semana y se pasa fuera la mayor parte del día. El sábado suele levantarse temprano y no vuelve hasta

la hora de comer; el domingo deja la habitación sobre las once y se marcha.

—De acuerdo. Lo seguiré el próximo sábado a ver si puedo sacar algo en claro.

CAPÍTULO 11

Cloe lleva siete años en la ciudad y, aunque nunca lo admitiría, se siente tan de ahí como el que más. Al principio, lo odiaba todo. Odiaba el frío extremo en invierno y los veranos tan calurosos y húmedos. Odiaba que la gente de los barrios se conociera y se saludaran por la mañana como si fueran amigos. Pero, lo que más odiaba, sin duda, era la soledad que la acompañó cuando la destinaron a ese lugar.

Odiaba todo eso hasta que conoció a Patri y a su hermana. En el mismo instante en que vio a Ana, se fijó en ella. Lo recordará toda su vida. Estaba de patrulla con su compañero por aquel entonces, un policía local cercano a los cincuenta años, al que le asignaron cuando llegó. Ella acababa de cumplir los veintiséis años y ese era su primer destino. Anteriormente había estado trabajando en bares y restaurantes de comida rápida y Miguel fue su primer compañero en el cuerpo. Cloe no conocía a nadie allí excepto a sus colegas en la comisaría y la mayoría estaban casados y con hijos. Aunque todos intentaban incluirla, Cloe se sentía muy sola.

Un día, Miguel intentó emparejarla con un sobrino suyo hasta que la chica tuvo que explicarle que, si quería buscarle algún lío, mejor que fuera con sobrinas, que le gustaban más. Entre sus primeras patrullas, estaba la vigilancia de la estación y sus alrededores, donde se producían pequeños robos y hurtos. Fue

entonces cuando la vio apearse de uno de los trenes. Una joven Ana de unos veintitrés años, que volvía de la universidad, con la melena rubia y la sonrisa más grande que había visto jamás.

Todo el mundo se volvía disimuladamente para mirarla porque realmente llamaba la atención y Cloe no fue una excepción. En el andén la esperaba otra chica, con el pelo castaño, largo por delante y corto por la nuca, quizás unos años mayor que la rubia, pero con diez centímetros menos. Cloe se quedó mirando a las dos chicas que se abrazaban efusivamente y al chico que estaba parado detrás de la rubia llevando sus maletas y agarrándola de la cintura. Quizás se quedó un poco más tiempo observando la escena, no se acuerda muy bien, pero lo que sí recuerda es cómo la morena se quedó mirándola fijamente.

Tan sólo una semana más tarde volvió a encontrarse con esa chica morena en la cola del supermercado. La recordaba muy bien. Se sonrieron, se presentaron y comenzaron a hablar. Patri era la antítesis de su hermana. Seria e intimidante. Cloe supo casi en el acto, que iban a cambiar su vida y desde el mismo momento en que empezaron a salir, se convirtieron en un cliché lesbiano de manual.

A los dos meses, Patri y Cloe se fueron a vivir juntas, adoptaron a un gato y a Ana, porque Cloe comprendió enseguida que Ana era una niña grande a la que tendría que cuidar como si fuera su propia hermana; mucho más aún cuando Stéphane la dejó. Y así fue cómo Cloe encontró una nueva familia que le hizo comenzar a tolerar su ciudad de adopción.

Amaba a Patri y adoraba a Ana. Por eso, cuando esta le hacía su puchero, era imposible resistirse a ello. Ana le pidió que investigara a

su cliente y, a pesar de su resistencia inicial, no se habría negado. No sólo se lo había pedido su cuñada adorablemente… es que viendo la mirada de su novia, sabía que no tenía posibilidad de negarse.

La búsqueda de Alejandro Romero en la base de datos de la comisaría no había reflejado ningún dato relevante. Lo típico: un par de multas de aparcamiento y otra por exceso de velocidad que no había requerido ni pérdida de puntos. «Vaya tío soso —pensó al comprobarlo—, teniendo un Tesla como ese y sólo se pasa veinte kilómetros por hora».

Seguirlo por la ciudad no ha sido nada difícil. Su coche es altamente reconocible, todo el mudo se gira para mirarlo y, además, está el hecho de que en esa ciudad, según en qué barrios, se mira al «forastero» con cierto recelo.

Álex abandona temprano el hotel y aparca su coche al lado de una panadería de la que sale al cabo de unos minutos, cargado con un par de bandejas. Recorre a pie varios cientos de metros hasta la floristería de Remedios y vuelve a la calle con un pequeño ramo de lo que Cloe cree que son lirios. La policía lo observa todo desde la distancia y se sorprende de la familiaridad con la que el hombre entra y saluda a las dependientas de ambos establecimientos. Está claro que no es la primera vez que compra esas cosas. Seguramente, las tiene reservadas con tiempo, puesto que tarda apenas minutos en salir de ambas tiendas.

—Me gustaría saber qué tipo de negocio te lleva a comprar dulces y flores, señor Romero —se dice a sí misma.

Después de dejarlo todo cuidadosamente en el asiento del copiloto, Álex sube a su Tesla y sale de la ciudad seguido a distancia prudencial por Cloe. Toma la carretera que lleva al residencial Campoluz, una zona de chalets de lujo con campo de golf y repleta de tiendas caras que tiene hasta seguridad en la entrada. .

—¿A quién le llevas flores? ¿Para qué vienes a un residencial así teniendo tu habitación de hotel?

Álex saluda con total familiaridad al guardia de seguridad que sale de su garita y le estrecha la mano. Hablan unos segundos y se adentra en el complejo. A Cloe le franquean el paso enseguida porque pertenece a la policía pero sabe que, de otra manera, no habría podido tener acceso a no ser que alguien se lo hubiera autorizado expresamente.

Espera verlo entrar a uno de los chalets que se sitúan a ambos lados de la carretera, con sus lujosas verjas y sus mercedes aparcados en los garajes, pero no se espera para nada que tome la salida que conduce a la residencia de ancianos que se encuentra allí mismo. Ve a Álex bajarse del coche, coger las bandejas y las flores y entrar en el edificio con toda naturalidad.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa.

La residencia de ancianos Destiny es un edificio enorme enclavado en una de las mejores zonas de la ciudad, rodeado de casas de lujo, un hospital y un gran centro comercial. En realidad, todo el complejo es exclusivo y, aunque pertenece a la ciudad, a veces parece una localidad independiente. Cloe se queda en el coche vigilando por si la visita de Álex a la residencia es corta y vuelve a salir, pero está tardando bastante más de lo que la policía ha

previsto. Decide aprovechar el tiempo y habla por teléfono con su madre, pone al día sus cuentas y hasta juega un rato con el móvil. Cansada de esperar, se dirige a la puerta de la residencia. En todo el tiempo que lleva viviendo allí, nunca ha tenido que visitar esa zona de la ciudad. Entra y el edificio le impresiona, parece sacado de una película futurista. Echa una ojeada hasta que un empleado se acerca a ella.

—¿Puedo ayudarla?

—Pues estaba buscando una residencia para mi abuela —dice improvisando lo primero que se le ocurre— ¿Pueden darme algo de información?

CAPÍTULO 12

Cuando Álex entra en una estancia, la gente lo mira. Sobre todo las mujeres. Es de ese tipo de hombres que llama la atención, no solo por su aspecto, sino también por su actitud.

No es que sea arrogante o engreído, pero conoce perfectamente su atractivo y sabe cómo sacarle partido. Tiene unos modales exquisitos, como de un caballero de los de antes, pero con un toque moderno. Su pelo negro realza sus ojos verdes y tiene la típica mandíbula cuadrada que le da un toque muy masculino, aunque sus rasgos son suaves. No es demasiado alto pero sí está en un gran estado de forma. En Madrid acude a un gimnasio regularmente. Va a uno de esos centros exclusivos de alto rendimiento donde se codea con empresarios que, al igual que él, usan el gimnasio para buscar alianzas, cerrar tratos y estar al día en las últimas inversiones. Pero al contrario que muchos de esos hombres de negocios que lo usan sólo para su beneficio económico, Álex lo aprovecha para cuidar su aspecto. No sólo acude al spa o a darse masajes. Él se machaca en la sala de pesas y una vez por semana, juega una partida al pádel.

Pero además de su físico, si algo gusta de Álex a las mujeres por encima de todo lo demás, es su labia. Se nota que su trabajo son las palabras y la imagen y es algo que no sólo aprovecha para sus negocios, sino también en su vida personal.

Hoy es sábado de visita y, como cada vez que va a la residencia Destiny la mayoría de las trabajadoras deambulan sospechosamente

ociosas por el *hall*. Están mejor peinadas que de costumbre, maquilladas y con sus batas blancas a veces un poco más abiertas de lo habitual, enseñando unos escotes que, para regocijo de los abuelos residentes, son en estas ocasiones más generosos que el resto de la semana.

Álex es tan amable y educado con el personal y los internos de la residencia que todos lo conocen por su nombre.

La directora del centro lo recibe con una sonrisa educada y un fuerte apretón de manos, dándole la bienvenida; los celadores le llaman Álex con toda familiaridad y las enfermeras y demás trabajadoras femeninas le sonríen coquetas. Él deposita en el mostrador las bandejas que compra en la panadería y saluda a todas y cada una de las trabajadoras y trabajadores de la residencia que se cruzan a su paso.

«Buenos días, Clara, ¿qué tal la espalda?». «Hola Silvia, ¿Te has cambiado el peinado?». «¿Estás haciendo pesas, Alfonso? Te veo más cachas». «Vaya, Mónica, qué guapa estás hoy. Tendrás a todos los abuelos locos».

Siempre tiene una palabra amable o un cumplido para cada persona y no es algo exclusivo de los trabajadores; los ancianos también reciben sus halagos y bromas. El complejo es impresionante y no sólo para los residentes, también para el personal, que cuenta con salas de descanso propias. Una de las primeras cosas que hace Álex cuando visita la residencia es dirigirse a la sala de música. En el centro de la estancia hay un piano de cola y, a su alrededor, están dispuestos varios sofás y sillones donde descansan los ancianos, la

mayoría con la mirada perdida. Álex se sienta en la banqueta y empieza a tocar.

—Ay, me encanta esta pieza —le dice una enfermera a otra compañera mientras empujan ambas las sillas de ruedas de dos ancianas y las acomodan para que puedan verlo tocar; —hacía tiempo que no la tocaba.

Hay algunos residentes que sonríen nada más comienzan a sonar los primeros acordes; a otros les cuesta un poco más, pero todos reaccionan a los sonidos que salen del piano de alguna manera, ya sea tarareando la melodía o dando palmas. Da igual que no vayan al compás de la música, ni que interrumpan al improvisado pianista cantando. Cualquier tipo de reacción al estímulo es bienvenida por todos.

Hay una señora mirando por los grandes ventanales hacia los jardines del exterior. Se levanta y se acerca lentamente al piano.

—Yo también sé tocar —le dice tímidamente con una sonrisa.

—¿En serio? —le contesta Álex a la anciana con una sonrisa—. ¿Quiere probar?

—No sé si voy a saber. —La mujer parece dudar y da un paso atrás—. Tú lo haces tan bien…

—Lo importante no es lo bien o lo mal que lo hagamos, sino disfrutar de lo que estamos haciendo —le dice Álex amablemente—, al menos eso decía siempre mi madre.

—¿Me dejas probar? —La anciana vuelve a acercarse lentamente y Álex se levanta de la banqueta haciéndole una señal para que se siente en ella.

—Por supuesto. —La anima—. Es todo suyo.

La señora se sienta y se queda mirando las teclas fijamente. Álex se aparta dándole espacio y tiempo y, como si de un botón de apagado se tratara, el resto de ancianos, al dejar de escuchar la música bajan la mirada y parecen perderse nuevamente en algún recóndito lugar de su memoria.

Al cabo de unos minutos en los que la mujer no hace nada más que mirar las teclas, una de las enfermeras se acerca a ella y, con sumo cariño, la acompaña al asiento junto a la ventana en el que estaba sentada antes. Cuando la enfermera pasa junto a Álex le toca el hombro suavemente.

—Hoy no ha habido suerte —le dice con una mueca triste—; quizás la próxima vez.

—Sí —le contesta resignado—, puede ser porque esta pieza no le ha gustado.

—No creo que sea por eso. Es muy bonita.

Álex vuelve a sentarse y sigue tocando; sin embargo, aunque la canción es la misma que antes, ahora suena un poco más triste. Al menos para él.

CAPÍTULO 13

—¿Me estás diciendo que estuvo en una residencia de ancianos? ¿Toda la mañana? ¿Y no preguntaste por qué estaba allí o a quién iba a ver? ¿Si visitaba a un anciano o era a algún trabajador o para hacer negocios o….?

—Para, Ana —la interrumpe Cloe—; ya te dije que lo seguiría pero no iba a invadir su intimidad. El hombre parece estar limpio y ya te he contado lo que hizo, pero no me quedé toda la mañana esperando a ver cuánto tiempo estaba ni a quién iba a ver ni nada. Lo investigué un poco como me pediste y no parece tener ningún trapo sucio. Si quieres aceptar su propuesta —prosigue—, creo que tendrás que hablar con Santi y, entre ambos, tomar una decisión.

—Creo que conozco a alguien que trabaja allí —habla de repente Patri, que estaba callada en el sofá escuchando la conversación entre su novia y su hermana—. Lourdes es enfermera en la residencia.

—¿Qué Lourdes? —preguntan a la vez Ana y Cloe volviéndose hacia ella.

—Pues Lourdes es… —Hace una pausa buscando sus palabras—, una amiga del instituto.

—No conozco a ninguna Lourdes, nunca has nombrado a una Lourdes cuando íbamos al instituto y…

Ante la mirada de Patri, Ana se calla de repente y entiende que esa chica podría haber sido algo más que una simple amiga. Cloe pone cara de circunstancias pero no comenta nada, entendiendo al instante que era alguien del pasado de su novia de la que no había oído hablar.

—Bueno, ¿y si la llamas y le preguntas? —dice de nuevo Ana—. ¿Aún tienes su número?

—¡No! —se apresura a aclarar—. Hace mucho tiempo que no lo tengo.

—Pues vamos a la residencia, me la presentas y hablamos con ella.

—Eso, vayamos las tres a hablar con Lourdes —interviene con una sonrisa Cloe.

—¿No decías que no querías meterte en su vida privada ni investigarlo?

—Nena, esto no es investigación, es puro cotilleo.

Ana observa el intercambio de miradas de la pareja sin saber qué decir. Al fin y al cabo, toda esta tensión la está provocando ella y su afán de saber más sobre Álex.

—Hace mucho que no hablo con esa chica —explica—, y tampoco sé si sigue trabajando allí.

—Pat, nos vendría superbien hablar con una fuente directa —le ruega su hermana—. ¿No podrías enterarte si todavía sigue en la residencia?

—Podría preguntarle a Zahira. Es una amiga en común.

—Lourdes, Zahira… ¿Por qué nunca he oído hablar de esas mujeres?

Patri no puede comprender cómo se ha metido en este embrollo de repente y, a regañadientes y ante la insistencia de su hermana y su novia, escribe a su amiga. Esta no tarda en responderle.

Un par de mensajes después y en no más de media hora ha contactado con la chica que le informa que, efectivamente, todavía trabaja allí, que esa misma tarde tiene turno y que pueden ir a hablar con ella.

—Me ha mandado unos pases y vamos con la excusa de que buscamos información para ingresar a tu abuela, Cloe.

La tal Lourdes resulta ser una chica bastante grande y corpulenta, todo lo contrario que Cloe, que es pequeña y bastante menuda y la policía no puede dejar de preguntarse a sí misma que, si esa chica era una antigua novia de Patri, no tiene nada que ver con ella.

Cloe y Ana observan desde el *hall* de la residencia cómo Patri intercambia sonrisas y una animada charla con la enfermera. La ven asentir, cruzarse de brazos, preguntar y escuchar. La ven desde una distancia prudencial y observan la interacción entre las dos mujeres con una mezcla de interés y sorpresa, hasta que la trabajadora de la residencia señala un lugar en el exterior al que ninguna de las dos tiene acceso visual desde allí.

—Mierda, Ana, qué está señalando en el jardín. ¿Es que estará tu cliente todavía aquí?

—Pues vamos a ver —le responde sin pensárselo ni un segundo.

Y antes de que Cloe pueda impedírselo, Ana se dirige con decisión al lugar donde está su hermana y la enfermera, que miran atentamente al jardín.

Cuando se une a ellas seguida por una Cloe cada vez más incómoda, lo que ve a través de los grandes ventanales de la residencia le encoge un poquito el corazón.

Lo primero que le sorprende es la gran extensión de zonas verdes y ajardinadas de la residencia. Aunque todo el mundo sabe que esta zona de la ciudad está repleta de casas de lujo, nunca se imaginó que albergara unas instalaciones así.

Después de un rápida batida por el lugar, localizan a Álex en una zona apartada, rodeado de rosales y bajo un árbol de hojas de color ocre. A su lado, en una silla de ruedas, una anciana parece estar dormitando entre las sombras de las escasas hojas que le quedan al árbol y disfrutando de los rayos de sol que se filtran entre ellas. Ana piensa que la escena es preciosa y digna de un cuadro que piensa pintar.

Álex, con sumo cuidado coloca un chal sobre los hombros de la anciana y, con una pequeña manta, le cubre las piernas.

Las cuatro mujeres que observan la idílica escena, mueven sus cabezas al tiempo que Álex va acomodando todo al gusto de la señora a la que cuida con un cariño y esmero que las deja sin palabras. No son las únicas, un vistazo rápido a donde se encuentran, hace que Cloe se dé cuenta de que residentes y trabajadores del lugar, echan miradas casuales mientras realizan sus actividades o trabajos.

—Es su madre —escuchan decir a Patri sin dejar de observarlos —; me acaba de comentar Lourdes que viene casi todas las semanas y pasan el día juntos. Es muy atento y cariñoso con ella y, además, tu cliente hace donativos a la residencia a menudo.

—¿En serio? —preguntan Ana y Cloe al mismo tiempo.

—Eso me ha contado. Dice que el piano, por ejemplo, lo donó el año pasado —les explica—. Incluso pagó el traslado desde Madrid.

Ven cómo el hombre mira hacia arriba, buscando el mejor ángulo, la mejor situación para que a su madre le dé la cantidad justa de sol. Le atusa el pelo y ella sonríe. «Ha debido contarle algo gracioso», piensa Ana. La verdad es que la escena es preciosa y el cuidado y cariño con la que Álex trata a su madre, las deja a todas sorprendidas.

Llevan ya como cinco minutos observando cuando Álex mira en su dirección por casualidad, cuando intentaba tapar los rayos de sol con su mano.

Las tres chicas, que observaban la escena prácticamente pegadas al gran ventanal, se vuelven y se alejan de la vista del hombre, quien sigue intentando tapar el reflejo del sol haciendo visera con su mano.

—¿Nos habrá visto? —pregunta Ana a las chicas—. Espero que no. ¡Qué vergüenza!

—No creo —la tranquiliza su hermana—, el sol le daba en los ojos. Además los cristales reflejan la luz hacia afuera.

—De todas formas, será mejor que nos vayamos —le dice Cloe —, ya hemos visto bastante, ¿no? Ahora sabes a qué viene a la

ciudad todas las semanas y qué negocios tiene aquí. Este tío es un santo.

—Sí, vámonos ya —ratifica Patri.

—¿No quieres despedirte de tu amiguita Lourdes? —le pregunta Cloe a su novia haciendo el gesto de las comillas.

—¿Por qué pones comillas? Se llama Lourdes de verdad.

—Las comillas se las pongo a amiguita, nena —le contesta haciendo nuevamente ese gesto.

—Eres idiota.

CAPÍTULO 14

Ana y Santi hablan a todas horas. A pesar de que cada uno tiene perfectamente delimitado su papel en el funcionamiento del hotel, siempre se consultan sobre cualquier asunto. Ya sea un leve cambio en la carta o en el color de las paredes. Si Santi introduce un nuevo plato en el menú, Ana es la primera en probarlo y dar su aprobación o rechazarlo. Y cuando la artista pinta un nuevo cuadro o hace cualquier objeto de decoración, al primero que se lo enseña es a su socio. Lo hablan absolutamente todo y ninguno da un paso sin que el otro tenga conocimiento de ello.

Claro está que funcionan de esa manera en el ámbito estrictamente laboral; en lo personal y, a pesar de la gran amistad que los une, se guardan ciertas cosas.

Por ejemplo, Santi nunca habla con Ana de sus «conquistas» o aventuras, al igual que Ana nunca le ha contado nada sobre Stéphane. Ni cuando estaban juntos y todo era de color de rosa, ni mucho menos cuando la relación empezó a irse a pique. Tan sólo cuando llegaron los papeles del divorcio y Santi pilló a Ana llorando con el bolígrafo en la mano se permitió ese momento de flaqueza y dejó que Santi la consolara.

Ana nunca quiso restregarle su relación con Stéphane porque sabía que su amigo estaba enamorado de ella, y Santi nunca quiso preguntarle por el mismo motivo. Dolía demasiado.

De la misma forma, Santi nunca ha entrado en detalles sobre sus pequeñas relaciones, a pesar de que Ana le pregunte.

—Oye, el otro día te vi con una morena guapísima –le dijo un lunes nada más entrar en el salón donde se servían los desayunos—, era espectacular. ¿Cuándo me la presentarás?

Todas las veces que Santi estuvo con alguien, parecía que su punto de ruptura era cuando Ana lo veía con la chica. En ese mismo momento, algo le pasaba e, inmediatamente, rompía con la chica en cuestión.

Una vez consiguió que la relación fuera más allá de los cuatro meses, pero eso fue porque no coincidió ni una sola vez con Ana y ésta no se enteró. Aun así, terminó cansándose de la chica igualmente.

Ana y Santi hablan a todas horas hasta de la tontería más grande; de una serie, de un perrito callejero que Ana se empeña en adoptar, de una puesta de sol o cualquier cosa que en ese momento suceda en el mundo. Por eso, Ana no entiende cómo le está costando tanto abordar una conversación tan importante con su socio, una que afecta directamente a su negocio.

Cuando Ana entra en el restaurante, Santi está recogiendo sus cosas.

—Hey, socio.

—Hey, socia.

—¿Ya te ibas? —La pregunta es innecesaria porque, en ese preciso momento, Santi se está poniendo el abrigo y tiene las llaves

en la mano. Es evidente que se disponía a marcharse—. Quería comentarte una cosa.

Santi se queda parado, con una manga dentro del abrigo y la otra fuera. Cuando ve cómo Ana se toca la cicatriz de su ceja, sabe que la conversación va a ser de las serias.

—Me iba, pero puedo quedarme, claro. —Vuelve a quitarse el abrigo y lo deja sobre una silla—. Dime, ¿te preocupa algo?

—¿Preocupar? No, ¿por qué me iba a preocupar algo? —le pregunta nerviosa.

—Ana, te estás dejando la ceja pelada. ¿Pasa algo?

A veces a Ana se le olvida que Santi es su amigo desde siempre, y que, aparte de Patri, es la persona que mejor la conoce en el mundo. Puede ocultar algunas cosas intrascendentes, pero su cara es como un libro abierto. Un libro que Santi ha pasado gran parte de su vida leyendo y estudiando minuciosamente. A estas alturas de su vida, lo conoce casi de memoria.

—Bueno, sí. Tenemos que hablar de algo importante y no sé cómo empezar, la verdad.

—¿Es algo malo?

—¡No! Bueno, no lo sé.

—Te notaba preocupada pero, ahora mismo, el que empieza a estarlo soy yo, la verdad.

La cara de Ana refleja todos los nervios que ha ido acumulando estos días. Desde que habló con Álex, en lo único que ha podido pensar es en su propuesta de negocio. Su hermana y Patri la han

escuchado, la han ayudado a investigar a ese hombre y finalmente la han animado a hablarlo con Santi, pero la que tiene que afrontar la conversación es ella, y parece que nunca encuentra el momento. Ya no lo puede demorar más.

—¿Nos sentamos? —le pregunta empujando una silla hacia él y tomando una para sí misma—. Es un asunto de negocios.

Santi, ante la solemnidad con la que habla su amiga, se ríe de forma escandalosa y, a continuación, se tapa la cara con ambos manos y resopla.

—Qué susto, Ana. No vuelvas a hacer esto. ¡Pensaba que había pasado algo grave!

—¿Como qué? —En esos momentos, para ella esto es más grave que cualquier otra cosa que pueda imaginar.

—¡No tenía ni idea! Pero deberías ver la cara que has puesto.

—Siento haberte asustado entonces —le dice poniendo su puchero característico.

—No pasa nada. Dime, ¿qué te preocupa?

—En realidad, no es algo que me preocupe. Lo que temo es cómo puedas reaccionar tú. —Ana hace una pausa mirando fijamente a su socio que empieza a fruncir el ceño extrañado—. Me han hecho una propuesta para el hotel y he estado pensando en aceptarla.

—¿Una propuesta? ¿De qué tipo? ¿Quién?

—Álex Romero.

—Ah, vaya.—Santi vuelve a torcer el gesto. No conoce de nada a ese huésped, pero en el poco tiempo que es cliente del hotel, no para de escuchar cosas sobre él a toda hora.—. ¿Es algo de lo que hablasteis el otro día en el desayuno?

—Sí.

—De acuerdo. Te escucho. —Se cruza de brazos y la mira con el gesto serio y concentrado. Ante eso, Ana se asusta e intenta dejar algunos puntos importantes lo más claros posible.

—Antes que nada, quiero decirte que esto no afectaría en nada nuestra relación como socios. Y si existiera la más mínima posibilidad de que lo hiciera a nuestra amistad, rechazaría la propuesta sin dudarlo. Así que necesito que seas completamente sincero conmigo.

Santi siempre siente una punzada en el corazón cuando Ana pronuncia la palabra amistad al hablar de su relación, así que intenta disimular y concentrarse en lo que su socia tiene que contarle.

—Está bien. Seré completamente sincero. Te lo prometo.

—¿Nos tomamos un vino mientras te lo cuento todo?

CAPÍTULO 15

Diciembre.

Diciembre comienza con una fuerte ventisca de agua y nieve que deja la ciudad cubierta por un fino manto blanco; a pesar de no ser demasiado espeso, sí que le da al paisaje una paleta de colores que Ana ya está deseando pintar. Pero diciembre también trae un montón de reuniones y papeleo con Álex y los asesores para terminar de darle forma a la pequeña sociedad que van a crear.

Los viajes de Álex ya no sólo se ciñen a un par de fines de semana al mes. Pasa gran parte de la semana hablando con Ana, bien sea cuando viene y se queda en el hotel o desde su casa de Madrid, a través de mensajes, llamadas de audio y videollamadas.

Álex nunca pensó que iba a cogerle tanto cariño a una pequeña ciudad como aquella, pero así ha sido y se sorprende de la cantidad de tiempo que pasa en aquel lugar. Y más aún cuando se da cuenta de todas las veces que su mente se encuentra allí a pesar de estar en su casa.

Desde que Ana le dio el sí a su propuesta de negocio, hablar con ella a diario se ha convertido en una necesidad y, a veces incluso, se les hacen las dos de la madrugada mandándose mensajes.

En un principio eran simples textos breves y formales para quedar con el asesor, o con algún tipo de información sobre todo lo

que debían hacer, pero ha llegado un momento en que estos se han convertido en llamadas que cada vez se extienden más en el tiempo.

—Ana, ¿te importa si pongo la llamada en vídeo y hablamos mientras me hago la cena? —le pregunta una noche en mitad de una conversación—, me muero de hambre.

—Oh, claro, como quieras.

Ana está acostumbrada a ver a Álex con traje, o con camisas y chaquetas y pantalones de diseñadores. Siempre tan bien vestido, elegante pero moderno, con el pelo perfectamente peinado hacia atrás que le da un aspecto serio y profesional a la vez, y claro, ella siempre se lo imagina así cuando hablan por teléfono.

Así que a Ana le sorprende lo que ve cuando Álex cambia a videollamada y apoya el móvil en lo que claramente es la encimera de una bonita y moderna cocina.

Cuando se abre la cámara, lo primero con lo que se encuentra es con la mitad inferior del cuerpo de Álex, quien viste unos pantalones de deporte que le quedan bastante ajustados. Ana abre los ojos exageradamente y sus cejas se levantan hasta casi tocar la pequeña cicatriz de su frente.

—Uy, perdón —exclama Álex enderezando el móvil y colocándolo en un ángulo que enfoque a su cara.

Ana observa la escena entre divertida, viendo como el chico lucha con su teléfono haciendo muecas, y sorprendida, al verlo en una actitud tan distendida y hogareña.

En todo ese tiempo, la chica puede echar vistazos breves a la casa de Álex y a él mismo, que sigue peleando con el móvil con el

propósito de conseguir una estabilidad que el aparato se niega a darle. Mientras, por lo bajo le oye decir «Perdona, no suelo ser tan torpe. Nada, que no quiere quedarse quieto».

Álex viste una camiseta blanca con un divertido dibujo de un dinosaurio que dice «Tiosaurio, como un tío normal pero más asombroso» y Ana se pregunta a sí misma si tiene un sobrino o sobrina, o incluso más de uno. Entonces se da cuenta de que, a pesar de haber estado hablando casi todos los días en las últimas semanas, no conoce apenas nada de la vida personal de aquel hombre.

Cuando consigue al fin estabilizar la cámara del teléfono, Ana lo observa moverse por la cocina abriendo armarios, cajones y sacando comida del frigorífico y colocándola en la encimera. Al cabo de unos minutos de ser testigo de las peripecias domésticas de su futuro socio, repara en el hecho de que no ha escuchado ni una sola palabra.

—Ana, ¿me estás escuchando?

Efectivamente, Ana no tiene ni idea de lo que le ha estado hablando y en lo único en lo que puede concentrarse y pensar es en lo bien que le sienta la camiseta blanca que marca sus bíceps y en las manos que se mueven con exquisita delicadeza por toda la cocina.

«Como todo lo toque igual, ahora me explico por qué aquella chica era tan escandalosa en el hotel», piensa para sus adentros.

—Pobre Juana —dice en voz alta lo que pasa en esos momentos por su cabeza, que no es más que el recuerdo de la huésped que

había puesto una mala reseña por culpa de los ruidos de la habitación de al lado.

—¿Qué? —pregunta Álex desconcertado— ¿Qué has dicho?

—¡Juliana! —le contesta rápidamente—. Me preguntaba si ibas a cortar esas verduras en juliana.

Ana se siente orgullosa de sí misma por lo rápido que ha reaccionado y, ante la cara de extrañeza de Álex, intenta disimular y desviar su atención a la comida.

—Pues no sé si es en juliana, no me sé el nombre técnico —le dice Álex sonriendo—, la verdad es que vengo del gimnasio y me las comería hasta crudas.

Ana resopla. No sabe muy bien qué le pasa, pero no es capaz de concentrarse y su mente ahora se imagina al hombre que tiene en la pantalla levantando pesas. Suspira.

—¿Qué vas a cocinar? De verte sacar cosas, me ha entrado hambre y creo que voy a prepararme algo yo también. —Es lo primero que se le ocurre decir y se arrepiente casi en el acto porque lo máximo que ha preparado en la cocina es abrir una bolsa de comida preparada congelada y meterla en la freidora de aire.

—¿Tienes una sartén wok?

—¿Qué es eso?

—Esto —le contesta mostrándoles la sartén de la que habla.

—Sí, claro, tengo una sartén, aunque no es tan honda como esa.

—Entonces es una sartén normal.

—Vale, te seré sincera. Tengo una sartén normal pero no la he usado nunca.

—¿Qué?

—Lo que oyes. No sé cocinar.

—Yo tampoco es que tenga una estrella Michelin pero cocinar me relaja. Además, vivo solo, si no cocino yo, no como.

—Yo también vivo sola, pero no cocino. Suelo comer siempre en el restaurante, ya sabes…

—¿Y si te entra hambre como ahora? ¿Tampoco?

—No podría aunque quisiera hacerlo. No tengo alimentos que se puedan cocinar —le contesta encogiendo los hombros.

—Algo tendrás. Casi todo se puede cocinar.

Ana empieza a abrir cajones y puertas y va sacando todo lo que encuentra dentro enseñándolo a la cámara. Una bolsa de patatas fritas, dos tabletas de chocolate con almendras, una bolsa enorme de pipas y otra de nubes de azúcar.

El chico se ríe ante la inusual y extravagante combinación de productos que Ana tiene en su despensa y reconoce por fin, que con eso, ni el más prestigioso chef sería capaz de hacer algo comestible.

—Lo que me extraña es que, con ese tipo tan curioso de alimentación, tengas… —Álex se calla de repente arrepintiéndose al instante de lo que ha estado a punto de decir.

—¿Tenga, qué?

—Ya sabes… buena salud. —Reacciona de inmediato. En realidad lo que ha estado a punto de decirle es que tenga ese cuerpazo, así que también suspira aliviado por haberse controlado a tiempo.

La chica no puede evitar pensar que esto es lo más parecido a una cita que ha tenido en muchos años. Al mismo tiempo, en su propio apartamento, Álex piensa al meterse en la cama que es la mejor cita que ha tenido nunca.

CAPÍTULO 16

Ana nunca ha tenido muchas amigas y ante cualquier persona podría resultar extraño porque es objetivamente maravillosa. Desde el instituto y después en la universidad, le ha costado siempre establecer lazos con las compañeras y ni siquiera ella entiende el motivo. Siempre se acercaba amablemente, ayudaba a toda la que se lo pedía en cualquier trabajo y si no se lo pedían, siempre se ofrecía desinteresadamente pero, al final, casi nunca la invitaban a ninguna fiesta y, generalmente, la evitaban. Ella nunca lo entendió.

En cambio, siempre tuvo mucha facilidad para hacer amigos entre los chicos, primero en su instituto, después en la universidad y en su trabajo, pero ninguno, a excepción de Santi se quedaba para mantener esa amistad. Tampoco lo entendió hasta que, en una de las cenas con su hermana y Cloe, esta última le ofreció su teoría.

—Está claro, Ana. Las chicas siempre te han evitado por varias razones. Una de ellas es porque eres algo irreal. Rubia, alta, de ojos azules, con un cuerpo espectacular y, además, inteligente y simpática. Eres odiosa, chica. Todas las mujeres de este mundo van a tenerte envidia, menos tu hermana y las lesbianas, por supuesto.

»Además, para las demás chicas heterosexuales, eres una amenaza porque estoy segura de que gustas a todos los chicos, incluidos los novios o los intereses amorosos de esas chicas. Las

dejas como un segundo plato, y a ninguna nos gusta ser el segundo plato de nadie. Esto enlaza con lo de que sólo hayas tenido amigos varones. Que no nos engañemos, esos chicos sólo querían ser tu amigo para llevarte a la cama. Por eso, cuando no lo conseguían, dejaban de tener interés. Por eso y porque dudo mucho que cuando salieran con otra chica, no tuvieran problemas con ella por mantener una relación de amistad contigo. Ya está, ahí tienes los motivos.

Después de aquella conversación con Cloe, Ana apreció todavía más la relación que tenía con Santi. Ella nunca lo rechazó porque él nunca se declaró ni le dijo nada ni intentó nada con ella, pero conocía o intuía los sentimientos que albergaba y, aun así, llevaban siendo amigos desde los quince años. Siempre estuvo y está con ella. Era su único amigo. O por lo menos lo fue hasta que apareció Laura.

Su amistad con Laura fue forjándose lentamente. En principio la contrataron para hacerse cargo de la limpieza de las habitaciones en los tiempos en los que todavía estaba Stéphane. Pero, cuando las cosas fueron mal, su exmarido decidió prescindir de ella. Sin embargo, al marcharse Stéphane, Ana la llamó para ofrecerle el trabajo de nuevo y fue la única junto a Mario que aceptó volver al hotel a pesar de su delicada situación.

Laura es una chica con un carácter fuerte y bastante genio, pero Ana la considera trabajadora y muy leal. Cuando recuperó su trabajo en el hotel, las dos mujeres empezaron a pasar mucho tiempo juntas, hablando de cualquier cosa. Porque en aquella época en la

que todo les iba mal, tenían muchas horas libres y eso les dio tiempo para conocerse mejor.

Laura incluso le decía que se sentía mal por estar cobrando cuando no tenía trabajo, pero Ana le insistía que la cosas empezarían a irles mejor y entonces compensarían estos malos momentos. Por ese motivo, cuando no estaba limpiando, echaba una mano en la cocina a Santi. Laura fue un paño de lágrimas también para Ana cuando Stéphane se marchó y siempre estuvo a su lado, incluso cuando este la echó, por eso Ana la considera especial.

En su día libre, Laura toca a la puerta del apartamento de Ana. Es domingo y Laura sabe que los domingos es el día que Ana denomina «Oblicreativo» porque, según ella, a la creatividad no sólo hay que esperarla, sino obligarla a salir. Así que ese día pinta y nadie la molesta.

—¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado? —pregunta extrañada mirando la hora.

—No, pero tengo que hablar contigo y últimamente no disponemos de mucho tiempo.

—Tienes razón. Es genial que ahora nos vaya tan bien, pero, ¡os echo de menos!

El apartamento de Ana está hecho un desastre y Laura se sorprende porque siempre lo ha visto impoluto, pero ahora tiene pinturas por cada rincón, pinceles y todo tipo de objetos extraños que seguramente Ana usará para sus cuadros y que Laura se pregunta dónde meterá.

—Yo también te echo de menos y siento molestarte en tu día «Oblicreativo» —le dice sonriendo—; pero ¿puedes hacer una pausa y darme unos minutos?

—Tú no me molestas nunca. —Ana deja los pinceles a un lado y arrastra del brazo a su amiga hasta el pequeño sofá—. Soy toda tuya el tiempo que necesites.

—Pues verás, quería hablarte de mi trabajo en el hotel.

—¿Quieres dejarlo? —la interrumpe asustada—. Ahora nos está yendo bien. Es porque tienes demasiado trabajo, ¿verdad? Vamos a contratar más personal, está previsto, lo sabes, pero aún no hemos podido concretarlo porque…

—¡Lo sé! —exclama intentando tranquilizarla—. Y no quiero dejarlo, pero antes de que contratéis a alguien quería proponerte algo.

—Claro, dime.

—Pues verás, todo este tiempo que he pasado en el restaurante ayudando a Santi, me ha despertado un interés por la cocina que no pensaba que pudiera tener.

—¿En serio? Pero eso es estupendo, Laura.

—Sí, trabajo muy a gusto aquí pero no quiero pasarme el resto de mis días limpiando y quiero darle un nuevo rumbo a mi vida. Quería pedirte que, puesto que tenéis previsto contratar a más gente, que sea para la limpieza del hotel y yo quedarme a jornada completa en la cocina con Santi. Ahora tenemos mucho trabajo en el restaurante y yo puedo hacer de camarera y, al mismo tiempo, ayudarlo en la cocina y así aprender de él. —Después de soltarlo

todo de corrido, se produce un silencio entre ambas en el que se miran fijamente—. ¿Qué te parece?

—Pues tengo dos posibles respuestas para ti —le dice midiendo sus palabras—; una es como jefa o dueña del hotel y la otra como amiga.

—Vaya, y ¿son muy diferentes?

—No tienen por qué serlo. De hecho están bastante relacionadas. Ante todo quiero que sepas que te apoyaré en lo que decidas, pero como amiga tengo que comentarlo contigo igual que tú me decías muchas cosas a mí.

—De acuerdo. Estoy lista, dispara.

—Como amiga, estoy orgullosa de que hayas encontrado una nueva motivación o vocación y que quieras desarrollarla. Como jefa te digo que antes debo hablarlo con Santi, del que dependerías directamente puesto que la gestión del restaurante es mayoritariamente suya. Aunque, y habla de nuevo la amiga, te puedo decir que está contento de cómo lo estás haciendo y no creo que haya problemas en ese sentido. —Ana le guiña un ojo y Laura sonríe ante el cumplido—. Como jefa entiendo que quieras progresar en tu trabajo puesto que el sueldo de camarera y ayudante de cocina será superior al que cobras ahora.

—No lo hago por el dinero —la interrumpe suavemente—; o, por lo menos no sólo por eso.

—Lo sé. O creo que lo sé. De ahí viene mi siguiente pregunta que te hago como amiga. ¿Crees que es buena idea que pases tanto tiempo con Santi?

Laura abre los ojos sorprendida. De todas las cosas que pensaba que podría decirle Ana, esta no estaba entre las posibles. Se produce un silencio entre las dos, ambas están asimilando el melón que acaban de abrir.

—No entiendo a qué te refieres.

—Pues verás, tengo miedo.

—¿Miedo? —Ahora Laura no entiende nada.

—Pues sí, tengo miedo por ti y por cómo puede afectar que trabajes todo el día con Santi —le dice estudiando su reacción—, más que nada por si lo haces por tus sentimientos hacia él.

—¿Qué?

—No te enfades. Es lo que me han dicho, que creen que sientes algo por Santi.

—¿Será imbécil? —pregunta para sí misma cerrando los ojos con fuerza—. Mario me dijo que no iba a decir nada.

—¿Mario? A mí me lo dijeron mi hermana y Cloe. ¿Es que Mario también lo sabe? ¿Soy la única que no sabía nada?

—¡Nadie sabe nada porque ni yo misma lo sé! ¿Todos se dan cuenta de que me gusta? —Laura se tapa la cara con ambas manos sin querer mirar a su amiga.

—Por si te sirve de consuelo, yo no me había dado cuenta.

—No te ofendas, Ana, pero tú nunca te enteras de nada.

—No me ofendo, tienes razón —le dice agitando la mano quitándole importancia—. La cuestión es que yo no conozco los

sentimientos de Santi pero sé la fama que tiene con las mujeres. No quiero que sufras, ¿me entiendes?

—¿Por qué iba a sufrir? ¿Por si se enrolla conmigo y luego me deja? Eso me puede pasar con cualquiera.

—Sí, pero aquí ibas a tener que verlo y trabajar con él todos los días.

—Yo no voy a ser una de sus conquistas, además de que me pienso comportar como toda una profesional. Si tengo algo con él, será algo serio.

—Quizás eso sea peor, porque no creo que sólo te guste; por como hablas parece algo más.

—Bueno, él dice que está enamorado de ti desde siempre, trabajáis juntos, os veis todos los días y seguís siendo amigos.

Ana no sabe cómo reaccionar ante la bomba que acaba de soltarle su amiga. Una cosa es que se lo digan su hermana y Cloe entre risas y otra muy distinta es que se lo diga Laura y más sabiendo lo que siente ella por Santi.

—Él no está enamorado de mí, Laura. Cree que lo está.

—Eso creo yo también, pero refuerza mi punto. Ni a él ni a ti os afecta, seguís trabajando juntos, os veis prácticamente todos los días y sois los mejores amigos. Creo que podré aguantarlo. Además, quiero aprender y él es muy buen chef.

Ante esta última afirmación Ana sonríe más abiertamente que antes. Se queda callada mirando fijamente a Laura, quien está nerviosa y no sólo por admitir finalmente ante su amiga que está

enamorada del cocinero. Sabe que su amistad con Ana es sincera, pero también es su jefa y teme haber traspasado un límite y que su relación no vuelva a ser como antes. Las dudas las resuelve en un instante cuando Ana, con su metro setenta y cinco de estatura, alza entre sus brazos a Laura.

—Mañana mismo hablaré con Santi.

CAPÍTULO 17

Se acerca fin de año y Ana se da cuenta de que, con todo el lío de Álex y su nueva «sociedad», ha pasado muy poco tiempo de calidad con Santi. Al fin y al cabo, son mucho más que amigos. Para ella, el cocinero es familia, aunque en su fuero interno sepa que Santi quiere algo más íntimo y menos fraternal. Las últimas semanas, han sido un tira y afloja entre ambos, pero Santi no puede negar que el hotel está funcionando mucho mejor.

Ahora prácticamente lo tienen completo casi todos los días y el restaurante, a su vez, se llena a diario, lo que les está dejando grandes beneficios. Tanto que han tenido que contratar personal que se encargue exclusivamente de la limpieza de las habitaciones y así Laura puede estar a tiempo completo en el restaurante con Santi.

Las reservas se acumulan, los ingresos aumentan y, con ello, el trabajo. Eso significa que les queda poco tiempo que pueden pasar juntos para simplemente hablar de sus cosas.

Por ese motivo, Ana piensa que tiene que hacer algo. Echa mucho de menos a su mejor amigo.

—Oye, Santi —le dice cuando éste se dispone a irse a su casa —, he pensado que podríamos hacer una pequeña cena de empresa.

¿Qué te parece la idea?

—¿Quiénes? —responde entrecerrando los ojos.

—Pues nosotros cuatro. Laura, Mario, tú y yo.

—¿Nadie más?

—Solo nosotros, quiero que pasemos un buen rato. ¿Se lo proponemos a los chicos? Tú eliges el restaurante, que eres el experto, yo me encargaré de todo lo demás.

Y sin darle apenas tiempo para la réplica, Ana se despide guiñándole un ojo.

Cuando Ana se pone en plan eficiente, puede serlo y mucho. Enseguida recluta a su hermana y a Cloe para que se hagan cargo de sustituirlos en la recepción del hotel y que se encarguen de los posibles imprevistos que puedan surgir durante la noche. Eligen el día de descanso del restaurante y todos juntos se encaminan a un local que ha elegido Santi expresamente. Un pequeño gastrobar de un conocido suyo que está en auge en la ciudad.

—Igual aprovecho y saco algunas ideas para nuestro restaurante —les dice a todos sonriendo.

—De eso nada —replica enseguida Ana—, no hemos venido a trabajar. Hoy solo está permitido divertirse.

A continuación echa sus brazos alrededor de los hombros de Laura y Mario y los guía hacia el interior del restaurante.

El local es minimalista y los camareros van uniformados con sus servilletas en el antebrazo. Se nota que el restaurante tiene

categoría y Mario, acostumbrado a sitios baratos que frecuenta con sus amigos, mira sorprendido.

—Este sitio tiene que costar una pasta, jefa.

—Nada es suficiente para mis chicos.

Ana está exultante y encantada de tener a Santi, Mario y Laura con ella. Es como al principio, cuando todo les salía mal pero tenían tiempo suficiente para hablar, reírse de sus propias desgracias y compartir penas. Ahora, todo les está marchando tan bien y tienen tanto trabajo que casi ni se ven.

Cuando les están sirviendo los entrantes y ya llevan la segunda cerveza, prácticamente se han puesto al día de los últimos chismes. Ana se queda callada de repente, mirando con atención hacia la barra del restaurante. Antes de que todos puedan preguntarle qué pasa, ella dice:

—Acaba de entrar Álex.

Sus tres amigos se vuelven hacia dónde mira ella; no solo ellos, algunas mujeres en las mesas de alrededor dedican una mirada disimulada en su dirección.

Álex termina de pedir su consumición en la barra y entonces se vuelve distraídamente para encontrarse con cuatro pares de ojos observándolo fijamente. Alza su mano en forma de saludo y hace una medio sonrisa antes de volverse a hablar con el camarero.

—Voy a acercarme a saludarlo —informa Ana a sus amigos.

Acto seguido y, sin esperar ninguna reacción por parte de estos en forma de réplica, protesta o cualquier otro tipo de respuesta, Ana

se levanta de su asiento y va al encuentro de su socio.

—Miradla. —Santi está alicaído, sin rastro de las sonrisas y las bromas que hace solo unos minutos estaba compartiendo—. Le ha faltado tiempo para dejarnos y acercarse a ese tío.

—Tampoco es del todo así —intenta excusarla Mario—; es lógico, está poniendo mucho dinero en el hotel. Lo normal es que, como mínimo, vaya a saludarlo..

—No seas dramático —interviene Laura con cierto desdén; — está siendo educada.

Pero Santi tiene una especie de sexto sentido para saber cuándo las cosas se le van a torcer y, para su disgusto, esta no va a ser la excepción. Pensando en todo eso, ve cómo Ana y Álex se acercan a su mesa. Ella, con su típica sonrisa de mil megavatios que ilumina todo el restaurante. Él, con otra un poco más tímida.

—Chicos, no os importa que haya invitado a Álex a cenar con nosotros, ¿verdad? —pregunta Ana—. Al fin y al cabo, es un miembro más de nuestro equipo y esto es una cena de empresa.

—No quiero molestar. Ha sido una completa casualidad que haya venido a este restaurante —interrumpe Álex tratando de excusarse—. Me han dicho que este es el segundo mejor restaurante de toda la ciudad. El primero cierra hoy —dice mirando directamente a Santi con una sonrisa cómplice.

Santi sabe que es un torpe comentario que intenta por todos los medios aliviar la tensión que existe entre ambos hombres, lo que le hace ser consciente a su vez de que el otro conoce o, por lo menos sospecha, que el cocinero alberga sentimientos por Ana.

Pero a pesar del fastidio de tener que compartir mesa con el que él considera su rival por el corazón de su amiga, no puede evitar que el halago le haga inflar su ego.

El resto de la cena, después de ese primer encuentro, vuelve poco a poco a desarrollarse tal y como comenzó.

Los chicos comentan cosas de su vida, aunque sin entrar en tantos detalles como al principio debido a la presencia de Álex y, ya en los postres, la conversación se centra en el hotel, en sus huéspedes y en los nombres que les ponen para identificarlos entre ellos.

—¿Les ponéis motes a los clientes? —pregunta divertido Álex.

Todos se miran como pidiéndose permiso y, antes de que Ana pueda intervenir e impedir que los demás hablen más de la cuenta, Mario suelta sin filtro.

—Pues claro. ¿Quieres saber el tuyo?

—Ah, ¿yo también tengo un mote?

—Por supuesto, te lo puso la jefa.

Todos se giran sonriendo a ver la reacción de Ana que, como cabía esperar, es abriendo los ojos hasta alcanzar casi el doble de su tamaño normal.

—Bueno, a ver…—balbucea mientras le echa una mirada asesina a Mario—, eso fue antes de conocerte y en realidad no fui yo quien te llamó así, fue la mujer de la reseña que puso el comentario y nos hizo gracia…

—¿Gracia? —interrumpe Santi que de pronto recupera el buen humor y parece disfrutar del giro que ha tomado la situación—. Más bien recuerdo que estabas bastante enfadada.

—¿En serio? —Es Álex ahora quien habla y pregunta entrecerrando los ojos—. Tengo mucha curiosidad por saber cuál es mi apodo entonces.

CAPÍTULO 18

Al terminar la cena, Santi se despide diciendo que tiene muchos desayunos que preparar a la mañana siguiente y una reserva de veinte para el almuerzo. Aunque Ana protesta y hace su puchero característico, el cocinero no tiene intención de ceder esta vez. No quiere tener que pasar ni un minuto más del estrictamente necesario con Álex. Sí, está celoso y no puede evitarlo. Tiene que salir de allí cuanto antes. A continuación, es Laura quien dice que también se marcha pues si su jefe en la cocina augura tanto trabajo, ella tiene que seguir su ejemplo. Mario, viendo la situación, pone de excusa que, además del trabajo, tiene mucho que estudiar.

—¿Os vais todos? —se queja Ana con tono lastimero—. Al año que viene habrá que poner la cena cuando no tengamos trabajo al día siguiente. Esto no puede ser.

Los tres salen a la vez del restaurante dejando solos en la mesa a Ana y Álex. Mario se despide rápidamente y se aleja por la calle. Laura y Santi caminan juntos en la misma dirección.

—¿Nos tomamos la última? —propone Laura.

—No tengo muchas ganas, lo siento.

El cocinero sigue malhumorado y camina cada vez más rápido dejando atrás a Laura, quien se para en seco.

—¿De verdad que tienes que ponerte así? Es un comportamiento bastante infantil e inmaduro.

—¿Soy inmaduro porque no quiero tomarme una copa contigo? —El chico se vuelve y mira a Laura a los ojos por primera vez en toda la noche.

Otra persona se habría sentido intimidada por la mirada que Santi le dedica en ese momento, pero la chica no es de las que se dejan asustar con facilidad.

—No. Inmaduro ha sido el comportamiento que has tenido durante toda la cena. E infantil tu actitud desde que Álex se ha sentado a la mesa. Que no quieras tomarte una copa conmigo ahora es una decisión estúpida.

—Vaya. Inmaduro, infantil y estúpido. Te recuerdo que soy tu jefe pero…¿quieres añadir algo más?

Están en medio de la calle y, aunque la noche no es de las más frías, diciembre se hace notar. Laura se abraza a sí misma para calentarse y para armarse de valor y continuar.

—Pues sí. Además creo que tienes problemas de compromiso y alergia a las relaciones.

Ante la expresión de sorpresa de Álex y viendo que éste no hace intención de replicar, Laura se envalentona y decide que no va a parar hasta decir todo lo que piensa. Quizás ha sido el vino de la cena o ese último chupito, pero no piensa callarse lo que lleva tiempo deseando decirle.

—A ti te viene muy bien hacer pensar a todo el mundo que estás enamorado de Ana y que tu corazón está ocupado. Te haces la

víctima para que la gente crea, en especial todas tus conquistas, que no puedes corresponder a nadie porque tu amiga desde la infancia no te quiere como tú a ella. Vas por la vida dándotelas de alma atormentada, así que algunas caen en tu trampa y se lo toman como un reto personal hacer que la olvides.

Santi cada vez abre más los ojos sin dar crédito a las palabras de la chica mientras ella continúa.

—Cuando la cosa empieza a ponerse un poco más seria, consigues deshacerte de ellas. ¡Y lo peor es que terminas de manera amistosa con todas! —dice clamando al cielo—. En todo el tiempo que llevo en el hotel lo he visto ya demasiadas veces. Alguien me dijo algo hace poco que yo ya sabía pero que probablemente necesitaba oírlo en voz alta y creo que tú también lo necesitas: ¡No estás enamorado de Ana! Solo de la idea de estarlo. —Laura hace una pequeña pausa para tomar aire antes de continuar—. Si ni siquiera es tu tipo—. Y esto último lo dice casi para sí misma aunque él pueda escucharlo también.

—¿Que no es mi tipo? Pero ¿tú la has visto? —responde indignado—. Ana es el tipo de cualquiera. De todos y todas. Estás ciega.

—No, guapo. Yo no estoy ciega. Y sé perfectamente que Ana es un diez, pero no es tu tipo. Si lo fuera y estuvieras enamorado realmente de ella, buscarías en tus líos a alguien que mínimamente se pareciese en algo. Pero yo he visto con quién sales y déjame decirte que son la antítesis de lo que es ella. Pero… —dice bajando el tono de voz y acercándose quizás demasiado a la cara de Santi—, yo sé que sí soy tu tipo y te lo estás perdiendo.

Se encuentran frente a frente. Santi puede notar el aire caliente que sale de la boca de Laura al respirar profundamente y que contrasta con la temperatura helada que hay en el ambiente. Ella le mira a los ojos fijamente y él, en cambio, parece más interesado en sus labios. Como si de una señal se tratara, Laura lo besa. Es cálido, es suave, es húmedo y, al mismo tiempo, peligroso. En apenas unas horas volverán al trabajo, tendrán que compartir todo el día en la cocina y están cruzando una línea que puede llevarles al caos. Laura intensifica el beso y el chico se lo devuelve con la misma actitud.

El frío de la noche desaparece de pronto y a Santi, inexplicablemente empieza a subirle calor hasta que nota cómo sus orejas se ponen rojas. Está sin palabras y también sin capacidad de reacción aparte de dejarse llevar por los labios de Laura. Lo mejor además es que ha desaparecido el malestar que ha tenido durante toda la noche. De pronto está aturdido, desconcertado y realmente sorprendido. Laura se separa de él diciéndole:

—Creo que ya era hora de que alguien te dijera todo esto. A ver si espabilas. Hasta mañana. —Y haciendo una pequeña pausa añade remarcando sus palabras—. Jefe.

CAPÍTULO 19

Cuando Ana planificó su primera cena de empresa jamás pensó que la noche iba a transcurrir de esta manera. Para empezar, no imaginaba encontrarse con su nuevo «socio», y ahora que se han quedado solos, al marcharse sus tres compañeros y amigos, tiene que lidiar con dos situaciones incómodas.

La primera es el hecho de que esto era una cena de empresa y él es ahora una parte importante de esta empresa. De hecho, una vital puesto que el hotel estaba en números rojos antes de que entrara en escena e insuflara capital, contactos y una muy buena publicidad. Ahora ella se siente tremendamente culpable por no haberlo incluido en la invitación.

Por otra parte, espera que todos los comentarios que se han hecho en la cena no le hayan ofendido o que, al menos, se los haya tomado como una mera anécdota y no se vuelvan a mencionar. Se moriría de vergüenza.

Como suele pasar en estos casos, los deseos de Ana no se cumplen.

—Así que «Dalequetepego», ¿eh? —pregunta Álex en cuanto se quedan solos y esperan a que el camarero les traiga la cuenta—. ¿Es así como os referís a mí entre vosotros?

Si hubiera en aquel restaurante un pozo profundo, Ana sin dudarlo se arrojaría de cabeza. Es consciente de que se está poniendo roja, nota el calor subiendo por su cuello y empieza a no saber qué hacer con sus propias manos.

—Yo…, emm,... esto,...—balbucea nerviosa—. Bueno, como he dicho antes, en realidad no fui yo quien te puso el mote. Fue Juana.

—¿Quién es Juana?

—Juana, la clienta que dejó la primera reseña. ¿Recuerdas?

Ana habla con total familiaridad de un hecho que Álex ha borrado completamente de su memoria. Él se muestra confuso, sin saber de qué habla, hasta que ella le recuerda el intercambio en la web de reservas y él suelta una carcajada.

La risa de Álex es serena y Ana piensa que este hombre es interesante hasta en eso. Todo lo contrario que ella, que tiene una risa que a veces puede resultar hasta escandalosa. O por lo menos a ella le parece así. Se fija en sus dientes, blancos y casi perfectamente alineados, a excepción de un pequeño hueco en sus incisivos superiores. Incluso esa pequeña tara le resulta atractiva. Observa también que sus ojos, de un verde oscuro, tienen un par de pecas en su iris izquierdo y, justo arriba de la ceja, una pequeña cicatriz que Ana se muere de curiosidad por saber cómo se la hizo.

—¿Entonces qué te parece? —pregunta de pronto Álex.

—¿Perdona?

Ana se da cuenta que no ha escuchado ni una sola palabra de lo que estaba diciendo, y es consciente de que no es la primera vez que le sucede con él. «¿Qué demonios me pasa?», piensa.

—No importa, anda, vamos a dar un paseo de camino al hotel.

La noche invita a caminar. Es fría, como lo son todas en invierno en aquel lugar, pero el cielo está totalmente despejado y el itinerario que toman está libre de edificios altos, por lo que se aprecia mejor la luna, completamente llena.

—Qué bonita está la noche —dice Álex mirando hacia el cielo con las manos en los bolsillos—, así es más soportable el frío que hace aquí. En Madrid no podemos ver el cielo así, ni apreciar la luna llena.

—Luna llena de las largas noches o luna antes de Yule —recita Ana con una sonrisa mirando al cielo también.

—¿Así se llama?

—Bueno, así se llama a la luna llena antes del 22 de diciembre. Cuando es después de esa fecha, se llama Luna Fría, Luna Helada o Luna de Roble.

—¿Por qué Luna de Roble? Quiero decir, entiendo lo de la Luna Fría y, sobre, todo la Helada. ¡Hace un frío de narices! Pero no entiendo lo de Luna de Roble.

—Sí, es un nombre enigmático para ponerle a una luna, ¿verdad? Pero tiene su sentido. Proviene de una antigua leyenda nórdica: El Yule. Y tiene mucho que ver con nuestra Navidad. —Ana se da cuenta de que se ha puesto un poco melancólica—. Pero no te quiero aburrir, tampoco creo que te interese demasia….

—Claro que me interesa. Sigue, por favor —le interrumpe.

Ana agacha la cabeza y sonríe.

—Bueno, pues Yule es una fiesta pagana de origen germánico o nórdico, no lo sé con exactitud. En realidad significa fiestas, en plural. Las familias se reúnen, se celebra la vida, hay siempre mucha comida y bebida, se recuerda a los que ya no están…, ya sabes, lo que suele pasar en las celebraciones familiares. En Yule, se decoran las ventanas con muérdago del roble, supongo que de ahí lo de luna de roble. ¡Ah! —exclama de pronto divertida— ¡Hay una cabra!

—¿Una cabra?

—Sí —dice sin poder parar de sonreír—, es una cabra que antiguamente se sacrificaba en honor a Thor y con el tiempo se convirtió en un símbolo de esta fiesta y la que trae los regalos. Dicen que la Navidad proviene de este tipo de fiestas paganas, pero ¿quién sabe? —pregunta encogiendo los hombros—, tampoco soy una experta.

—A mí me parece que sabes mucho sobre el tema.

—No tanto. Es lo que recuerdo haber leído de adolescente. Me interesaba mucho todo lo relacionado con la mitología nórdica.

—¿En serio? Es un tema extraño para una adolescente.

—Lo sé, pero mi madre era sueca y, al morir, me refugié en esos temas. Quería saberlo todo sobre el origen de su país. Es una tontería, lo sé, pero…

—No lo es, para nada. Siento mucho que muriera tu madre siendo tú tan joven.

—En realidad murieron los dos, mi madre y mi padre, en un accidente de tráfico. Yo también iba en el coche, pero me salvé milagrosamente. Todos los días, al mirarme al espejo y ver esta

cicatriz —Se señala la marca entre sus cejas—, recuerdo un poco ese día. Y, al mismo tiempo, la suerte que tengo de estar viva.

Álex se queda callado, mirándola fijamente mientras caminan. No sabe si es el frío o que la chica haya compartido esa información tan personal pero siente la necesidad de acercarse más a Ana y ahora prácticamente pasean rozándose. Por un momento está a punto de coger su mano. Siente como un acto reflejo que debe apaciguar. Al fin y al cabo, no tienen esa confianza. Todavía.

—Vaya, lo siento muchísimo, Ana, no sé qué decir. Nunca lo habría imaginado.

—¡Te estoy deprimiendo! —exclama sonriendo—. No te preocupes, eso fue hace ya mucho tiempo. ¡Y ahora se acercan las fiestas de Yule!. La Navidad es mi época favorita.

A decir verdad, todas son las épocas favoritas para Ana, porque ella siempre vive cada día como un regalo. El carácter tan alegre de la chica es uno de los misterios más grandes en la ciudad.

—¿Eres una chica navideña?

—Supongo que sí, me encanta pintar en Navidad, los colores son tan vívidos y frescos… ¿Haces planes en estas fechas? ¿Eres una persona familiar o prefieres viajar y ver mundo?

—Pues no he sido muy familiar nunca, pero ahora que mi madre está así, me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ella y voy a intentar aprovechar al máximo lo que nos quede. ¡Pasaré aquí Nochebuena y el día de Navidad! —dice con emoción.

—Que bien. ¿Cenáis en algún sitio?

—No, no. Cenar no. La residencia no abrirá a los familiares para la cena y lo entiendo. Pero tienen unos servicios mínimos esenciales, así que prepararán una comida de Nochebuena para los internos y los familiares que queramos ir. Podría llevarme a mi madre ese día, pero se desorienta, ¿sabes? Ya desistí de sacarla aunque fuera para fechas especiales. —Ahora es él quien se pone serio—. Se excitaba mucho y lo pasaba muy mal. Ella y yo —añade con una mueca—. Así que comeremos juntos en Nochebuena y en Navidad.

Ana escucha atentamente y asiente pensativa. A veces le cuesta concentrarse en las conversaciones porque su mente siempre va más allá y, mientras Álex habla, está sacando sus conclusiones.

—Entonces, ¿dónde cenas en Nochebuena?

—Supongo que compraré algo y me lo comeré en la habitación del hotel. Intentaré no ensuciar mucho —dice guiñándole un ojo—; espero que los dueños me den permiso.

—¡De eso nada! No puedo permitirlo.

—¿Qué?

—Lo que has oído. No puedo permitir que tu cena de Nochebuena sea una comida preparada en la habitación del hotel. Te vienes a cenar conmigo y mi familia.

CAPÍTULO 20

Cuanto más tiempo pasa Álex en su apartamento de Madrid, más frío y aséptico le parece. Echa de menos los cuadros de su habitación del hotel, los pequeños detalles con los que Ana se ha dedicado a decorar cada una de las habitaciones de su negocio.

Es una de las cosas que le enamoró de ese lugar cuando se alojó por primera vez allí.

Ahora que comparte la gestión del hotel y que se ha convertido en su segunda casa, lo considera más su hogar que su propio apartamento.

Cada vez que pasa allí el fin de semana, comprueba los sutiles cambios en su habitación. Un cuenco de piedras pintadas a mano por Ana con pequeños paisajes diferentes cada uno, una caja de madera decorada que sirve simplemente de tarjetero, un cuaderno o algo tan sencillo como su original manera de doblar y colocar las toallas del baño.

Cuando vuelve a Madrid no piensa que está volviendo a casa, sino todo lo contrario.

Así que intenta pasar el menor tiempo posible solo en su apartamento de diseño sin vida ni alma.

La ciudad está abarrotada de turistas que la visitan para ver el alumbrado navideño, las tiendas repletas de compradores en busca

de regalos y las calles intransitables, así que Álex aprovecha ese sábado antes de Navidad para salir del centro y escaparse a casa de Julio y Eva.

—¿Entonces vas a cenar en Nochebuena con la dueña del hotel y con su familia? —pregunta su amiga extrañada—, es un poco raro.

—No es raro, mejor eso que cenar solo en una habitación de hotel —interviene Julio—. No le hagas caso, Álex. Allí en los pueblos la gente cocina muy bien y se come genial. Seguro que te vas a hartar.

—Pues yo sigo creyendo que es un poco raro, apenas se conocen de unos meses.

—¿Y qué más da? Es sólo una cena.

—Es la cena de Nochebuena, cariño, no es una simple cena. A esa cena se va con las parejas y te juntas con los suegros y los cuñados y la mayoría de veces termina en gritos y peleas.

—No hables por tu propia experiencia, cielo. Que tu casa sea un circo lleno de fieras y payasos no significa que lo sea en el resto de hogares.

—Mi casa será un circo pero la tuya es un manicomio lleno de histéricas y psicópatas.

Álex observa cómo sus dos amigos se lanzan puyas mientras toma una cerveza y hace volar los cacahuetes hacia su boca. Dado que ellos siguen discutiendo entre sí sobre cuál de las dos familias es más insufrible y dónde les toca ese año en las fechas señaladas, su mente vuelve al paseo con Ana, a su historia sobre la luna y la

leyenda nórdica; pero, sobre todo, a cómo la luz de esa noche iluminaba su rostro mientras hablaba.

Se sorprendió a sí mismo mirando sus labios en más de una ocasión, aguantando sus ganas de abrazarla o de coger su mano mientras paseaban. Incluso de haberle puesto su chaqueta sobre los hombros. ¿Podía haberlo hecho? Claro que sí y, en otro momento, con cualquier otra chica, lo habría hecho sin dudarlo. Pero con Ana implicaba muchas más cosas que ser simplemente un caballero.

Recuerda las palabras de Joaquin Phoenix en *El bosque*, una de sus películas favoritas: «A veces no hacemos cosas que queremos hacer para que los demás no sepan que queremos hacerlas».

—¿Podéis parar ya de discutir, por favor? No he venido para crear conflicto entre vosotros y, como sigáis levantando la voz, vais a despertar a la pequeña.

En realidad, Álex quiere que sus amigos dejen de discutir entre ellos y le den algún tipo de conversación para sacarle de sus propios pensamientos. No tiene muy claro cómo se siente respecto a la cena y a lo que significa. Tampoco tiene idea de qué pensar sobre sus propias reacciones y sentimientos hacia Ana.

No es que se considere un mujeriego, pero ha tenido muchas parejas, aunque con ninguna ha llegado a tener una relación seria y siempre ha estado feliz viviendo de esa manera. Es la envidia de muchos amigos y colegas. Sí, dicen que le tienen envidia, pero casi todos los conocidos de su edad están en algún tipo de relación formal con alguien. Bien sea casados o viviendo en pareja y, algunos, como Eva y Julio, hasta con una niña pequeña. Si todos le

tuvieran tanta envidia y quisieran estar en su situación, no se habrían ido a vivir con sus novias ni se habrían casado.

Álex siempre ha pensado que tenía suerte de no haberse enamorado como los demás y depender de una pareja…. por lo menos hasta ahora.

Su amigo Julio está vigilando la cena en el horno y deja a Eva con Álex en el salón apurando la primera botella de vino que, sin duda, no será la última.

—¿Crees que tengo algo malo? —pregunta de repente Álex.

—¡No! —le responde Eva de inmediato— ¿Por qué me preguntas eso? ¿A qué te refieres?

—¿Sabes que nunca he conocido a ningún familiar de ninguna chica con la que he estado? —Álex mueve el vino en su copa distraídamente, como si hablara consigo mismo. En realidad no busca una respuesta de su amiga, sino expresar algo en voz alta que acaba de descubrir—. ¿No crees que eso es mucho más raro que el hecho de que Ana me acoja en su casa en Nochebuena?

—¿Nunca has conocido a una madre o un hermano de ninguna novia?

—Nop —responde remarcando la p con la boca exageradamente—, y tampoco creo que pueda llamarlas novias exactamente. Pero es así, nunca me han llevado a sus casas, ni en fechas especiales ni en días normales. Nada de nada.

—¿Y por qué no?

—No tengo ni idea. Acabo de caer en ello mientras os escuchaba discutir.

Los dos se callan un momento mientras saborean el vino y procesan una información que, en realidad, es nueva para ambos.

—Bueno, quizás es que no tienes madera de novio o las chicas con las que has estado no te han visto así. Pero sí que es raro.

—Lo sé.

El teléfono los interrumpe y, cuando Álex ve el nombre iluminado en la pantalla, sonríe.

—Es ella —dice mirando fijamente y a su alrededor dudando si contestar.

—Ve al dormitorio. Allí podrás hablar tranquilamente.

Álex sonríe a su amiga y sale del salón. Cuando se encierra en el dormitorio, se tumba con el teléfono pegado a la oreja y contesta con un hola que quizás sale con un poco más de emoción y alegría de la que le hubiera gustado expresar. La cerveza y la media botella de vino le han afectado más de lo que pensaba.

—¡Hola! —Ana le corresponde con la misma emoción— ¿Estás visible? Quería enseñarte algo. ¿Podemos cambiar a videollamada?

Lo de las videollamadas se ha convertido en una costumbre y le encanta así que, sin dudar, cambia al instante. Está un poco mareado y los ojos se le cierran, siempre lo hacen cuando bebe vino, tiene ese efecto en él, pero al mirar a la pantalla y ver la cara de la chica, se le abren como un resorte al mismo tiempo que su cuerpo se incorpora.

La ve sentada en una banqueta alta y tiene el pelo recogido en un moño desordenado con mechones rubios cayendo rebeldes a ambos lados de su cara; la tiene manchada de lo que parece

pintura. Sus ojos están brillantes y, como siempre, sonríe no sólo con su cara, sino con todo su cuerpo y con su actitud. El corazón le da un vuelco nada más verla.

—¿Te acuerdas que me dijiste que sería buena idea cambiar el logo del hotel? —continúa antes de darle tiempo a hablar a Álex—. Pues he pensado que nada mejor que una pintura mía para representar nuestra identidad, algo pequeño, familiar, y que exprese que los huéspedes puedan sentirse como en casa. Me he pasado toda la tarde pintándolo. —Gira el teléfono de manera que enfoca el cuadro que tiene enfrente—. Se podría llevar a algún sitio y enmarcarlo en una placa para el exterior. ¿Qué te parece?

La pintura es algo abstracto y Álex no sabría definir muy bien lo que está viendo, pero es cálida y transmite paz. Examina cada pincelada en silencio, todo lo que la pantalla del móvil le permite, y parece vislumbrar una luna llena al fondo. Es hermosa y emocionante, al menos a él le deja sin palabras.

—Si no te gusta, no la utilizamos —dice la chica ante el silencio de él, volviendo a girar el teléfono y enfocando su cara de nuevo—. Es solo una idea, pero entiendo que quizás no sea lo más adecuado.

—Es perfecta.

—¿Te gusta de verdad? No lo digas por complacerme. Puedo cambiar lo que sea, hacer otra cosa o, simplemente encargarle a alguien lo que tengas en mente. En realidad no lo hemos hablado ni hemos concretado nada. Ahora que lo pienso me he precipitado haciendo esto o..

—No cambies nada. —Álex la interrumpe porque no deja de divagar y se da cuenta de que su silencio es el que ha provocado

esa reacción por parte de ella—. Me encanta.

Ver sonreír a Ana es una sensación única que no ha experimentado jamás. Ha bebido y sabe que no se encuentra del todo lúcido, pero es lo suficientemente consciente para darse cuenta de que esta chica le provoca sentimientos que nunca antes había tenido.

—¡Oh! —exclama de repente Ana—. ¿Te ibas a dormir ya? No me he dado cuenta de la hora, lo siento.

—¿Qué? No, ¿por qué lo dices?

—Estás en el dormitorio, ¿no?

Álex mira a su alrededor y se da cuenta de que está semi tumbado en la cama de sus amigos. Había olvidado dónde se encontraba.

—Es verdad. —Sonríe levantándose de la cama—, pero no, tranquila, no me iba a dormir todavía.

En ese momento, tocan a la puerta y Eva asoma la cabeza en su propio dormitorio.

—Álex, la cena ya está lista —anuncia a su amigo y vuelve a cerrar la puerta.

Álex se gira para mirar a Eva y no ve la cara de sorpresa de Ana quien, a través de la pantalla del móvil, ve y escucha a la chica.

—¡Ay, Dios mío! —exclama nerviosa—. Estás acompañado e ibas a cenar. —Ana mira hacia todas partes nerviosa y evitando los ojos de Álex—. Lo siento mucho, ya hablaremos cuando vengas. Adiós.

—No pasa nada, no te disculpes —dice extrañado. Pero antes de que pueda seguir hablando, Ana ya ha cortado la llamada dejando a Álex mirando a un móvil que ahora solo le muestra su propio fondo de pantalla.

CAPÍTULO 21

—¿Y dices que estaba con una chica?

—Sí, y era muy guapa.

La cocina de la casa de Patri y Cloe es una especie de camarote de los hermanos Marx en Nochebuena. No dejan de entrar y salir sacando platos, cogiendo bebidas y pidiendo cosas.

Todos los años desde que su hermana se fue a vivir con su pareja, el día de Nochebuena las hermanas organizan una comida previa a la cena. Vienen los padres de Cloe a pasar todo el día y, más tarde, se incorporan su hermano con su mujer y su sobrina, que tiene tan solo cinco años.

La madre de Cloe se encarga de la cena porque es imposible discutir con esa mujer y, a cambio, las hermanas preparan un almuerzo ligero. Patri hace casi todo el trabajo porque Ana lo único que sabe es abrir bolsas y paquetes y comer cualquier cosa que le ponen delante.

—Podría ser una hermana o… —le dice Patri mientras corta verduras.

—No tiene hermanas, es hijo único.

—Quizás una amiga o…

—Estaba tumbado en la cama, como muy cómodo. Y creo que estaba un poco bebido.

—Bueno, también podrías preguntarle y salir de dudas. —Patri sigue cortando aperitivos mientras Ana pica de cada plato—. ¿A qué hora vendréis?

—He quedado sobre las ocho de la tarde en el hotel y nos vendremos juntos aquí —dice pensativa mientras juguetea con un palito de zanahoria—, quizás le pregunte por el camino.

Son las siete de la tarde y Ana ya se ha probado tres vestidos diferentes. Nunca le cuesta tanto elegir qué ponerse, menos para la cena de Nochebuena, a la que suele ir simplemente con un vaquero y una blusa. Algo cómodo para poder tirarse por el suelo a jugar con la sobrina de Cloe. Y ahora se encuentra en su dormitorio con casi la totalidad de su armario esparcido por la cama y llamando idiota a su reflejo en el espejo.

En pleno mar de dudas, recibe un mensaje de Santi pidiéndole verse en el restaurante del hotel que está cerrado al público. Como si fuera una señal, decide que el último vestido que se estaba probando en ese instante será el que lleve a la cena de Nochebuena. De esta forma, se pone los tacones y baja a reunirse con su socio y amigo.

—¡Guau! —exclama el cocinero al verla entrar— Vaya, estás preciosa.

Ana lleva un sencillo vestido blanco, de tirantes finos, que se adapta perfectamente a su cuerpo tonificado. Se ha dejado el pelo suelto y ligeramente ondulado. El maquillaje es también sencillo pero resalta sus ojos azules; los labios se los ha pintado en un tono rosa suave. Ante la reacción y el cumplido de su amigo, Ana se mira a sí misma levantando los hombros y sonriendo tímidamente.

—Gracias, tú también estás guapo. ¿Querías decirme algo?

Después de unos segundos eternos de silencio en los que ambos se miran sonriendo, Santi coge aire profundamente. Sabe que lo que está a punto de pedirle a su amiga puede cambiar su relación para siempre. No tiene ni idea si para bien o para mal, pero sí que habrá un antes y un después de este preciso momento.

—Tengo que pedirte algo. Te va a parecer raro pero, antes de decir nada, negarte o lo que sea, quiero que me escuches. Tengo mis motivos y es un favor que voy a pedirte como amigo.

—Claro, Santi. Lo que sea —le interrumpe Ana con el gesto preocupado—, sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

El chico se ríe nervioso sin querer mirarla a los ojos. Vuelve a coger aire, esta vez casi más profundamente que antes.

—Bueno, primero tendrás que escuchar lo que quiero pedirte. Quizás cambies de opinión.

—No lo haré. Pídeme lo que sea. —Ahora Ana pone los brazos en jarras en una actitud que quiere expresar determinación, firmeza y seguridad en sus palabras.

—Antes de nada, déjame explicarte. La verdad es que no me lo pones nada fácil llevando ese vestido, pero aun así tengo que hacerlo. Hace unos días alguien me dijo algo que me desconcertó y en lo que llevo pensando desde entonces. Pero ya sabes que, por mucho que la gente nos diga las cosas, no podemos ver la realidad hasta que no la experimentamos nosotros mismos. Y eso es lo que quiero hacer pidiéndote esto.

—De acuerdo —le dice despacio—, te sigo.

—Bien, entonces. Me gustaría que, una vez lo suelte, no volvamos a mencionar el tema. Para bien o para mal quiero que, después de hoy, hagamos como si esto no hubiera sucedido, yo no te hubiera pedido lo que voy a pedirte y no hablemos de ello. No quiero que afecte a nuestra amistad.

—¡Por Dios, Santi! ¿Qué quieres pedirme? Me estás poniendo nerviosa.

—Quiero besarte.

—¿Besarme?

—Sí. Y me gustaría que me correspondieras; no quiero que sea un beso de amiga, quiero un beso de verdad. Sólo uno y ya está, pero que lo des todo. Después, nos iremos cada uno a nuestras cenas de Nochebuena y no volveremos a hablar de ello nunca —dice con decisión y soltando todo el aire que había estado exhalando antes—. ¿Harás eso por mí?

Ana se queda callada y Santi no puede descifrar la mirada de su amiga. Generalmente sabe lo que piensa o su estado de ánimo por la expresión de su cara, pero no esta vez y el cocinero se lamenta en su fuero interno pensando que ya ha jodido su amistad con la chica.

—Acércate —dice ella mirándolo fijamente a los ojos.

Al principio, el contacto es suave; Ana va explorando la boca de su amigo lentamente. A Santi, los labios de Ana le saben a fresa. Le tiene cogido por la cara y él no se atreve a agarrarla de ningún sitio. Poco a poco va profundizando el beso, primero atrapando delicadamente su labio inferior entre los suyos, para hacerlo cada vez más intenso. Definitivamente, no es un beso de amiga cuando sus lenguas se encuentran y, sin lugar a dudas, Ana se está empleando a fondo. Santi pone las manos alrededor de su cintura, pero el vestido es muy fino y puede sentir sus músculos, lo que le hace reafirmarse en el buen estado de forma en el que está a pesar de comer como una niña de doce años.

Casi puede notar su piel y retira la mano de su cintura porque no quiere sobrepasarse, es tan delgada la tela del vestido que parece que pueda notarla desnuda. Ana sigue besándolo con dulzura pero, al mismo tiempo, con pasión y Santi se pone a pensar que besa realmente bien. Desde el primer momento en que la conoció fantaseó con besarla, anhelaba que ella lo agarrara como lo está haciendo en ese momento y se preguntaba cómo sabrían sus labios. Ahora ya lo sabe. No es un simple beso, es uno de los buenos, lo catalogaría de genial más bien y así piensa dejárselo claro a Laura. ¿Qué se creía esa chica diciéndole lo que le dijo? Ella no le conoce de nada. Además, opina que es un poco creída asumiendo que ella sí que es su tipo. ¿Y qué pasa si lo es? Sí que es verdad que le gustaban las chicas pequeñas y morenas, de temperamento fuerte y también un poco bordes, no lo iba a negar. Y sí, le parecía muy sexy que fuera atrevida y un poco mandona. Pero ella no conoce sus gustos, se ha pasado de lista. A lo mejor Laura no besa tan bien

como ella pensaba. Bueno, no puede negar que Laura es muy sexy y que su beso el día de la cena de empresa, estuvo muy bien.

De pronto abre los ojos y cae en la cuenta de que no es muy normal estar besando al amor de su vida, algo que lleva esperando más de quince años, y estar pensando en el beso que le dio Laura la otra noche. Entonces Ana, tan delicadamente como lo comenzó, lo va terminando con mucha dulzura; finalmente, separa sus labios de los de su amigo.

Los dos se quedan mirándose unos segundos. Ambos sonríen y Santi abraza con fuerza a Ana. Es un abrazo parecido al que siempre se han dado pero para él ahora es distinto.

—Gracias… ¡Gracias! —le dice dándole un sonoro beso en la mejilla—. ¡Besas de escándalo, tía! Eres mi mejor amiga y siempre lo serás.

—¡Y tú el mío!

—Nos vemos mañana, ¿vale? Pasa muy buena noche y dale un beso de mi parte a tu hermana y a Cloe.

Santi se despide eufórico dejando a su amiga extrañada y divertida al mismo tiempo. Afuera, ya ha oscurecido y la calle está casi desierta a excepción de alguna persona que camina con bolsas, seguramente dirigiéndose a la cena de Nochebuena. Cuando sale del restaurante se encuentra a Álex al lado de la ventana.

—¡Ey! —le dice sorprendido—. Ana está dentro.

—Lo sé, la estoy esperando.

—Deberías esperarla dentro. Te vas a congelar aquí fuera.

—Ya —contesta mirándose los pies—, entraré en un momento.

—Bueno, pues yo me voy a cenar. ¡Feliz Navidad! —le desea con sinceridad.

Ambos se estrechan la mano y para Santi es el broche final que debía ponerle a la noche. Para él ese apretón de manos simboliza un pacto de paz y un paso de página. Tiene claro que, a partir de ese momento, se abre un nuevo capítulo en la historia de su vida.

—Igualmente, Santi.

CAPÍTULO 22

El camino hacia casa de Patri y Cloe en el Tesla de Álex se produce en silencio, y no sólo porque el coche es eléctrico. Ana aún está procesando el beso que acaba de compartir con su amigo.

Está convencida de que, por mucho interés que le hayan puesto ambos, no ha dejado de ser un beso entre amigos y si al principio dudaba de que para él fuera algo más, al terminar ha confirmado que no lo es y que para él ha sido tan raro como para ella.

Álex está conduciendo y la mira de reojo pensando en lo bonita y elegante que está.

Sin duda, Ana es una belleza pero, hasta ahora, nunca la había visto vestida de esta manera y simplemente está espectacular. No sabe el motivo de por qué no le ha dicho nada de su aspecto. Generalmente es muy dado a hacer cumplidos, de hecho es una de sus cualidades más notorias y que suele emplear siempre en su trabajo y en sus relaciones personales. Pero se ha quedado sin palabras o puede que no encuentra las adecuadas, cualquier cosa que diga no va a hacerle justicia en absoluto. También está el hecho de que acaba de verla besando a Santi y su cerebro no está haciendo las conexiones precisas. No sabe lo que siente. Solo que tiene un nudo en el estómago, que el pulso se le acelera y no le queda claro si quiere gritar, romper cosas o echarse a llorar como un niño.

Mientras ambos parecen tener su propio debate interno, llegan a casa de Patri y Cloe. Álex nunca se ha considerado una persona tímida, sino todo lo contrario. Es extrovertido y abierto siempre a conocer gente nueva, pero la situación es diferente a cualquier otro momento en el que le presentan a desconocidos.

Está el hecho de que Ana le importa mucho. Todavía no ha averiguado en qué sentido y hasta qué punto, pero lo que sí sabe con certeza es que quiere caerle bien a la familia de la chica. Sobre todo a Patri.

—¡Feliz Navidad! —Es Cloe quien abre la puerta y recibe a Ana con un fuerte abrazo y dos sonoros besos en las mejillas—. ¡Madre mía! Estás espectacular —dice mirándola de arriba a abajo—. Tú debes ser Álex. —Se vuelve hacia el chico y le da dos besos también aunque esta vez con menos efusividad.

Una vez hechas todas las presentaciones y de que la sobrina de Cloe se arroje a los brazos de Ana y se quede allí como un koala, sale Patri de una de las habitaciones.

Por un momento Ana cree que su hermana se ha convertido también en policía y va a cachearlo. Lo mira de arriba a abajo, como haciendo una radiografía de su aspecto y su personalidad. Él ha venido más elegante que de costumbre, con una camisa azul brillante impecablemente planchada y una actitud distendida y festiva.

—Patri, ¿verdad? —le dice Álex poniendo su mejor sonrisa—. Es un placer conocerte.

—Es Patricia —le responde fríamente ofreciéndole la mano. Frente a ella, Ana rueda los ojos viendo cómo ejerce de hermana mayor y está examinando a Álex—. Encantada.

—No sabía qué traer —continúa él estrechando su mano—, y he pensado que ya tendríais de todo. Aun así, no podía venir con las manos vacías y, bueno, en una ocasión creo recordar que Ana mencionó que os gustaba el ron, así que me he tomado la libertad de traer una botella —dice entregándole una bolsa—. Espero que os guste.

En realidad no es casual que haya elegido esa bebida. Ana se lo sugirió cuando él preguntó qué podía llevar. Lo que no sabía ella es el dineral que se iba a gastar en una simple botella.

Más tarde, cuando ya todos se han ido y la pareja se queda a solas, Cloe, con los ojos entrecerrados le dirá a Patri:

—Nena, acabamos de bebernos casi trescientos euros en la cena. Ese ron que nos ha traído cuesta eso. Acabo de mirarlo en Google: Zacapa centenario Royal.

La cena transcurre con normalidad. No hay peleas ni gritos, como decían Eva y Julio de los que ocurría en sus veladas familiares. Sí que hay demasiada comida y bebida. Los padres de Cloe son amables y familiares y su hermano parece un buen tipo. Álex se pasa evitando las miradas de reojo de Patri durante casi toda la cena; él, a su vez, cuando parece que no le observan, se pasa casi todo el tiempo mirando a Ana.

La chica tiene prácticamente colgada a la sobrina de Cloe durante toda la cena y se muestra amable y cariñosa con la niña, a pesar de que en ciertos momentos no la deja ni comer. La ve jugar

con ella, reír de cualquier cosa y Álex, en más de una ocasión, se queda hipnotizado mirándola, lo que no pasa desapercibido a su hermana, quien no le quita ojo en ningún momento.

Cuando se están despidiendo de todos, Patri abraza a su hermana y al oído le susurra un «Parece buen tío, me ha caído bien», comentario al que Ana sonríe un poco más de lo que habría pensado.

No es demasiado tarde, pero Álex se excusa diciendo que el día siguiente lo va a pasar con su madre. Ana, por su parte, también se despide, en su caso argumentando que tiene cosas que hacer antes de la comida de Navidad.

El viaje en coche es tranquilo, apenas se cruzan con un par de cuadrillas de jóvenes que se disponen a seguir la noche sin sus familias e irse de juerga. Al no haber casi tráfico, llegan muy pronto al hotel.

—Lo he pasado muy bien, gracias por invitarme. Tu familia es maravillosa.

—Técnicamente Patri es mi única pariente y ni siquiera es de sangre. Me adoptaron sus padres cuando murieron los míos —le contesta con una medio sonrisa triste—; así que, en realidad, es la familia política de mi hermana adoptiva.

—Yo creo que el concepto de familia tiene un sentido bastante más amplio. Los amigos son la familia que elegimos; el amor y el cariño no tienen grupo sanguíneo. —Ana se vuelve a mirarlo cuando se disponía a abrir la puerta de la recepción que da a las habitaciones y también a su propia casa—. He podido comprobar lo

protectora que es tu hermana contigo, cómo los padres de tu cuñada te tratan como a una hija más y, bueno, esa niña te adora.

—¡Y yo a ella! —exclama orgullosa—. Es como si fuera mi propia sobrina.

—Te entiendo, es lo mismo que me pasa a mí con Lara, la hija de mis amigos Julio y Eva. Para mí es mi sobrina aunque no compartamos ningún parentesco.

Ana enseguida recuerda esa primera vez que hablaron a través de videollamada y vio la divertida camiseta que llevaba puesta y que le hizo preguntarse si tenía sobrinos.

—¿Cuántos años tiene? —se interesa.

—Sólo es un bebé, tiene trece meses, pero la adoro. Es que Julio y Eva son más que amigos para mí, son mi familia y me encanta pasar tiempo con ellos. El otro día, cuando me enseñaste el cuadro que habías hecho para el logo, estábamos en su casa celebrando una Nochebuena anticipada, aunque Lara estaba dormida.

—¿El otro día? —De pronto Ana es consciente de su error—. Oh, vaya, pensé que esa noche estabas en una especie de cita con esa chica.

—¿Con Eva? —pregunta entre risas—. Noo, es como mi hermana. Lo que te decía antes, es familia. En realidad, es la única que tengo además de mi madre. Hay otros amigos, pero no como ellos. Julio y Eva son especiales.

Ambos se quedan callados un momento. Ana parece estar procesando esta nueva información y ahora se encuentra

avergonzada por haberse puesto nerviosa o celosa, no sabría decir cuál era el sentimiento.

—¿Por eso colgaste tan deprisa la llamada ese día? —continúa él después de pensarlo.

—Bueno, no te quería molestar si estabas con una chica.

—No, no estoy con nadie. Estoy soltero —aclara nuevamente—, del todo. Total y absolutamente soltero.

—Ya veo, es una opción, claro, muy respetable.

—¿Y qué me dices de ti y de Santi? ¿Es serio lo vuestro?

Ana se atraganta con su propia saliva y comienza a toser y a reír al mismo tiempo, lo que pensaba que no fuera posible.

—¿Lo nuestro? —intenta decir entre las risas y las toses—. ¡No hay nada nuestro!

Abre la puerta de su apartamento y se dirige a la cocina para servirse un poco de agua. Álex la sigue dentro preguntándole si está bien mientras ella bebe e intenta aliviar el ataque de tos. Cuando parece que ya ha recuperado la capacidad de respirar, continúa.

—Santi es mi mejor amigo desde siempre, nos conocemos desde los doce años y es como mi hermano. No hay nada nuestro… en ese sentido, claro.

—Es que, como te vi besarlo antes, cuando vine a recogerte, en el restaurante… —le explica dejando caer la frase.

—¿Nos has visto? Bueno, la verdad es que podría parecer otra cosa, pero tiene una explicación.

—¿Otra cosa? A mí me ha parecido bastante evidente. Os estabais besando apasionadamente.

Ambos se miran. Ana no sabe cómo interpretar las palabras de Álex, si son fruto de la curiosidad o si son celos.

—¿Estás celoso?¿Por eso estabas tan callado en el coche camino de casa de mi hermana?

—¿Yo, celoso? —pregunta cruzando los brazos en actitud defensiva—, para nada. No me importa que vayas besando a los tíos por ahí.

—¡Yo no voy besando a nadie! —le responde indignada e imitando su postura—. Y para que conste y como te he dicho antes, tiene una explicación.

—¡Una explicación que yo no te he pedido!

—Bueno, pero no digas que voy besando a los tíos por ahí como si fuera una… una… ¡Da igual! Que no voy besando a nadie y punto.

Es la primera vez que Álex ve a Ana tan enfadada. En una mirada rápida, se da cuenta de que están dentro del apartamento, el que sólo ha visto por videollamada. Es cálido, como lo es ella, reflejando toda su personalidad. Por eso, viendo ahora la expresión de su cara, se arrepiente de haber hecho ese comentario. Es entonces cuando es consciente de que realmente está celoso. Nunca lo había estado y se siente realmente confuso.

—Será mejor que me vaya —dice con la voz más calmada.

Ana se queda callada, con los brazos todavía abrazando su propio cuerpo y baja la mirada para no ver cómo el chico se dirige a la puerta. Álex agarra el pomo tan fuerte que sus nudillos se vuelven blancos. Abre la puerta y da un paso hacia la salida para quedarse parado en medio del rellano. Espera unos segundos y retrocede para entrar de nuevo y cerrar la puerta inmediatamente.

—No, espera un momento —se dice Álex a sí mismo volviéndose para mirar a Ana, que ha bajado los brazos y le devuelve la mirada.

CAPÍTULO 23

Si estuvieran en una plaza abarrotada de gente, este sería el momento en el que todos se apartarían dejando un pasillo para que ambos se sintieran solos en ese lugar. Aun así, el pequeño apartamento de Ana se hace inmenso ante sus ojos. No lo separa la distancia, ni el tiempo, sino su propio orgullo. No sabe cómo ni cuándo ha sucedido, pero ahora está prácticamente a centímetros de Ana, quien se ha quitado la chaqueta y está con ese vestido blanco que le sienta tan bien. Sus labios aún conservan algo del rosa del carmín. O quizás se los ha vuelto a pintar. Piensa que está todavía más bonita que cuando fue a recogerla, y no se lo ha dicho. ¿Por qué no le ha dicho lo que se muere por decirle desde que la vio? Está claro que es porque está terriblemente celoso. Quiere besarla, se muere por saber cómo sabrá ese carmín de sus labios.

Es un hombre de negocios, acostumbrado a arriesgar y ganar, pero es consciente de que el riesgo conlleva la posibilidad de perder y para nada está dispuesto a que dicha posibilidad pueda arruinar lo que sea que está construyendo con Ana. Y en lo que menos piensa en ese momento es en el negocio que ambos están compartiendo.

El silencio es tan intenso que se puede escuchar la respiración de ambos, todavía agitada por la discusión de unos instantes antes. Álex quiere que su corazón deje de latir tan rápido y tan fuerte. Podría decir todas las cosas que se ha callado esa noche y todas las que lleva callando desde el día que la conoció, aquella noche que fue

con esa chica al hotel. ¿Cómo se llamaba? Ni lo recuerda ni ha pensado un sólo instante en ella hasta ahora. Y solo la recuerda porque le hace pensar en la primera vez que vio a Ana.

Podría decirle que no sólo cree que es preciosa sino que, cuando piensa en ella, la primera palabra que viene a su mente es hogar. Podría decirle que no ha estado con ninguna otra chica desde la noche en que se conocieron, que ni siquiera ha pensado en estarlo y ni se había dado cuenta. Pero no encuentra las palabras adecuadas que expresen todo lo que siente y lo único que hace es mirarla.

—Tienes las pupilas dilatadas —susurra a escasos centímetros de su boca.

—Tú también.

—¿Sabes lo que significa?

—No exactamente —contesta ella también en susurros.

—Puede ser por varios motivos, pero el que más me importa a mí es el que dice que es porque estás mirando a alguien que te gusta.

—Qué interesante. —Ana traga saliva y sus ojos se desvían a los labios de Álex. Él los humedece al tiempo que ella lo imita. —¿Vas a besarme?

—Los besos no se piden, se roban —le contesta.

—¿Estás seguro? —Ana no puede evitar pensar en el beso que esa misma tarde le pidió su amigo Santi y en la enorme diferencia de una situación a otra—. Una vez leí que los besos ni se piden ni se roban… Se provocan.

Y Álex no puede esperar más. Si tenía miedo de arriesgarse hacía tan solo unos minutos, con esas últimas palabras de Ana es como si le hubieran dado el empujón definitivo para lanzarse al vacío.

No se lo piensa más. Recorre los escasos centímetros que lo separan de ella y la besa con decisión. A pesar de todas las chicas que ha besado en su vida, Álex se siente como si fuera la primera vez, pero sin la torpeza de la juventud. Es contradictorio el hecho de que haya acumulado tantas experiencias y que para él esta parezca la única.

Besar a Ana es algo totalmente nuevo y diferente. Lo que al principio es un choque intenso de labios se vuelve en segundos mucho más suave y lento. Quiere disfrutar cada momento, cada roce y cada sensación que está sintiendo. Deja las manos delicadamente en su cintura, guardando una distancia que ella acorta poco a poco hasta que sus cuerpos están completamente pegados.

Ana enreda los dedos en su pelo y lo atrae con más fuerza haciendo que los brazos de Álex la rodeen por completo. Tiene el pulso acelerado en una combinación del acaloro de la discusión, la tensión posterior, la intensidad del beso y el deseo que recorre todo su cuerpo. Siente que la sangre bombea tan deprisa en sus venas que le falta el oxígeno. A Ana debe ocurrirle lo mismo porque los dos, como si estuvieran sincronizados, se separan al mismo tiempo, lentamente, como para tomar aire.

—Necesitaba respirar —dice Ana susurrando a escasos milímetros de los labios de Álex.

—Maldito e inoportuno oxígeno —añade él dejando pequeños besos mientras también recupera el aliento.

El apartamento de Ana es pequeño. Apenas unos cuarenta metros cuadrados de un espacio abierto con tan sólo dos puertas que separan el baño y el dormitorio. Pero no hay ni un solo centímetro en todo el piso que no sienta el calor de sus cuerpos y en el que no se apoyen abrazados mientras se besan.

Como si ejecutaran un baile torpe ruedan por las paredes, tropezando con todo lo que se interpone a su paso. Un portarretratos se desploma de la estantería con la que tropiezan y algún cuadro de la pared se queda torcido al paso de las cabezas de ambos. Álex se apoya en una pequeña cómoda y la atrae, acariciando su cintura mientras Ana le sigue besando, cogiéndole de ambos lados de la cara.

—Te vibra la muñeca —dice Álex mientras besa los labios de Ana.

—Déjala que vibre —le responde ella callándole con un leve mordisco en su labio inferior.

Se desplazan a trompicones, sin dejar de besarse, hasta que la espalda de Ana choca con la pared de enfrente, justo al lado de la puerta que da acceso al dormitorio. Álex mira de reojo. No hay más puertas. Sabe exactamente dónde le ha guiado. No quería llevar las cosas tan deprisa pero no iba a negar que lo había imaginado. Ella está intensificando el beso, lo atrae más y más cerca y Álex coge la indirecta y la agarra del muslo para levantar su pierna. El vestido se abre por el lateral dejando a Álex disfrutar de su carne desnuda.

—Tu muñeca está vibrando otra vez en mi oreja —le susurra de nuevo.

Álex se ha desplazado a besar el cuello de Ana, quien ahora tiene sus manos cruzadas detrás de la cabeza del chico. En un rápido movimiento, Ana se quita el reloj arrojándolo a la mesa. Álex hace lo mismo con su chaqueta y ella empieza a desabrocharle los botones de la camisa de una manera dolorosamente lenta mientras le acaricia con la lengua el lóbulo de su oreja.

El chico lo está disfrutando y, a tenor del aumento del volumen de los suspiros y gemidos de Ana, le queda claro que a ella también. A la tercera vez que vuelve a vibrar el reloj, están ya dentro del dormitorio. Álex tiene la camisa abierta y está echado sobre ella; Ana está medio tumbada, con el vestido hecho un abanico en su cintura. La vibración del aparato sobre la mesa hace un ruido metálico muy molesto y ambos a la vez interrumpen el beso mirándose fijamente a los ojos.

—Podría ser importante —le dice él separándose y ofreciéndole la mano para ayudarla a incorporarse,— están insistiendo mucho.

La imagen que tiene Álex delante no la olvidará jamás. Ana está acostada, apoyada en sus codos sobre la cama, con el vestido enrollado en su cintura, el pecho luchando por salirse del sujetador debido a su respiración agitada y el pulso completamente acelerado, lamiéndose los labios rojos por los besos y mirándolo con una intensidad con la que nadie le ha mirado jamás.

—Más le vale a quien sea. —Ana se levanta intentando colocarse el vestido y busca el móvil en su bolso—. Tengo cinco llamadas perdidas —le informa después de mirar la pantalla.

—¿De quién?

Y en ese momento la pantalla vuelve a iluminarse con el aviso de una nueva llamada, haciendo que Ana abra los ojos exageradamente.

—¿Stéphane?

CAPÍTULO 24

Febrero…Acuarela

Tres meses después

En Febrero Stéphane desapareció. No ya de la ciudad o de las vidas de Ana y del hotel. Stéphane desapareció de la faz de la tierra y nadie supo dónde estaba.

Su coche, con un gran número de sus cuadros, estaba aparcado a escasos metros del hotel y en él hallaron su móvil y una maleta llena de ropa y otras pertenencias.

La ciudad fue en ese mes un reguero continuo de fuerzas de seguridad, policías locales, guardias civiles y policías nacionales, además de muchos voluntarios. Todos buscaron durante días a Stéphane.

Se realizaron batidas por los montes cercanos, se rastreó su móvil y su ordenador personal. La policía examinó todas las cámaras de vigilancia de los establecimientos cercanos y se interrogó a los vecinos de la zona intentando establecer el momento preciso en el que se le vio y las últimas personas que tuvieron contacto con él.

Ana reúne en el restaurante del hotel a su hermana y Cloe, Santi y Álex.

—Chicos, os he pedido que vinierais aquí porque todos hemos recibido la citación policial para ir a la comisaría a declarar y quería

que Cloe os contara lo mismo que me ha dicho a mí y así, cualquier duda que tengamos, ella nos la puede resolver.

Cloe, a pesar de su corta estatura, se hace grande en ese momento. Está seria, como todos. No en vano, la situación es, cuanto menos, preocupante. La ciudad, aun siendo pequeña, ha conocido algunos crímenes de cierta importancia, pero una desaparición como esa, que se ha hecho bastante viral en las redes sociales a nivel nacional, no había sucedido nunca, por lo menos que ellos recuerden .

La denuncia la interpuso una chica muy joven, guapísima y embarazada, que se había paseado llorando por varios platós de televisión denunciando la desaparición de su pareja, el pintor de origen francés que era el padre de su futuro hijo.

—No quiero que os preocupéis antes de hora—comienza diciendo Cloe—, la policía está siguiendo el protocolo normal en una desaparición.

—Ese imbécil sigue fastidiando incluso aunque no esté ya aquí —interviene Santi—, es increíble. No me extrañaría que apareciera muerto en alguna cuneta. Debía dinero a mucha gente.

—Yo de ti intentaría no hacer ese tipo de comentarios —le reprende Cloe—. En primer lugar, no hay un cadáver, así que no hablamos de un homicidio, sino de una desaparición. Así que vamos a intentar no mencionar ante la policía que pensáis que está muerto o que lo odiáis, aunque imagino que eso último ya lo sabrán.

—Vale, pero si hacen batidas por el monte y buscan un cuerpo será porque pueden sospechar que está muerto, ¿no?

—Ellos sabrán cómo actuar Santi —dice preocupada Ana—, habrá que dejarlos trabajar.

—Exacto, esto no es una película. Hay muchos tipos de desapariciones; muchas de ellas son voluntarias y se resuelven. Vamos a dejar que la policía haga su trabajo.

»En segundo lugar, voy a deciros más o menos, lo que os vais a encontrar en comisaría cuando os estén preguntando. No os están acusando de nada, tan sólo es una citación para declarar puesto que fuisteis, hasta donde ha podido saber la policía, las últimas personas con las que tuvo contacto ese idiota. Así que, lo único que quieren es recabar información para continuar con la investigación.

—Pero ¿por qué en la comisaría? Ya nos entrevistaron al principio —pregunta Santi.

—¿Tenemos que llevar un abogado? Yo conozco a varios penalistas en Madrid —interviene Álex.

—¡Yo no conozco a ninguno! —exclama Santi visiblemente alterado.

—No te preocupes, el mío puede representarnos a todos, tranquilo.

En tan solo unos meses, y una vez resuelto el pequeño duelo por el corazón de Ana, los dos hombres se han hecho bastante amigos. Lo cual agradece Ana y el buen funcionamiento del hotel.

A pesar de que Cloe está intentando que todos mantengan la calma calmados para poder seguir explicando por dónde va a ir el procedimiento, los chicos están tensos y preocupados y hablan entre sí, interrumpiéndose a cada momento, preguntando casi sin esperar

la respuesta de Cloe, que no quiere levantar la voz para no añadir más tensión al ambiente.

—¡¿Queréis callaros de una vez y escuchar?! —Esta vez es Ana la que interviene alzando la voz y haciendo que todos se callen de golpe—. Sentaos y prestad atención, por favor —dice ya más calmada al ver cómo la miran sorprendidos.

Cloe se vuelve hacia Ana también y pone una mano tranquilizadora sobre su hombro, invitándola a sentarse.

—De acuerdo, chicos, no necesitáis un abogado porque no os están acusando de nada ni sois sospechosos de ningún crimen. Os repito que solo es una formalidad. Quieren tener más datos y nosotros somos con los que tuvo contacto cuando volvió a la ciudad. Evidentemente, la policía no va a citar a la dependienta del estanco que le vendió tabaco y con la que sólo intercambió dos palabras. Aunque seguramente también irían allí a investigar, pero claro, no es relevante,

»Cuando os pregunten, decid la verdad, sin dudas y de manera concisa y clara. Probablemente ya sabrán las respuestas, así que no mintáis.

—¿Y por qué íbamos a mentir? —pregunta Santi de nuevo. De todos, es el que más nervioso está y el que más dudas tiene—, yo no tengo nada que ocultar.

—Pues mucho mejor —le responde Cloe muy calmada —.Tranquilos y con la verdad por delante. La prioridad del CNDES es encontrar al desaparecido y, dependiendo de cómo aparezca, actuar en consecuencia.

—¿Lo ves? —dice Santi señalando con el dedo y entrecerrando los ojos—, la policía piensa que está muerto .

—Es una posibilidad y por eso se contemplan todas. Pero no es la única, así que no adelantemos acontecimientos.

—Quizás ha tenido un accidente y está en un hospital en coma y por eso no ha podido comunicarse —piensa en voz alta Ana.

—Claro, o puede que haya ha perdido la memoria y una enfermera sexy lo está ayudando a recordar —dice irónicamente Patri, quien hasta entonces había estado callada todo el tiempo—; esto no es una película de sábado por la tarde, Ana.

—No seas borde con tu hermana, cariño —regaña Cloe a su novia al ver el puchero de Ana—. Lo primero que hace la policía es investigar en hospitales y residencias, cielo —dice dirigiéndose cariñosamente a su cuñada—, está cubierto.

Una vez aclaradas las dudas que cada uno plantea, salen del restaurante dejando a Santi allí para preparar las cenas, que esa noche serán muchas. Lejos de darles una mala publicidad, la desaparición de Stéphane les ha hecho aumentar el número de reservas y, los que no consiguen habitación, se pasan por el restaurante a comer o cenar. La cantidad de voluntarios, periodistas o, simplemente cotillas, hace que Santi esté hasta arriba de trabajo en la cocina.

Álex coge de la mano a Ana y recorren los escasos cincuenta metros que separan el restaurante de su apartamento. A pesar de lo insignificante del acto, Álex encuentra alivio en esa situación tan incómoda.

Apenas están empezando una relación, la primera seria que tiene en su vida, y se encuentra con unos obstáculos que no pensaba que se vería obligado a sortear. Cualquier otro habría salido huyendo, incluso algunos de sus amigos se lo han insinuado; pero claro, ninguno de ellos conoce todavía a Ana. Ella merece afrontar todos los problemas que vengan, aunque sean verse inmerso en una investigación por una desaparición y todo el revuelo que conlleva.

—¿Cómo estás? —le pregunta una vez que han entrado a su piso.

—Pues no muy bien, la verdad. No es que me importe demasiado, pero tampoco quiero que le pase nada malo, ¿sabes?

—Claro, estuviste casada con él, es lógico.

—¿Tú crees que está muerto?

—No tengo ni idea. Lo que sí sé, por el poco tiempo que le conocí, es que no le caía bien a nadie de por aquí y por lo visto debía dinero a mucha gente.

CAPÍTULO 25

Patri

—¿Puede decirme su nombre completo?

—Patricia Costa González.

—Muy bien, señorita Costa. ¿Podría decirnos cuándo fue la última vez que vio al señor Moreau?

—A finales de enero, creo que fue el sábado 27.

—¿Lo cree o lo sabe exactamente? Necesitamos saber el día en concreto.

—Pues no lo recuerdo, ya le digo que creo que fue ese sábado, pero tampoco es algo que apuntara en la agenda. Además, cada vez que lo veía, intentaba borrarlo de mi mente.

—¿A qué se refiere?

—Pues que durante todo el mes de enero estuvo siempre rondando por el hotel, o por el restaurante; incluso por mi casa. No hacía nada, sólo molestar en realidad. Así que sí, intentaba no cruzármelo, pero era inevitable, siempre aparecía pidiendo dinero o simplemente incordiando.

—Vaya, no parece que le tuviera mucho afecto a su cuñado.

—Excuñado —dice corrigiendo al agente de policía.

—Correcto, excuñado. ¿Tuvo algún desencuentro con él?

—¿Qué quiere decir con desencuentro?

—Ya sabe, alguna discusión o pelea.

Patri mira a Cloe, a la que han dejado acompañarla en la declaración como favor a una compañera del cuerpo. Su novia asiente como dando permiso a Patri para que continúe.

—Fuimos cuñados, ¿quién no ha discutido alguna vez con alguno? —Al mirar de nuevo a Cloe, la ve sonreír. Ha dado una buena respuesta—. Además, se divorció de mi hermana dejándola con todas las deudas, así que no estaba muy contenta con él.

Patri observa cómo el agente no para de escribir en una libreta tomando apuntes de cada palabra que dice.

—Y ese último día que recuerda usted que vio al señor Moreau, ¿dónde fue?

—En el apartamento de mi hermana, que está en el hotel.

—¿Estaba su hermana también?

—Sí, estábamos los tres allí.

—Y díganos, ¿qué sucedió?

—Pues estaba intentando convencer a mi hermana de volver con ella.

—¿Quería retomar su relación?

—Sí, eso decía él.

—¿Y qué pasó después?

—Mi hermana estaba siendo bastante diplomática porque es demasiado buena, pero yo le dije las verdades a la cara.

Hay unos momentos de silencio en los que el agente sigue apuntando en su cuaderno y que a Patri le hacen sentir realmente incómoda. Luego, el policía levanta la cabeza de nuevo y la mira.

—Continúe por favor. ¿Qué verdades eran esas?

—Pues que lo único que quería era volver con ella porque estaba tieso y ahora, que el hotel estaba dejando beneficios, quería subirse al carro de nuevo. Es un aprovechado y siempre lo ha sido.

—Ya veo. ¿Y qué pasó después?

—Le eché.

—¿Del apartamento de su hermana?

—Sí señor, porque mi hermana es incapaz de echar a nadie. Como ya le he dicho antes, es demasiado buena.

—Sí, eso ya lo ha dicho. ¿Y él se fue sin oponer resistencia?

—Nooo, sin oponer resistencia no. Siguió protestando y Álex lo guió hasta la puerta de salida.

—¿Álex? ¿Había alguien más allí? Ha declarado que estaban sólo los tres. Usted, su hermana y el señor Moreau —dice el agente revisando sus notas.

—Yo no he dicho eso, usted me ha preguntado si estábamos los tres y le he dicho que sí, pero también estaba Álex.

El agente que está tomando declaración levanta una ceja claramente molesto y Patri encoge los hombros y sonríe.

—Dígame, señorita Costa, ¿es verdad que el 25 de diciembre del año pasado amenazó con matar al señor Moreau? —pregunta el otro agente que hasta ahora estaba callado. El tono de la pregunta

cambia y Patri recupera el semblante, poniéndose seria de nuevo. Entonces mira de reojo a Cloe que, al escuchar la pregunta, interviene.

—No contestes, Patri —le dice a su novia. Y, a continuación se dirige a los agentes—. ¿La estáis acusando de algo? Porque esa última pregunta es capciosa y si ahora es sospechosa, queremos un abogado.

—No la estamos acusando de nada, sólo queremos confirmar los distintos testimonios que hemos recopilado en este mes de investigaciones y, según varios testigos, el día 25 de diciembre, sobre las dieciséis horas, escucharon a la señorita Costa amenazar de muerte al señor Moreau en los siguientes términos: «Como vuelvas a molestar a mi hermana vas a arrepentirte. Ni se te ocurra volver a verla o te mato, hijo de puta».

—¿En serio? Si tuvieran que acusar a todos los que alguna vez han insultado a ese tío, tendrían que detener a la mitad del barrio —protesta indignada Patri.

—No digas nada más —la interrumpe Cloe—, no tienes por qué contestar a ninguna pregunta que intente incriminarte en un posible delito.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —replica Patri indignada.

—Nosotros lo único que queremos es constatar las declaraciones de los testigos. Sólo intentamos descubrir el paradero del señor Moreau.

—Me parece perfecto pero, si vais a seguir por ese camino, queremos un abogado, definitivamente.

Los agentes se miran, uno de los dos revisa sus notas y, sin mediar palabra entre ellos, se dirige de nuevo a las chicas.

—No será necesario. Ya hemos terminado y puede irse cuando quiera. Tiene que leer su declaración, por si quiere cambiar o modificar algo y, en cuanto la revise y la firme, puede marcharse.

CAPÍTULO 26

Santi

—Señor Santiago Alonso Montes, ¿es correcto?

—Sí señor.

—¿Es usted el cocinero del restaurante STANA del hotel del mismo nombre?

—Sí, así es.

—De acuerdo, está usted aquí en calidad de testigo para ayudarnos a resolver la desaparición del señor Moreau. ¿Podría decirnos qué relación tiene con el desaparecido?

—Es el exmarido de mi socia en el hotel.

—Entonces, se conocían. ¿Cómo describiría su relación con él?

—De ninguna manera, era inexistente. Me cae fatal, como a casi todo el mundo que lo conoce.

—Entonces no eran amigos precisamente.

—¿Amigos? Ese tío no tiene amigos —apostilla entre risas—; por lo menos que yo sepa.

—De acuerdo, señor Alonso, limítese a responder a las preguntas, por favor. ¿Puede decirnos cuándo y dónde fue la última vez que vio al señor Moreau?

—Pues exactamente el sábado 27 de enero, sobre las seis de la tarde, y fue en el mismo restaurante.

—Vaya, muy específico. ¿Cómo está tan seguro del día y la hora?

—Pues recuerdo muy bien la fecha y el momento. Acabábamos de terminar de servir las comidas del día y estaba con mi chica, Laura, que trabaja conmigo en el restaurante. Habíamos recogido todo y estábamos planeando irnos al día siguiente a una casa de campo que es propiedad de mis padres. Así que lo recuerdo muy bien porque era la primera vez que hacíamos planes para pasar un par de días juntos.

—¿Podría describirnos cómo vio al señor Moreau? ¿Habló con él?

—Lo escuchamos gritar, estaba muy alterado.

—¿A quién o qué le gritaba?

— Lo habían echado del hotel. Es un aprovechado que intentaba meterse de nuevo en el negocio ahora que nos está funcionando y nos está dando beneficios. Sólo quería sacar tajada.

—¿Quién lo echó del hotel?

—¡Ya lo saben! —exclama negando con la cabeza—. Lo echaron entre Patri y Álex; quiero decir, Patricia, la hermana de Ana, y Alejandro Romero, el otro socio del hotel.

—¿Y por qué lo echaron, diría usted?

—Vamos a ver. Estaba viviendo de gorra en el hotel porque Ana es un alma caritativa. El tipo vino con una mano delante y otra detrás, no tenía sitio dónde alojarse porque ningún conocido suyo

quería acogerlo así que Ana, a pesar de todo lo malo que le hizo, le ofreció una habitación. Solemos tener una estancia más pequeña libre que Ana ofrece a la gente sin hogar o a cualquier persona que no puede permitírselo. Siempre lo ha hecho, incluso cuando las cosas nos iban mal. Ana es así.

—Entonces su socia le dejaba alojarse gratis en el hotel —repite el agente sin parar de tomar apuntes— y a usted eso no le parecía bien, ¿no?

—Yo estoy acostumbrado, como ya le he dicho. Ana siempre ofrecía un techo a quien no tenía dinero. Lo que me molestaba era que, además de alojarlo, le tenía que dar de comer gratis. Tuve alguna discusión con mi socia por ese motivo.

—¿Comía gratis en el restaurante?

—Comía, desayunaba y cenaba. Durante casi un mes tuve que aguantar darle de comer. Ya le digo que estaba sin blanca. Completamente arruinado y, además, según pude saber, debiendo dinero a mucha gente. Aquí y en Barcelona, donde se fue cuando se marchó de esta ciudad.

—De acuerdo. Entonces salió gritando del hotel y entró en el restaurante, ¿es correcto?

—Así es. Quería que le pusiera una copa. Quería un whisky.

—¿Y se lo puso?

—Para nada. Ana podía pedirme que le dejara comer gratis, pero no iba a ponerle copas. Además, cuando me di cuenta de que lo echaban del hotel, vi la oportunidad y le prohibí que volviera por el restaurante.

—¿Y cómo reaccionó?

—Pues no le sentó muy bien —dice entre risas—. Empezó a gritarme a mí también. Entonces, se volvió a mi novia y la insultó; en ese mismo instante, lo eché.

—¿No sabe dónde fue?

—Ni lo sé ni me importa. Es un mal tipo. Pierden el tiempo buscándolo. El tiempo y el dinero de los contribuyentes.

—Bueno, eso no es decisión suya. Y díganos, ¿qué relación mantiene con su socia, Ana Costa?

Santi se revuelve en la silla, entrecierra los ojos y de pronto comienza a sentirse incómodo. No le gusta el tono en el que le formulan esa pregunta.

—Es mi socia, mi amiga desde hace quince años y la considero un miembro más de mi familia.

—¿Está usted enamorado de ella? ¿Mantienen o han mantenido una relación de tipo romántico?

—¿Perdone? ¿Qué pregunta es esa? ¿Qué tiene que ver eso con Stéphane?

—Eso lo decidiremos nosotros. ¿Puede contestar a la pregunta?

—Pues no, no puedo y no quiero. Eso es algo que pertenece a mi intimidad.

—¿No es verdad que está usted enamorado de su socia desde hace años? ¿Se sentía intimidado por la vuelta de su exmarido?

—¿Qué está usted diciendo? Para nada.

—Tenemos varios testimonios que aseguran que usted estaba enamorado de Ana Costa. Es lógico pensar que podría odiar a su exmarido. Y ahora encima había vuelto a su vida.

Santi se queda callado, escuchando atentamente e intentando medir cada palabra que va a decir a continuación. Mientras piensa, el agente sigue formulando preguntas.

—¿Es cierto que le dijo en una ocasión: «Eres un despojo humano y ojalá te pudras como tus cuadros?».

Santi sigue en silencio.

—¿Y no es verdad que el 19 de enero, tan sólo unos días después de precisamente ese incidente, tuvieron una fuerte discusión en la que llegaron a las manos?

—Creo que ya no voy a contestar a más preguntas sin la presencia de un abogado. Así que, si me van a acusar de algo, háganlo y me buscaré uno.

—No es necesario, señor Alonso. Ya hemos terminado.

CAPÍTULO 27

Álex

—Señor Romero, tiene usted su residencia habitual en Madrid, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puede decirnos con qué propósito visita esta ciudad tan a menudo?

—Claro. Tengo a mi madre en una residencia de ancianos. La residencia Destiny. Mi madre tiene Alzheimer.

—Comprendo. Pero en Madrid hay muchas residencias especializadas. ¿A qué se debe que eligiera esta en concreto?

—Porque es la mejor. Sé que en Madrid hay muchas muy buenas pero me decidí por esta porque tiene muchos jardines, zonas al aire libre y un magnífico programa de actividades destinadas a personas con Alzheimer. Además, mis negocios me traen a menudo por esta zona, así que no lo dudé.

—¿Entonces viene todos los fines de semana?

—Al principio venía cada dos semanas, pero ya saben que ahora estoy en el negocio del hotel con Ana Costa y esto me hace venir todas las semanas, sí.

—¿Cuando conoció a Stéphane Moreau?

—El día de Navidad.

—¿Puede contarnos un poco más? ¿Las circunstancias en las que lo conoció?

—Pues yo estaba en la comida de Navidad con Ana y su familia y él se presentó allí.

—¿Sabía usted que era el exmarido de su socia?

—Sí, ella me lo dijo la noche anterior.

—¿No es un poco extraño que pasara Nochebuena y Navidad con su socia? Son fechas para estar en familia. ¿No tiene usted familia?

—Como ya les he dicho antes, mi madre está en la residencia Destiny, y vine aquí a pasar esos dos días con ella. Ana supo que estaba solo para la cena de Nochebuena, así que me invitó amablemente a que la acompañara a ella y a su familia. Luego, como ya sabrán, comenzamos una relación. Ana Costa es mi novia.

Álex empieza a sentirse visiblemente molesto. Sabe que le iban a hacer este tipo de preguntas, pero aunque el tono del agente sea aséptico, se dirige hacia un terreno que no le gusta nada. En cambio, se da cuenta de que es la primera vez que se refiere a Ana como su novia. Hasta ahora, ninguno de los dos le ha puesto nombre a su relación, ni ha hablado de ello. Además, en esas fechas acababan de darse su primer beso.

—Lógico —dice escribiendo en su cuaderno— ¿y podría…?

—Disculpe —interrumpe Álex—, ¿podría cambiar eso último que he dicho?

—Luego redactaremos una declaración y, cuando la lea, puede decirnos si quiere cambiar algo antes de firmarla. ¿Acaso ha dicho alguna cosa que no sea cierta? —El agente lo mira receloso.

—Bueno, sí. Es que he dicho mi novia, ¿sabe? Y técnicamente, nosotros estamos empezando una relación ahora. Tan solo llevamos un mes saliendo. Y con todo el lío este de su ex desaparecido pues, ya sabe. No sé si ella me llamará su novio, su pareja o cómo define lo nuestro. »La verdad es que no hemos tenido esa conversación todavía, —Divaga casi hablándose a sí mismo mientras el policía lo mira impaciente—, y no quiero que además quede escrito en una declaración policial que la he llamado mi novia. Porque es un poco pretencioso, ¿no? ¿Usted qué opina? A ver —rectifica—, no es que le esté pidiendo su opinión sobre mi relación ni nada…

—De acuerdo, no pasa nada —le interrumpe el agente—, borraré la palabra novia de la declaración.

—Gracias.

—Continuemos. ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Moreau?

—El último sábado de enero. El 27 creo que era.

—Sí, ese sábado fue el día 27. Y dígame ¿dónde lo vio y cómo estaba?

—Yo estaba con Ana y su hermana Patri en su apartamento y entonces llegó él.

—¿Pasó algo entre ustedes?

Álex carraspea y coge aire.

—Pues estaba nervioso. Llevaba un mes entero viviendo y comiendo en el hotel pero le estábamos cerrando el grifo. Ana lo dejó quedarse un tiempo pero él se había acomodado y, entonces, empezó a insinuarse a Ana.

—¿Insinuarse?

—Sí, en plan romántico. Delante de mí y de su hermana. Quería convencerla para que le diera otra oportunidad y volviera con él.

—¿Y usted qué hizo?

—Bueno, yo me quedé atónito, claro. Pero no hice nada en ese momento. No quería parecer el tipo de hombre posesivo o que no deja que su pareja se relacione con otros hombres o… bueno, usted ya me entiende. Patri, en cambio, le dijo varias cosas y entonces él empezó a insistirle a Ana. A rogarle intentando dar pena. Pero Ana se mostró inflexible —dice con una sonrisa—, y le dijo que se tenía que marchar ya del hotel. Que había estado un mes y era suficiente tiempo para que encontrara algo, un trabajo o un sitio donde quedarse.

—¿Y se marchó?

—No, ¡qué va! Empezó a gritarnos y a insultarnos y entonces yo lo cogí de los brazos y le indiqué la salida. Ana recogió sus cosas y se las puso en la puerta. Él se fue gritando medio en francés. No entendí nada. Yo soy de inglés.

—¿Esa fue la última vez que lo vio?

—Así es.

El agente anota varias cosas en su cuaderno y parece estar revisándolo todo. Álex piensa que ya ha terminado de declarar y

empieza a acomodar su postura.

—Una última pregunta, señor Romero. Tenemos declaraciones de varios testigos diciendo que le oyeron discutir con el señor Moreau el día… — dice haciendo una pausa mientras consulta unas notas que tiene en unos folios aparte— 25 de enero, jueves. Ha declarado que venía solo los fines de semana. ¿Qué le trajo a la ciudad un jueves?

—Como ya le he dicho antes, había empezado una relación con Ana y además tengo negocios por la zona. Así que adelanté las fechas y me vine un jueves en vez de un sábado. No es tan extraño.

—Y, ¿de qué discutieron?

Álex intenta hacer memoria de esa discusión en concreto porque sabe que los agentes ya conocen ese episodio y no quiere incurrir en ningún error.

—Pues verá, no lo recuerdo muy bien porque prácticamente discutíamos todas las veces que nos veíamos y por diferentes motivos, así que no sé exactamente a qué discusión se refiere.

—¿Eso ocurría todas las veces?

—Sí, prácticamente. Siempre llegaba pidiendo dinero. Exigía que le dieran una parte de los beneficios que estaba dando el hotel. No podía permitir que quisiera aprovecharse de eso también.

—¿También?

—Sí, ya sabe, además de estar viviendo y comiendo en el hotel de forma gratuita. No podía impedir que Ana quisiera echarle una mano; al fin y al cabo, habían estado casados y Ana es muy buena

persona, pero cuando venía exigiendo dinero, ahí entraba yo y discutíamos, sí.

—¿Y es verdad que en una de esas discusiones también llegaron a las manos?

—No, eso no es cierto. O por lo menos no es exactamente lo que sucedió.

—¿No es verdad que usted lo empujó, lo hizo caer al suelo y la caída le provocó alguna herida?

—No, yo no lo empujé. Vino borracho y estaba molestando a Ana de manera insistente. No hacía más que acercarse a ella y Ana lo esquivaba, pero él insistía. Yo me interpuse entre los dos para evitar que se acercara más y él dio un paso atrás, tropezó y se cayó. Ya le digo que iba muy borracho, pero yo no le empujé, solamente me quedé en medio de los dos haciendo de muro de contención para que no la siguiera incomodando.

—Entiendo. Muy bien señor Romero, pues hemos terminado. Gracias por su colaboración.

—¿Puedo añadir una cosa?

—Claro, dígame.

—No es un buen tipo. Lo conocí poco pero solo daba problemas.

—No estamos investigando al señor Moreau como persona ni tampoco juzgando sus actos; solo intentamos averiguar su paradero.

—Claro, disculpen

Álex sale de la comisaría y fuera lo espera Ana. La ve preocupada. En esos últimos días, desde que se denunció la desaparición de Stéphane, la ha visto sin el brillo habitual en sus ojos y sin la alegría que siempre contagia a su alrededor.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta nada más estar a su altura abrazándolo con ternura.

—Bien, no ha sido para tanto —contesta dejando un suave beso en los labios—. Oye, tenemos que hablar y concretar algunas cosas.

Ana esperaba que esto llegara. Una cosa es embarcarte en un negocio casi hundido porque creas que lo puedes reflotar como al final se ha visto; otra, que te líes con la socia del negocio con el riesgo de que afecte a la relación mercantil si la sentimental acaba mal. Pero una muy distinta es que, nada más empezar una relación con una chica, se presente su exmarido y se quede prácticamente de okupa en su casa, que luego desaparezca misteriosamente y que la policía te investigue porque has tenido varios desencuentros y enfrentamientos con el desaparecido. Y todo eso en tan sólo un mes.

Ana tiene claro que de lo que quiere hablar Álex es de cortar la relación antes incluso de que haya tomado forma.

—Claro, te entiendo.

—¿Me entiendes? Si todavía no te he dicho de qué quiero hablar.

—Quieres que nos centremos solo en el hotel y cortar lo nuestro.

—¡No! —se apresura a decir—. Espera, ¿es que tú quieres romper lo nuestro?

—No, pero ¿no es eso lo que querías concretar?

—¡Para nada! —exclama indignado.

—Pero has dicho: «Tenemos que hablar» —dice Ana haciendo el gesto de las comillas en el aire.

—Sí, porque tenemos que hablar, pero no para romper. Si acabamos de empezar. Lo que quiero es que pongamos nombre a lo nuestro. Antes, en la declaración al policía le he dicho que eras mi novia, pero no sé si tú estás de acuerdo con ese término o si estamos los dos en la misma página. —Álex habla atropelladamente, divagando y casi sin mirar a Ana—. Primero aparece tu ex, luego desaparece y, ahora, todo es un caos y no hemos tenido tiempo para… —Hace una pequeña pausa haciendo un gesto que los señala a ambos—, ya sabes, para definir lo nuestro.

Ana sonríe y lo mira con ternura.

—Ven, anda —le dice cogiéndolo de ambas manos y atrayéndolo a su cuerpo—. ¿Qué quieres que seamos?

—Lo quiero todo.

—Entonces lo seremos todo. Novios, amigos, amantes y socios.

CAPÍTULO 28

Ana

—¿Cuánto hacía que no veía usted a su exmarido?

—Aproximadamente un año. Desde que se fue de casa.

—¿Tuvo usted algún tipo de contacto durante ese año?

—No, tan sólo cuando me mandó los papeles del divorcio; pero aun así, fue todo por correo y a través de un abogado, así que tampoco tuve lo que se puede decir contacto con él.

—Pero ustedes eran dueños del edificio en el que montaron el hotel, ¿no es correcto?

—No señor, el edificio fue una herencia familiar. Es sólo mío. Luego montamos el hotel y el restaurante, pero en el divorcio él renunció a su parte del negocio.

—Eso fue muy generoso por su parte, ¿no? Un negocio que funciona tan bien.

—Ahora funciona bien pero hace un año lo único que teníamos eran deudas —dice Ana entre risas—, por eso me lo dejó todo. Si no hubiera sido por mi socio Santi y Álex… quiero decir, Alejandro Romero, tendríamos que haber cerrado y vendido el edificio para saldar todas nuestras deudas. Así que no señor, no fue nada generoso por su parte, sino todo lo contrario.

—Entiendo. Pero según la denunciante de la desaparición de su exmarido, la señorita Sabater, declaró que el señor Moreau se había trasladado a esta ciudad para arreglar unos asuntos que tenían que ver con su negocio. Ella afirma que el hotel era del señor Moreau y lo compartía con usted.

—Pues, como ustedes pueden comprobar, eso es completamente falso. Esa chica es su pareja, ¿verdad? La tendría engañada, como a casi todo el mundo.

—Sí, hemos podido tener acceso a los papeles de la propiedad y de la sociedad y recientemente habían incorporado un nuevo socio, el señor Romero, ¿es correcto?

—Sí señor.

—Con el que además ha comenzado una relación sentimental.

—También es correcto. —Ana no puede evitar sonreír recordando la conversación que ha tenido al salir Álex de su declaración—. Somos pareja.

—Y díganos, ¿cuándo volvió a tener contacto con el señor Moreau?

—Me llamó en Nochebuena. Bueno, técnicamente era ya Navidad porque serían cerca de las dos de la madrugada, y me dijo que quería verme y hablar conmigo. Y, al día siguiente, se presentó en casa de mi hermana, donde estábamos celebrando la comida de Navidad.

—Sí, eso tenemos entendido. ¿Podría decirnos con qué intenciones volvió el señor Moreau a su vida?

—Pues al principio pensé que era porque no tenía ningún lugar dónde ir. Estaba sin dinero y pensé que tampoco tenía dónde quedarse, aunque después me enteré de que estaba viviendo en Barcelona con una chica y esperaba un hijo.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—Ha dicho que al principio pensó una cosa. ¿Qué pensó después?

—Ah, vale. Sí, luego no es que lo pensara, es que empezó a pedirme dinero y exigir parte de los beneficios del hotel. Y cuando vio que no tenía dónde rascar nada, intentó hacer que volviéramos a estar juntos.

—¿Como pareja?

—Eso decía, pero vamos, que yo no me creía nada. Y, además, ya no estaba enamorada de él y ni siquiera conservaba el más mínimo sentimiento romántico hacía su persona.

—Entonces lo rechazó.

—Varias veces, sí.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio, señorita Costa?

—El sábado 27 de enero. Ese día fue muy tenso. El vino y llamó a mi puerta. Empezó otra vez a exigirme dinero de lo que él decía que le correspondía del hotel. Estábamos mi hermana, Alejandro y yo en mi apartamento. También volvió a insistirme para que volviéramos a estar juntos y lo rechacé de nuevo. Fue entonces cuando se puso un poco violento.

—¿Violento? Según otros testimonios fueron el señor Romero y su hermana los que echaron al señor Moreau de su apartamento a la fuerza.

—Bueno, ellos lo echaron pero porque se puso a agarrarme del brazo y a decir locuras.

—¿Locuras? ¿Cómo qué?

—Pues que yo aún lo amaba, que estábamos hechos el uno para el otro, que teníamos que estar juntos. Cosas así; y, claro, mi hermana se enfrentó a él y Álex, mi novio, lo llevó fuera. Entonces yo recogí sus cosas de la habitación y se las puse en la puerta.

—¿Es verdad que no era la primera vez que su novio llegaba a las manos con su ex?

—¡No! —exclama Ana totalmente indignada—. Álex es muy pacífico, el que se puso violento fue Stéphane. Empezó a insultarnos y gritarnos. Yo tuve mucha paciencia, pero hasta un límite, y al final se fue.

—¿Ya no volvió a verlo más?

—No, pero al día siguiente me llamó por teléfono. Estaba llorando y lo intentó una última vez, pero le dije que volviera a su casa, que iba a ser padre y que no debía estar aquí. Y eso es lo último que supe de él. Hasta la semana pasada, cuando nos dijeron que habían denunciado su desaparición y se armó todo este revuelo.

—¿Qué sabe usted de las deudas de su exmarido?

—No sé las que tenía actualmente pero sí que conozco todas las que dejó aquí cuando se fue. No solamente conmigo en el hotel. A mí me dejó prácticamente arruinada, como le he dicho antes, pero

es que, además, cuando él ya se había ido, me enteré de que le debía dinero a mucha gente. Algunos incluso vinieron a pedirme que me hiciera cargo yo.

—¿Y lo hizo? ¿Saldó las deudas de su exmarido?

—¿Cómo iba a hacerlo? Yo apenas tenía dinero para sacar adelante el hotel. Al principio mis únicos empleados tardaron en cobrar y, aun así, se quedaron ayudándome. La gente a la que debía dinero Stéphane nunca me exigió nada. Creo que se compadecían de mí porque veían que me dejó incluso peor que a ellos.

—Entonces ¿diría usted que su exmarido tenía enemigos aquí?

—Hombre, tampoco los llamaría enemigos. Esta es una ciudad pequeña y tranquila. No se cometen apenas crímenes y los vecinos son buenas personas. Si está insinuando que alguno de mis vecinos a los que debía dinero le hizo algo malo, yo no lo creo.

—Nosotros no insinuamos nada, sólo queremos recabar cualquier información que nos lleve a conocer el paradero del señor Moreau.

—Claro, claro. —Ana agacha la cabeza y se coge nerviosamente las manos sintiéndose una niña pequeña a la que acaban de regañar —. Lo siento.

—No se disculpe. Una última pregunta. ¿Sabe usted si mantenía contacto habitual con algún familiar?

—Pues mientras estuvo conmigo no. Por lo menos que yo supiera por entonces. Siempre ha sido muy independiente. Era huérfano como yo y, a pesar de estar casados, nunca conocí personalmente a ninguno de sus parientes.

El agente la mira detenidamente.

—Eso es extraño. ¿No le pareció a usted raro?

—Yo tampoco tengo mucha familia. Sé que hay unos parientes lejanos en Suecia por parte de mi madre, pero nunca los conocí. En cuanto a la familia de mi padre biológico, él era hijo único y tan sólo tenía una tía que fue de quien heredé la casa donde está construido el hotel. Así que no, no me pareció tan raro.

—De acuerdo, eso es todo, señorita Costa. Gracias.

—¿Me dirán algo cuando lo encuentren? —pregunta Ana al levantarse—. Sé que ya no somos oficialmente nada el uno para el otro, pero estuvimos casados. Por lo menos me gustaría saber que está bien.

—Por supuesto. Le informaremos en cuanto sepamos algo claro.

CAPÍTULO 29

Stéphane

Cuando Stéphane se marchó a Barcelona pensó que era la manera de darle un soplo de aire fresco a su arte. Siempre creyó en sus posibilidades y culpaba a todo y a todos el que no hubiera triunfado todavía. Nunca hacía autocrítica, ni se responsabilizaba de sus actos ni de sus propios fracasos. Para él, cualquier proyecto que no salía como había planeado era debido a las injusticias de una sociedad que no entendía ni al arte ni apoyaba a los artistas.

Decía que el dinero era un convencionalismo social impuesto por un sistema que dictaba normas y obligaciones antinaturales. Era un bohemio y trabajar para conseguir dinero significaba para él rebajarse a seguir al rebaño del que, según decía, los políticos quieren que formemos parte. Stéphane sólo deseaba trabajar para su arte.

En Barcelona conoció a Mabel, una joven estudiante hija de un empresario que estaba podrido de dinero. La chica vivía en un estudio cerca de la escuela de arte más prestigiosa de toda Cataluña y Stéphane vio un filón. La chica se enamoró de él y, de esa manera, encontró un lugar donde vivir y una fuente de ingresos inagotable para dedicarse solamente a pintar.

Inagotable hasta que los padres de la chica se enteraron de que su hija se había quedado embarazada de un hombre de treinta y cinco años, sin trabajo, ni casa ni ningún tipo de ingresos.

Stéphane tuvo que ponerse a buscar un «empleo de borrego», como llamaba él a cualquier actividad que estuviera destinada a conseguir dinero para poder seguir trabajando en lo que él quería. Hizo una primera búsqueda en internet de alguna escuela de arte que buscara un profesor; más tarde puso sus cuadros en venta en un foro de arte; se ofreció a pintar por encargo y contestó a algún anuncio incluso para trabajar como monitor de actividades extraescolares.

Finalmente, encontró una empresa que hacía cuadros para decorar hoteles. Entonces, en una noticia relacionada, la vio.

Ana, su exmujer, sonreía en una foto junto a Santi y a un hombre al que no había visto nunca. En la noticia se hablaba del pequeño hotel que triunfaba por su decoración y su encanto. Otra búsqueda más exhaustiva lo convenció de que tenía que volver a su antigua casa a por el dinero que necesitaba.

—¿Pero ese hotel es tuyo? —le preguntó Mabel.

—Exacto. Lo montamos mi exmujer y yo. Así que voy a ir a por mi parte de los beneficios.

Nochebuena 02:07 De madrugada.

—¿Stéphane?

—Hola, Ann. ¡Feliz Navidad! —la felicita con efusividad— ¿Cómo estás? ¿Te pillo mal?

Hasta hace escasamente tres segundos, Ana tenía la lengua metida en la boca de Álex. Las manos acariciaban el pelo de su nuca y tenía los ojos cerrados saboreando y disfrutando hasta el más mínimo instante todos y cada uno de sus besos. Estaba tumbada en la cama, semidesnuda, con un hombre al que deseaba. Hacía más de un año que no tenía sexo y por fin se había librado del agobio económico que padecía desde aproximadamente el mismo tiempo. Lo de pillar mal era el eufemismo más grande de la historia.

—Es la una de la madrugada —dice mirando la muñeca donde hace escasos minutos tenía su reloj y que ahora es sólo una marca del sol—, claro que me pillas mal.

Álex le acerca el reloj con una sonrisa, señalando la esfera que, en realidad, marca más de las dos. El tiempo pasa demasiado rápido cuando lo estás pasando bien.

—Pero es Nochebuena, supuse que estarías despierta. ¿Podemos hablar?

—Pues ahora mismo no, lo siento. Si quieres hablamos mañana —le contesta colgando la llamada sin darle tiempo a replicar.

Apaga el teléfono y lo mete junto al reloj en su bolso. Baja la cremallera de su vestido, que se desliza completamente por sus piernas quedándose en ropa interior delante de Álex. Él observa la escena en silencio, con la camisa todavía abierta, el pelo revuelto y

la cara manchada del suave carmín rosa que hace unos minutos pintaba los labios de Ana, viendo como se acerca a él con la misma intensidad y deseo que hace solo unos minutos. Podría decirse que continúan por donde se habían quedado antes de la interrupción de la llamada, pero no es así. Ya no exploran los deseos del otro poco a poco, ya no van lentamente desvistiéndose y tocando puntos estratégicos. Ya no van a permitir más interrupciones. Y mientras, al otro lado de la llamada, Stéphane se queda escuchando cómo Ana está apagada o fuera de cobertura.

Día de Navidad. 16:32

Mientras todos están dando buena cuenta de los turrones y el postre que ha hecho la madre de Cloe, Ana no puede evitar que su mente regrese a lo que ha sucedido al despertar por la mañana. En las cosquillas que sintió cuando Álex besaba su hombro desnudo. Hacía tanto tiempo que no dormía con alguien que había olvidado lo fría que se volvía la cama cuando se quedaba sola.

—Siento despertarte, pero tengo que irme —le había dicho él mientras respiraba en su cuello.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Alex se queda mirándola y, por un momento, ambos se evaden del mundo y de lo que pasa a su alrededor. La intensidad de sus caras refleja el preciso momento que están recordando, pasando de la sonrisa más tonta a la mirada más lasciva. La noche dio para mucho y la mañana también.

A Ana no le costó convencerlo de que la acompañara nuevamente a casa de su hermana para la comida de Navidad, aunque las circunstancias habían cambiado enormemente.

Cuando llama al timbre, al volver del almuerzo con su madre en la residencia, Ana se apresura a abrirle y, antes de entrar en el apartamento, en el mismo rellano llena su boca de besos mientras se susurran cuánto se han echado de menos.

Como siempre en Navidad, hay mucho vino, mucha cerveza y, aunque parece que nadie se percata del silencioso diálogo que los dos mantienen, su hermana los mira recelosa. Justo cuando iba a preguntarles, llaman a la puerta y es ella, Patri, quien va a abrir.

—¡¿Qué coño haces aquí?! —escuchan todos desde la mesa.

La primera en levantarse es Cloe y, detrás, despertándose de su ensoñación, acuden Ana y Álex.

—¿Stéphane? —exclama sorprendida Ana detrás de su hermana — ¿Pero qué haces aquí?

—¡Ann! ¡Feliz Navidad! —dice dirigiéndose a todos—. ¿Cómo estáis? ¿Puedo pasar?

—Por supuesto que no —interviene enseguida Cloe poniéndose delante y parando el avance del pintor, quien hacía ademán de entrar.

—Ann, te he llamado varias veces esta mañana pero tenías el móvil apagado. ¿Recuerdas que me dijiste que hablaríamos hoy? Estaba preocupado.

Después de algunas protestas y miradas de advertencia, Ana consigue convencer al resto para que vuelvan a la mesa y ella se queda hablando con Stéphane en el rellano.

El tono alegre y distendido de la comida se arruina por completo. Todos están callados intentando escuchar algo de la

conversación que Ana está manteniendo con su exmarido, hasta que, harta de esperar, Patri se dirige de nuevo a la puerta.

—Ana, te estamos esperando para abrir los regalos —le miente a su hermana—. ¿Por qué no echas al imbécil este de una vez y vuelves a la mesa?

—Sí, voy —le contesta—; ya hablaremos Stéph.

Antes de que pueda darle algún tipo de contestación, Patri le cierra la puerta en las narices ante el asombro de su hermana, que aun así, no puede evitar reírse.

Cuando están volviendo a la mesa, Patri se lo piensa mejor y sale corriendo para decirle unas últimas palabras a su excuñado. Baja las escaleras de tres en tres y lo alcanza en la esquina misma de su portal.

—Eh, inútil —le increpa—. ¿Se puede saber a qué has venido?

—Eso a ti no te importa, Patricia. Son asuntos entre mi mujer y yo.

—Ya no es tu mujer, ¿recuerdas? Tú le mandaste los papeles del divorcio por correo.

—Lo que tú digas. Pero no te metas.

—¿Que no me meta? —le chilla indignada—. El que no sabe dónde y con quién se está metiendo, eres tú y, como vuelvas a molestar a mi hermana, vas a arrepentirte. Ni se te ocurra volver a verla o te mato, hijo de puta.

19 de Enero. 11:04

Cada vez que Santi ve a Stéphane entrar en el restaurante se le revuelve el estómago y, para su desgracia, eso sucede tres veces al día. Exactamente las tres comidas de la jornada. Ha tenido varias discusiones con Ana sobre ese asunto e, incluso ha hecho alianza con Alex , con el que empieza a llevarse muy bien, en su lucha para convencerla de que deje de darle alojamiento y comida gratis a ese parásito. Ese día son ya pasadas las once de la mañana y piensa que se va a librar pero no, Stéphane aparece con cara de sueño, bostezando y bastante desaliñado.

—Ponme un café y dos tostadas —le dice sin mirarlo, sentándose en una de las mesas.

—¿Perdona? —Una de las cosas que más odia Santi son los clientes maleducados que vienen exigiendo y sin saludar—. No estoy aquí para servirte. Además, la hora del desayuno terminaba a las diez y son ya pasadas las once. Tendrás que ir a otro sitio.

—No me jodas, Santiago. Ponme el café de una vez.

—Te he dicho que no.

—Eh, morenita —se dirige a Laura con desprecio—, ponme tú el café que tu jefe está borde.

Otra de las cosas que más odia Santi es la gente que se dirige despectivamente a otras personas. Si, además es a una mujer, le saca de quicio. Pero es que si, como ocurre en este caso, esa mujer es su chica, entonces ya se vuelve loco.

—¿Cómo la has llamado? —le pregunta dirigiéndose a él furioso.

—Es morena, ¿no? —Ante la cara que le pone Santi, Stéphane recula. Tiene mucho orgullo y es muy arrogante, pero también es

consciente de que físicamente, al lado de Santi, o de cualquier otro, no tiene nada que hacer—. Usted perdone, señorita —dice ahora con sorna—, ponme un café.

—Te he dicho que no vamos a servirte nada.

—Pero es que tú aquí no eres el jefe y Ana te dijo que me sirvieras las comidas, ¿verdad? —le insiste levantándose y plantándole cara—; pues, venga, hazlo.

—Ana no es mi jefa, sino mi socia en el negocio. Y te he estado sirviendo de gratis por deferencia hacia ella, pero ya me tienes harto. Lárgate antes de que pierda contigo la poca paciencia que me queda.

—¿Deferencia? Qué fino te has vuelto, Santi. ¿Por qué no dices la verdad? ¿Aún sigues intentando ganar puntos con ella? —le pregunta desafiante.

El restaurante está vacío, exceptuando Laura, que está recogiendo todo para ir preparando las mesas para las comidas. Si hubiera habido algún cliente más, el cocinero se habría contenido, pero en esta ocasión no piensa controlarse más. Ya ha tenido más que suficiente.

—Márchate, Stéphane. Créeme —le advierte—, será lo mejor para ti.

—Dime, ¿cómo te sienta que incluso después de desaparecer de escena, no hayas sido capaz de conseguir a la chica? —le pregunta ignorando su advertencia y mirando de reojo a Laura para provocar más todavía a Santi—. La verdad es que siempre me ponía muy cachondo cuando la tenía en mi cama sabiendo lo que tú sientes por ella.

Santi no es un hombre violento y nunca lo ha sido, pero ante esas últimas palabras no puede controlarse. Ya no sólo es que le está faltando el respeto a Ana y a él mismo. Además tiene que presenciar cómo lo está provocando sabiendo que Laura es su novia. La poca paciencia que le quedaba con él, finalmente se agota.

Lo coge de la pechera de la sudadera y lo arrastra hasta la puerta a trompicones. De fondo escucha a Laura intentando calmarlo, diciéndole que lo deje y que no merece la pena, pero Santi está furioso. La sangre le corre tan deprisa y el pulso le golpea tan fuerte que, por un momento, piensa que le va a explotar la vena del cuello. Una vez que consigue sacarlo sin dificultades del restaurante, lo empuja desplazándolo y alejándolo de la puerta de entrada. Stéphane está a punto de caer de espaldas, pero recupera el equilibrio.

—Vaya, las verdades duelen, ¿eh, Santiago?

Santi sabe que el dolor en los nudillos le durará varios días, pero después de asestarle el puñetazo a Stéphane y dejarlo en el suelo acariciando su ojo con esa cara de sorpresa, la semana de dolor habrá merecido la pena.

25 de Enero.

Alex cada vez hace más largos sus fines de semana. Estar tanto tiempo separado físicamente de Ana le resulta insoportable. Está contento y a la vez asustado porque nunca había tenido dependencia de una chica de esa manera. Así que intenta acumular todo el trabajo los primeros días de la semana para poder pasar más tiempo con ella. Mientras Ana está ocupada, Alex aprovecha para

visitar a su madre y teletrabajar y, cuando ambos están libres, se comportan como dos adolescentes enamorados, a pesar incluso de la presencia de Stéphane, que siempre está rondando por allí.

Ese jueves están comiendo juntos cuando Ana se atreve a preguntarle algo en lo que lleva pensando toda la semana.

—¿Te gustaría que te acompañara a ver a tu madre a la residencia? —Está nerviosa y más aún cuando Alex deja de masticar y se le queda mirando sorprendido—. Te lo pregunto porque hoy no tengo mucho que hacer, pero es sólo si te apetece; si no, lo entenderé perfectamente. Sé que llevamos poco…

—Me encantaría —le interrumpe—. ¿A ti te gustaría de verdad?

—Claro. Si no, no te lo habría preguntado —le contesta ella sonriendo y echándose una patata a la boca.

Cuando regresan de la residencia, Álex está un poco triste. No ha sido uno de los mejores días de su madre, y precisamente, el día que Ana la conoce. Así que vuelven a media tarde, después de una visita muy corta por consejo del personal de la residencia.

Lo que le faltaba era encontrarse en la puerta del hotel a Stéphane, que parece que les había estado esperando.

—Holaaaa, Ann, ¿podemos hablar un momento?

Ni a Ana ni a Alex se les escapa el detalle de que a Stéphane se le traba la lengua y que incluso se tambalea. Claramente está bebido y Ana resopla al verlo así.

—Será mejor que te vayas a dormir la mona. Hueles como una destilería.

—Vamos, preciosa, dame una oportunidad, ¿no? Aunque sea por los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos fueron un desastre contigo, así que no me los nombres. En cuanto a las oportunidades, no sé a qué te refieres.

Alex está observando la escena a una distancia prudencial. No va a intervenir a no ser que sea absolutamente imprescindible, pero está al acecho por si Ana necesitara algún tipo de ayuda.

—Tienes razón y ahora veo que fui un completo idiota yéndome de aquí y dejándote. No hay día que pase que no me arrepienta.

—No digas tonterías, anda. Ya sé que vives con una chica en Barcelona y que vas a ser padre. Deberías marcharte. No sé qué haces todavía aquí.

—No, no, nooo —se apresura a negarlo—, quiero volver contigo.

Alex sonríe de incredulidad. En su vida ha conocido personas con mucha cara, pero lo de ese tío le parece increíble. Entonces, cuando ve cómo Stéphane agarra por las muñecas a Ana, se pone en alerta. La chica se suelta de las manos de su exmarido y se separa rápidamente, pero él insiste y vuelve a sostenerla con más fuerza, esta vez de los hombros.

—Sabes que todavía me quieres —le dice de nuevo.

Cuando Ana vuelve a soltarse y echarse hacia atrás, Álex ve la oportunidad y se coloca entre ellos.

—Creo que ya es hora de que te vayas —le dice educadamente.

Los dos hombres se quedan mirándose cara a cara, a escasos centímetros el uno de otro, pero con diferentes posturas. Mientras

Álex está completamente erguido y en actitud desafiante, Stéphane apenas puede mantenerse derecho y aguantar los ojos abiertos.

—¿En serio te acuestas con este pijo? Pero si ni siquiera sabe pintar —intenta agarrar de nuevo a Ana esquivando al muro que tiene delante, pero cuando Álex se mueve para impedírselo, se tropieza con su propio pie, pierde el equilibrio y se cae hacia atrás golpeándose en la cabeza.

La caída es más aparatosa de lo normal por el estado de embriaguez del pintor. Sangra un poco del codo, al apoyarse en la caída y, aunque Álex le habría echado de allí en el acto, Ana se compadece nuevamente de él y lo deja quedarse.

27 de Enero.

Stéphane se mira en el espejo. El hinchazón de la cara se ha reducido considerablemente; no así el hematoma que empieza a teñirse de diferentes tonos de morado, rojo y amarillo alrededor del ojo y va bajando por su mejilla hasta la línea de su mandíbula. A eso se le une que le duelen todos los músculos y huesos de la espalda y los brazos. Apenas puede mover el codo y la muñeca derecha. Fue con el lado que cayó cuando se enfrentó el día anterior a Alex. Piensa en denunciarlos, quizás así saque el dinero que no ha conseguido de Ana.

Lleva más de un mes intentando sin éxito que su ex le haga partícipe de los beneficios del hotel. El modelo de negocio que tiene ahora es justo el que había soñado. Dedicarse a pintar, abrir una galería propia, que el hotel y el restaurante lo gestionaran otros y

sólo sirvieran para financiar su proyecto y su obra. Primero apeló al hecho de que montar el hotel había sido idea suya y que, gracias a él, todo esto había sido posible. Cuando vio que no había nada que hacer por ese camino, quiso volver con Ana. Si no tenía el dinero, al menos podría quedarse con ella. Al fin y al cabo, a él le daba igual con quien estar mientras pudiera dedicarse a lo que realmente le interesaba.

Pero entre el nuevo socio de Ana, el pijo de Madrid, y Santi, le están amargando el plan. Cuando ve marcharse del hotel a Álex y comprueba que Santi está ocupado en el restaurante, espera unos minutos y se arregla el pelo en el espejo del baño. Se echa perfume y se dirige al apartamento de Ana.

—Ann, ¿puedo pasar?

—Otra vez —le dice Ana desde la puerta con resignación—. No pienso darte ni un céntimo y no voy a volver contigo. Estoy ahora con Álex, el negocio va genial y soy feliz. Asúmelo de una vez.

—Vamos, nena, ¿en serio?

—Sí, Stéphane. Completamente en serio.

Tocan a la puerta y Ana se apresura a abrir, no quiere pasar un segundo más a solas con su exmarido. Tiene infinita paciencia, pero el pintor ha terminado agotándola.

—¿Otra vez estás aquí? —pregunta enfadada Patri mirando a su excuñado y entrando en el apartamento de su hermana.

—Ann, por favor, mírame —dice Stéphane ignorando por completo el comentario de Patri—. Vuelve conmigo. Podemos ser felices de nuevo, acuérdate cuando estábamos juntos. Fue nuestra

mejor época. Pintábamos a toda hora y era genial. Podemos volver a tener eso, ¿es que no quieres?

—Pero qué morro tienes, tío —exclama Patri—. Lo único que buscas tú es el dinero que está dando el hotel ahora. Eres un sinvergüenza y, o te vas tú o te vamos a echar nosotros.

—No te metas más, Patricia. ¡Esto es entre tu hermana y yo!

—Parad ya. Stéphane, márchate, por favor.

Álex vuelve al hotel porque ha olvidado un regalo que había comprado para su madre. Escucha los gritos y se dirige corriendo al apartamento de Ana.

—El que faltaba —suspira Stéphane—. ¿Es que no podéis dejarla sola ni un momento? No es una niña pequeña.

—Vete ya. Se ha acabado, no puedes quedarte más aquí —repite Ana.

Los gritos y los insultos son los únicos argumentos que le quedan y no puede hacer nada cuando Álex le agarra de los hombros y lo echa fuera del hotel. Se queda mirando la puerta, lleno de rabia y frustración, y piensa en que desearía ser mucho más alto y fuerte para, al menos, poder poner algo de resistencia física. A los pocos minutos se abre la puerta y Ana le deja su maleta a los pies.

—Adiós, Stéphane.

28 de Enero. 11:37

Stéphane sabe que ha agotado ya todos sus recursos. Lleva casi un mes y no ha conseguido nada de lo que se había propuesto a su vuelta a la ciudad y tampoco nada de lo que le había prometido a Mabel. Prácticamente todos los días lo llama la chica preguntándole si ha conseguido el dinero, o una parte de los beneficios, o simplemente cuándo piensa volver con ella. No le quedan más excusas y, además, ahora tampoco tiene dónde alojarse después de que le pusieran las maletas en la puerta. Piensa que aún le queda una última oportunidad si consigue hablar con Ana. Porque, a pesar de haberlo intentado, nunca ha conseguido quedarse a solas con ella. Siempre estaba presente o Santiago, o su hermana o alguno de sus empleados, y si no la policía o el novio pijo que se había echado. Está sentado en su coche, en el que ha dormido esa noche porque no ha conseguido otro sitio, y marca el número de Ana.

—¿Qué quieres, Stéphane? —escucha el tono monótono y cansado de su exmujer—. Ya dijimos ayer todo lo que había que decir, voy a colgar.

—Por favor, no me cuelgues —le ruega él sollozando—; escúchame sólo un momento.

Hay un silencio en la línea y Ana es demasiado buena para no escucharlo cuando se lo está pidiendo llorando.

—Tienes cinco minutos, ni uno más —sentencia ella.

—Te amo, Ann, y sé que tú todavía me amas. Quiero que volvamos a pintar juntos, como hacíamos antes. Sé que es lo que tú deseas. Podríamos trabajar en lo que nos gusta y ahora, que el hotel da beneficios, no tendríamos que preocuparnos del dinero, que fue lo que nos separó.

Stéphane escucha la escandalosa risa de Ana a través del auricular y, extrañado, separa el teléfono de su oreja.

—Es verdad que no te cansas —le responde cuando ya ha dejado de reír—. Mira, Stéph, vuelve con tu chica. Vas a ser padre ahora, intenta hacer las cosas bien por una vez en tu vida. No las hiciste bien conmigo pero a mí ya me da igual. Soy muy feliz ahora y te deseo que tú puedas conseguirlo también. Adiós.

Sin darle ocasión a contestar, Ana ya ha colgado. Stéphane se queda mirando la pantalla de su móvil enfadado y entonces esta se ilumina mostrando el nombre de Mabel. El pintor arroja el teléfono al asiento trasero del coche sin atender la llamada.

Después de la breve conversación, Ana hace limpieza de todo aquel rastro de su exmarido que queda en el hotel y en su propio apartamento y, a continuación, llama a su hermana. Quiere decirle que por fin se ha librado de Stéphane y que nunca más volverá a ser tan ingenua ni le hará ningún tipo de favor. Ella más que nadie lo celebrará pero la llamada va directamente al buzón de voz. Supone que estará con Cloe, pasando la mañana del domingo, así que marca el número de su cuñada con idéntico resultado. Ana sonríe, no quiere imaginarse lo que ambas están haciendo.

Santi es su siguiente opción. Recuerda que iba a pasar el día junto a Laura en una casa de campo de su familia.

—¡Perfecto! —piensa—. Así se lo digo a los dos a la vez. Pero los teléfonos de ambos están apagados o fuera de cobertura y Ana intuye que deben encontrarse en un lugar dónde no hay señal.

Manda un mensaje a Álex que está en la residencia visitando a su madre. No lo quiere molestar; últimamente el estado de salud de

la mujer ha empeorado y Álex está preocupado. Cuando revisa el chat en su teléfono dos horas después y comprueba que no le ha llegado el mensaje, entonces empieza a extrañarse.

Ni su hermana ni Álex ni ninguno de sus amigos le contesta hasta bien entrada la tarde y, cuando al fin lo hacen, Ana les cuenta a todos cómo ha expulsado definitivamente a Stéphane de su vida y lo orgullosa que está de sí misma.

CAPÍTULO 30

Septiembre. Pastel.

Seis meses después

Ana está tumbada mirando cómo se ilumina la Torre Eiffel. Empieza a refrescar en París, es bastante tarde y está emocionada pero demasiado cansada. Ha estado pateando la ciudad durante horas y sus pies han dicho basta. Desconecta su mente un momento y comienza a hacer balance de lo que ha sido su año y lo que le ha conducido hasta allí.

Hace tan solo doce meses estaba arruinada, planteándose cerrar y vender el hotel para poder saldar sus deudas. Pero luego apareció Álex y lo cambió todo, arreglando de un plumazo su situación financiera y, de paso, su castigado corazón.

Cuando las cosas comenzaron a irle bien, llegó Stéphane para estropearlo y después desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro. Entonces, el mes de Febrero fue un constante ir y venir de policías y sus investigaciones, de periodistas con sus cámaras y… curiosos. Lejos de afectar negativamente al negocio, éste mejoró y triplicó los ingresos. Sus cuadros se vendían como churros y el restaurante empezó a sonar como firme candidato a obtener una estrella Michelin. La vida por fin le sonreía y le devolvía todo lo bueno que se merecía.

Ana había pasado página por fin y estaba feliz, más aún de lo que solía estarlo. Pero en marzo Stéphane seguía sin aparecer y, por mucho que ella lo hubiera echado de su vida, fue durante muchos años una parte muy importante de ella, así que estaba realmente preocupada. Más todavía cuando una mañana, a finales de ese mes, vino una chica con un bebé en brazos y Ana supo al instante que se trataba del hijo y la novia de su exmarido. Verla le partió el corazón.

Su hermana y sus amigos le restaban importancia, evitaban hablar del tema y, cada vez que Ana sacaba a relucir el nombre de Stéphane, ellos cambiaban de conversación en el acto.

En mayo murió la madre de Álex.

El personal médico de la residencia ya les había informado del deterioro cada vez más acentuado de su salud. Estaba más triste y apagada de lo normal. Pero una mañana, y para sorpresa de las enfermeras, se levantó del asiento frente a los ventanales donde solía ponerse a mirar los árboles y los pájaros y se dirigió al piano de cola. Se sentó y comenzó a tocar la partitura que estaba colocada en el atril. Cuando terminó, volvió a su silla. A la mañana siguiente, llamaron a Álex para decirle que su madre había fallecido mientras dormía, tranquila, en paz y sin sufrir lo más mínimo. Cuando le contaron el episodio del piano, Álex insistió en saber qué pieza era la que estaba puesta en el atril y, cuando se lo dijeron, simplemente sonrió.

Ana fue a Madrid al entierro. Era la primera vez que iba a encontrarse con los amigos de Álex. No es que no hubiera querido conocerlos antes, pero entre la desaparición de Stéphane y el arranque del negocio, no había tenido tiempo de tomarse unos días.

Álex la presentó a cada uno de sus amigos como «mi novia, Ana» y, a pesar de la tristeza de la ocasión, todos se mostraron emocionados de conocerla. Más tarde, cuando la ceremonia había terminado, fueron a su ático acompañados de Julio y Eva con la pequeña Lara.

Mientras Julio salía a pagar al repartidor de la comida a domicilio, Álex y Eva tomaban una copa de vino y observaban a través de los cristales cómo Ana estaba jugando con la pequeña en la terraza. Eva se paró un momento junto al cuadro que presidía el salón y se quedó observándolo. Era una pintura abstracta en tonos cálidos y suaves. En el centro, se sugería la forma de una anciana en colores ocre y terracota y, al lado, otra figura más joven y dinámica se alzaba en tonos azules y verdes. Estaban bajo un árbol cuyas hojas eran simples manchas de color que parecían estar dotadas de movimiento y vida. El fondo evocaba al cielo con matices en amarillo y lila. Toda la pintura transmitía calma y conexión con la naturaleza. Como todo lo que crea Ana, representa paz y armonía y Eva no pudo evitar que le cayera una lágrima mientras la miraba. Cuando se volvió hacia su amigo, se enganchó de su brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Esa chica es maravillosa, Álex.

—Lo sé.

—Pues no la dejes escapar.

—No pienso hacerlo.

El verano fue un ir y venir de turistas al hotel, hasta el punto de que las reservas para conseguir una habitación se acumularon y

tenían todas sus habitaciones ocupadas hasta finales de año. El tiempo de espera para conseguir una mesa en el restaurante era de más de dos meses. En septiembre, decidieron tomar unas más que merecidas vacaciones y Álex reservó un viaje a París.

Ana hablaba del verano que pasó en la capital francesa en su época de la universidad y de cómo se moría de ganas de volver a viajar allí. Así que Álex no lo dudó ni un instante y, en cuanto tuvieron ocasión de cuadrar sus agendas, reservó vuelos y un hotel para París. Ana se pasaba las horas muertas hablando de su época bohemia allí.

—Pienso llevarte a ver todos los sitios típicos, pero además vas a experimentar lo que viví en mi época de estudiante —le decía emocionada—, verás…

»Existe un club de artistas al que sólo puedes acceder por invitación de otro miembro del club o recomendación de un pintor de cierto prestigio. Se reúnen en un zona emblemática de la ciudad todas las semanas y se retan a pintar. Todos pintan lo mismo y en el mismo momento. Cada uno se expresa con su estilo y la única condición es que los cuadros se inician allí y terminan allí. Una persona se encarga luego de ponerlos a la venta todos por el mismo precio. Hay un blog donde concretan el lugar en el que se realizará el reto, pero el anuncio siempre se produce en el mismo día, así nadie puede ir antes.

»Hay otros lugares en París en los cuales los artistas pintan, pero es todo muy comercial y turístico. Si quieres conseguir auténticas obras de arte tienes que ir a estos lugares. Allí es donde van los marchantes, los cazatalentos y, en general, todo aquel a

quién le guste el arte. Además, es un trampolín para los noveles. Los artistas anotan la fecha y su número de teléfono personal en el reverso de la pintura y aquel que quiere ver más de su obra puede contactar con el pintor o pintora. Es todo muy secreto, misterioso y anónimo. Podemos ir y comprar algunas pinturas para nuestra galería, y quién sabe, a lo mejor descubrimos a un nuevo Picasso.

Álex nunca había estado en París, así que se deja llevar por todos los rincones, los lugares más turísticos y los menos conocidos a los que Ana lo arrastra. Visitar un museo con una artista es una experiencia completamente diferente a hacerlo por tu cuenta y Álex lo disfruta enormemente. En el Louvre ven la Gioconda como buenamente pueden porque la sala está repleta de turistas pero Ana lo lleva por el laberinto de pasillos hasta una sala mucho más pequeña y vacía.

—Es el retrato de Chopin de Delacroixe. A tu madre le habría encantado, ¿no crees? —le dice señalando la pintura con una medio sonrisa.

Ver obras de arte, visitar museos y barrios característicos es una maravilla, pero simplemente pasear por las calles con ella de la mano, es una experiencia que no olvidará jamás. En uno de los enormes paseos recorriendo la ciudad, llegan al cementerio de Pere-Lachaise.

—¿Me has traído a un cementerio? —le pregunta extrañado.

—A un cementerio no, al CEMENTERIO. Es el más famoso del mundo, y aquí descansan los restos de multitud de celebridades —le contesta dándole la mano—. Ven conmigo, anda.

Pasean y visitan las tumbas de Delacroix, Jim Morrison, Maria Callas, Edith Piaf, Oscar Wilde y un sinfín de personalidades, hasta que llegan a una de las tumbas más destacadas y bonitas de todo el cementerio.

—Chopin —dice Álex suspirando—, no sabía que estaba enterrado aquí.

—Ya me he dado cuenta cuando te has extrañado al traerte a un cementerio. Pensé que te gustaría.

—A mi madre le habría gustado más todavía —dice en voz baja emocionado—; ella nunca salió de España y esto le habría encantado. Todo este lugar y París en general. ¿Por qué no te conocí antes? —le pregunta besando su mano.

—Lo bueno se hace esperar.

Por la noche acuden a una de esas galerías secretas donde se venden las pinturas de las que le ha hablado tantas veces. Por fuera nadie diría que ese local alberga obras de arte; por dentro es simplemente un espacio diáfano en el que sobre las estanterías se apilan láminas pintadas de distintos lugares de París. Es una extraña mezcla de estilos y técnicas pictóricas. Hay pinturas al óleo y al pastel. Témperas y acuarelas, en tinta o en aerosol. Las hay que son simples bocetos y otras están prácticamente preparadas para enmarcar. En blanco y negro y a todo color. Hiperrealistas y abstractas. En algunas se identifica enseguida el objeto, monumento o paisaje retratado. En otras, se adivina y, en las más abstractas, hay que hacer un verdadero ejercicio de imaginación para ver lo que se supone que debería verse.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Ana de pronto frente a una en concreto. La examina detenidamente dándole la vuelta para leer el número de teléfono y la fecha escrita— ¡Está vivo!

—¿Quién está vivo? —le pregunta alarmado Álex.

—¡Stéphane! Este cuadro es suyo, reconozco su estilo a kilómetros.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —De repente se echa a sus brazos y suspira—. ¡Gracias a Dios! Creía que lo habíais matado…

—¡¿Que creías qué?!

CAPÍTULO 31

Ana está tumbada mirando hacia la Torre Eiffel mientras espera a que Álex llegue con las bebidas. Han colocado una manta sobre el césped de *Champ-de-Mars* y han traído una cesta de pícnic con comida. Desde la primera noche en que Ana lo llevó allí a ver cómo se iluminaba la torre, Álex no ha parado de repetirle que quiere volver. La gran explanada es un crisol de nacionalidades, razas, géneros y edades. A un lado, hay un grupo de jóvenes de unos veinte años, chicos y chicas, con una guitarra cantando canciones en francés que Ana no reconoce. Por todas partes hay parejas que, al igual que ellos, están tumbadas con comida y bebida. Se queda mirando una en especial porque, aunque están a cierta distancia, oye cómo el hombre, en español, le dice a su mujer que ha conseguido dos cervezas y ambos se ríen y se sorprenden de que estén realmente frías. El ambiente es tranquilo y, a pesar de la cantidad de gente que abarrota el lugar, es extremadamente romántico.

Cuando Álex llega con dos copas y una botella de vino, Ana se incorpora y le sonríe.

—¿De dónde has sacado dos copas de cristal? —le pregunta sorprendida ayudándole a dejarlas sobre la manta.

—Soy un hombre de recursos —le contesta guiñando un ojo—. ¿He tardado mucho?

—No, que va. Además, ha sido entretenido ver a todas las parejas acomodándose en sus lugares e imaginarme mientras sus historias.

—¿Eso haces?

—Claro, es divertido. Mira —le dice alzando las cejas y señalando con los ojos—, ¿ves esos dos chicos con esas chicas? Pues el alto moreno está secretamente enamorado de la rubia que es la novia del otro chico que además es su mejor amigo. En cambio, la chica del pelo rizado está enamorada del moreno y por eso lo acompaña. Sonríe mucho pero en realidad está supertriste.

—¿Tú crees? ¿Y aquellos dos? El hombre de la gorra y la mujer de las gafas —le pregunta describiendo a las dos personas en las que ella misma se había fijado antes.

—Esos son claramente españoles.

—¿En serio? Él sí que tiene pinta, pero la mujer no tanta.

—Créeme, los he oído hablar —le dice riendo—. Esos son matrimonio. Y probablemente tengan dos hijos ya mayores además de algunos gatos. Por fin han podido dejarlos con ellos y esto es una escapada de aniversario.

—Tienes razón, es entretenido esto de imaginarse cosas. Esos tres —dice señalando con la barbilla a dos chicos y una chica— son una triareja.

—¿Una tria qué?

—Una pareja de tres. Viven en poliamor.

—Vamos, siéntate, que está a punto de iluminarse la torre —le dice Ana mientras ríe y niega con la cabeza.

Faltan tres minutos para las nueve y la noche es fresca, así que ambos se acomodan muy juntos. Con una mano, sostienen la manta alrededor de sus hombros y, con la otra, la copa de vino tinto que Álex ha traído.

—¿Este vino es francés? —le pregunta saboreando el líquido y lamiéndose los labios.

—Of course, mon amour.

Mientras se ilumina la torre y todo el paseo de los Campos de Marte, ambos se quedan callados viendo el espectáculo de luces entre los vítores y ohhh de todos los presentes. Ana se queda inmóvil pensando en el juego de palabras, mezcla de inglés y francés, del que acaba de valerse Álex.

Ha sido una manera de hablar, una expresión divertida siguiendo la conversación sobre imaginarse lo que hacían las parejas allí, pero no deja de tener el significado que tiene y se sorprende.

Álex, en cambio, aprieta los dientes y cierra los ojos con fuerza. ¿En qué estaba pensando al soltar eso? Aún no se han dicho te quiero ninguno de los dos, ni siquiera han hablado de sentimientos. Está en el lugar más romántico de la tierra, con un vino francés carísimo frente a la torre Eiffel iluminada y le suelta de esa manera tan torpe un «mi amor » como si fuera de broma.

Él no es así y se arrepiente tanto de sus últimas palabras que haría cualquier cosa para poder echar cinco minutos atrás el tiempo. Por supuesto que la quiere, está enamorado hasta las trancas de la mujer que tiene sentada a su lado, y claro que pensaba decirle que la ama, pero no de esa manera tan estúpida.

Lleva toda la semana manteniendo esa conversación consigo mismo, ha preparado hasta un monólogo escrito en su cabeza, y ahora lo ha fastidiado todo.

—Hablando de amor… —dice de pronto Ana interrumpiendo la bronca interna de Álex—. ¿Sabes por qué llaman a París la ciudad del amor?

—No quería decir eso —le contesta ignorando su pregunta.

—¿Perdona?

—Lo de *mon amour*. No quería decirlo. Lo siento.

—Ah, vale. Tranquilo, no pasa nada, es una frase hecha, lo entiendo.

—No. Quiero decir que no quería decir esa palabra en francés. —Traga saliva y bebe vino; de pronto, la manta le sobra y empieza a tener mucho calor.

—De acuerdo, no te preocupes, no tienes que decir nada que no quieras decir.

—No. Esa es la cuestión, que quiero decir muchas cosas. Quiero decir que sí quería decirlo, pero no así. Dios, qué difícil es esto. Tenía todo un discurso preparado y lo estoy fastidiando.

—No estás fastidiando nada, está bien. Ha sido el momento, este lugar, el entorno y la gente…

—Te quiero. Estoy enamorado de ti —dice al fin interrumpiéndola y sacando todo el aire que parecía haber estado guardando en sus pulmones.

Álex se queda mirándola fijamente, estudiando cada una de las pequeñas reacciones del rostro de Ana. Ella sonríe y se acerca

lentamente. Agarra su mandíbula con una sola mano y la acerca a sus labios dejando un suave beso.

—Yo también te quiero.

Podría al fin respirar tranquilo si fuera lo único que tiene que decirle, pero es sólo la punta del iceberg. Guarda dentro un montón de palabras que ahora luchan por salir de su corazón, aunque totalmente desordenadas.

—Quería habértelo dicho mucho antes, pero han pasado tantas cosas… Lo último, la muerte de mi madre, todo el trabajo que estamos teniendo. Yo sólo quería que fuera especial. Quería hacer algo digno de ti.

—No tienes que hacer nada especial. Lo importante es lo que sientes, no el dónde y el cuándo.

—De acuerdo. —Hace una pausa y toma aire profundamente—. Entonces ¿puedes sostenerme esto un momento?

Ana sujeta las dos copas de vino mientras Álex mete su mano en el bolsillo del pantalón y saca una pequeña caja que deposita en la manta, entre los dos. Ana se queda mirándola fijamente y Álex le quita las dos copas de la mano suavemente.

—No voy a hincar la rodilla porque hay demasiada gente aquí y, aunque no lo parezca, soy un poco vergonzoso, pero esto me está quemando en el bolsillo del pantalón desde que salimos de España. He estado buscando el momento perfecto, el lugar adecuado, el entorno más romántico y puede que este sea el menos idóneo de todos en los que hemos estado, pero no creo que encuentre nada que esté a la altura de lo que creo que mereces.

Las luces de la torre se han apagado, algunas personas han recogido y se marchan, otras nuevas vienen y se acomodan para el próximo turno en el que vuelvan a encenderlas. El amplio y alargado parque es un ir y venir de personas pero Ana no ve nada más que esa caja que ahora tiene entre sus manos, ni tampoco escucha ni un sólo sonido que no sea la voz de Álex.

—Ábrela, por favor —le susurra él.

Ana tiene los ojos vidriosos y un enorme nudo en la garganta que le impide hablar, pero lo mira intensamente antes de levantar la tapa de la pequeña caja con mucho cuidado.

—Ana, ¿quieres casarte conmigo?

Y puede que esta sea la propuesta de matrimonio más torpe y estúpida que haya visto París en toda su historia, pero cuando Ana le dice que sí echándose a sus brazos y derramando el vino encima de ellos, para Álex es simplemente perfecta.

CAPÍTULO 32

Desde que Stéphane volvió a la ciudad, los amigos de Ana volvieron a retomar el grupo de WhatsApp que llevaba ya más de un año en silencio. Justo el año que hacía que ella había firmado los papeles del divorcio que él le había enviado por correo.

8 ene 2023

Patri

Podéis creer que el hijo de puta le ha mandado los papeles por correo?

Santi

Al menos ya se ha librado de él.

Laura

Ya, pero la pobre lo está pasando mal.

Cloe

Lógico, llevaban años casados.

Mario

Ya :(Bueno, chicos, ahora que ya parece definitivo, yo me salgo que tengo muchos grupos abiertos.

25 dic 2023

Patri

Chicos, el Morro ha vuelto.

Santi

Qué???

Patri

Como lo oyes.

Se ha presentado en mi casa esta tarde.

Laura

Vaya mierda. Entonces, qué hacemos? Metemos a Mario otra vez en el grupo?

Cloe

No, déjalo Laura. Espero que no sea necesario y que el parásito ese se vaya pronto.

Laura

vale

jue, 4 ene

Santi

Os juro que como tenga que servirle otra comida más al morro este, me va a dar algo.

Patri

Échale laxante jejeje

Cloe

Nena, no des ideas anda.

Patri

Si es sólo para quitarle esa cara de estreñido.

Laura

jajajajaja

mar, 9 ene

Santi

Patri, mete a Álex en el grupo.

Patri

Os lo iba a decir!

Laura

metemos a Mario también?

Cloe

Mejor que no, Laura. Con Álex ya tenemos bastante.

Laura

vale

Patri ha añadido a Álex

Álex

Hola a todos!

Santi

Hola tío

Laura

holi :)

Patri

Tendremos que hablar y pronto. Esto se está yendo de las manos.

….

vie, 19 ene

Patri cambió el nombre al grupo a «Esteban morro al cuadrado»

Patri

Menuda cara le has dejado, Santi. Eres mi ídolo.

Cloe

No te pases cariño, espero que encima no te denuncie, Santi.

Álex

¿Cómo llevas la mano, tío?

Laura

la lleva fatal. Lo tengo aquí al lado y escribo yo porque él no puede :(

…

sáb, 27 ene

Patri

Hasta aquí hemos llegado. Mañana nos vemos donde os he dicho.

A las 12.

Y pensar una excusa, eh?

Álex

Ok

Santi

Oído cocina!

Laura

ok

……..

Cuando Stéphane gira la esquina y se los encuentra a todos juntos en vez de al «Pecas», tuerce el gesto.

—Mira por dónde, la pandilla al completo —dice mirando a todos lados.

—No busques a nadie, tu camello no va a venir —le explica Cloe con una sonrisa.

—Entonces esto no es una desagradable coincidencia sino una puta encerrona, ¿no?

—Más bien es una intervención —añade Álex.

Stéphane se dedica a mirarlos de uno en uno. No tiene miedo pero está intrigado de ver por dónde van los tiros y no va a dejarse intimidar.

—Muy bien, pero antes de que digáis nada, quiero informaros de que pienso poneros una denuncia por lesiones. A ti —dice

señalando a Álex—, y sobre todo a ti, capullo —señala ahora a Santi —; y tú eres policía —exclama dirigiéndose a Cloe—. ¡Esto es acoso!

—Relájate un poco, imbécil. Que sólo queremos hablar — interviene Santi acariciando su mano dolorida.

Stéphane mira inquieto a su alrededor. Es una zona apartada de casas viejas de protección oficial, donde se suelen hacer trapicheos de poca monta, se vende marihuana y, por las noches, vienen parejas en coche. Está desierto, quizás porque el «Pecas» ha informado a sus colegas de que iba a haber algo de vigilancia esa mañana.

—Vale, ¿qué queréis?

—Sube al coche —le dice Patri abriendo la puerta de atrás de su Honda.

—¿Qué? Ni de puta coña.

—Mira —le explica Álex—, puedes subir tú solito tranquilamente en estos momentos o puedes forcejear un poco con Santi y conmigo y que te metamos a empujones unos minutos más tarde. Pero subir al coche, vas a subir. —Le mira desafiante—. Tú eliges cómo hacerlo.

Patri conduce su Honda con los tres hombres en los asientos de atrás. Stéphane va en medio de los dos y apenas puede moverse. Aunque se pasa todo el camino preguntando, no obtiene ninguna respuesta, ni de Patri ni de sus dos escoltas. Cloe y Laura van en otro coche detrás de ellos.

—¿A dónde vamos? No pensáis decirme nada, ¿no? No os pega nada comportaros como mafiosos, no sois más que unos aficionados que han visto muchas películas de polis.

Una media hora después, llegan a una bifurcación y toman el camino que conduce a una gran pinada rodeada de una verja que esconde, a la sombra de sus árboles, una bonita casa.

La arrogancia y seguridad que tenía Stéphane hace unos minutos, desaparece de un plumazo.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunta asustado—. ¿Es que estáis mal de la cabeza?

—Ya te hemos dicho que sólo queremos hablar —le contesta Santi empujándolo dentro—. Cállate, siéntate ahí y escucha.

—Laura, ¿quieres quedarte fuera? —le pregunta Cloe—, al fin y al cabo, esto es más cosa nuestra y tú eres muy joven. Tampoco queremos obligarte a que participes.

—¿Participar en qué? —grita Stéphane levantándose de la silla. Álex le pone la mano en el hombro y lo vuelve a sentar rápidamente —. Pero, ¿es que se os ha ido la puta olla?

—No, quiero quedarme —dice Laura con decisión.

—Entonces, empecemos.

La expresión de Stéphane en esos momentos es de puro terror. Tanto que el dolor de su muñeca se le olvida completamente y aprieta con fuerza los brazos de la silla hasta que sus nudillos se ponen blancos.

—Respira imbécil, que no te vamos a hacer daño —dice Patri, quien ha estado callada todo el tiempo.

—Stéphane —comienza diciendo Cloe—, nos hemos reunido para solucionar nuestro problema que no es otro que tú. Tú eres nuestro problema y, además el de Ana, a la que todos queremos

mucho. Así que te vamos a plantear tres posibles soluciones y ya decides tú solito cuál es la que prefieres adoptar.

Cloe deja encima de la mesa que tiene delante un sobre con una palmada fuerte que asusta nuevamente a Stéphane. Este da un pequeño bote en la silla.

—Primera opción: tomas el sobre con el dinero para comprar un billete de autobús y vuelves a Barcelona. Allí seguro que te espera tu jovencísima novia y tu futuro hijo. Una vez allí, buscas un trabajo honrado, pintando, dando clases o lo que te dé la gana y trabajas para ganarte la vida hasta el día en que te canses e intentes arruinarle la vida a esa chica y a tu hijo, tal y como casi hiciste con Ana.

»Segunda: te quedas, lógicamente buscando un sitio donde dormir y comer. Si quieres, puedes seguir intentando convencer a Ana de que volváis juntos. Pero desde ya te digo que no lo vas a conseguir, ¿verdad, Álex? —pregunta sin esperar respuesta y sin dejar de mirar a Stéphane—. Incluso puedes denunciarnos. A ellos por lesiones, como has dicho antes, y a todos nosotros por secuestro o detención ilegal. Lo que tú prefieras. Pero entonces, yo me pondré en contacto con los prestamistas a los que debes dinero en Barcelona. Son muchos, y debes mucha pasta, Stéphane. ¿Cómo se te ocurre meterte en deudas de apuestas con ese tipo de gente? Son mafias y son peligrosos. Son de los que primero te rompen uno a uno los huesos de los dedos y luego te los amputan, sin contemplaciones. No sé cómo podrías pintar sin los dedos de las manos. Y créeme, esto no lo saco de ninguna película de polis. Lo he visto con mis propios ojos.

»Y luego está la tercera y última solución. No te quiero influenciar ni hacer *spoiler*, pero creo que va a ser la que más te va a interesar. Aceptas el dinero y te largas, desapareces, sin decir nada a nadie, ni a dónde vas ni con quién y no vuelves a aparecer por aquí ni a ponerte en contacto con ninguno de nosotros. Ni siquiera con la madre de tu hijo y, mucho menos, con Ana. Nosotros nos callamos y no volvemos a mencionarte en la vida. Nunca. Fin.

Más que cortarse el silencio, en esos momentos Stéphane podría hasta pintarlo y sería casi tan negro y oscuro como sus cuadros. Mira a cada uno a los ojos y todos le devuelven la mirada sin flaquear. Él, en cambio, está sudando y le tiemblan las manos, pero ahora está un poco más tranquilo que antes.

—De acuerdo.

—De acuerdo ¿qué? —pregunta Patri.

—Elijo la tercera. Desapareceré y no volveréis a verme.

—Y no irás a Barcelona tampoco, ¿no? —Álex ha estado callado pero quiere dejarlo todo bien claro.

—Ya os he dicho que elijo la tercera. No iré a Barcelona y no me veréis nunca más.

—¡Perfecto! —dice Cloe—. Entonces no hay más que hablar. Ahí tienes el dinero.

Stéphane abre el sobre y los mira subiendo una ceja.

—¿Trescientos euros? ¿Qué queréis que haga con esto?

—Mira, gilipollas —Santi lo levanta de la silla agarrándolo de los brazos—. Con eso tienes más que de sobra para pillarte un autobús y comer un par de días. Luego te buscas la vida y te pones a

trabajar. ¿Tiene que estar este tío más tiempo en mi casa? —pregunta dirigiéndose al resto.

—No, ya está todo dicho —le tranquiliza Cloe. Luego vuelve a dirigirse a Stéphane—. A cuatro kilómetros está el pueblo más cercano que tiene una estación de autobuses.

—Espera, tengo mi móvil, mis cuadros y mis cosas en mi coche. Y el coche está frente al hotel.

—No puedes ir en tu coche y tampoco puedes llevarte el móvil. Íbamos a decirte que nos lo dieras, así que mejor déjalo allí. En cuanto a los cuadros… son una puta mierda y no valen ni un céntimo. Y con ese coche no ibas a llegar muy lejos, es una chatarra. Además, el dinero es para el bus, no para gasolina. Así que escucha bien. Vamos a dejarte al lado de una carretera. En el kilómetro 47 hay un camino a la derecha. Ese camino te llevará a una carretera secundaria que llega a ese pueblo. Compra el *ticket* del autobús y vete donde quieras.

—¿Tengo que ir andando? —dice quejándose exageradamente —. ¿Es que ni siquiera vais a llevarme hasta allí?

—Escuchad —vuelve a intervenir Santi—, ¿por qué no llamamos directamente a esos a los que debe dinero en Barcelona y que le corten también la lengua? Estoy harto de escuchar a este payaso. Cuando se largue, me avisáis.

—Está bien, está bieeeen —dice al fin resignado y levantando los brazos en señal de rendición—. Ya me voy.

—Ha sido emocionante. Y sí que parecía que estábamos en una película de policías —dice Laura cuando ya se han quedado solos los cinco en la casa.

Santi ha sacado cervezas y algo para picar. Todos beben algo más relajados y se sientan alrededor de la chimenea.

—¿Creéis que volverá? ¿O cumplirá lo que ha dicho?—pregunta Álex.

—Yo creo que lo hemos acojonado bastante. No creo que vuelva —asiente Patri—, se estima mucho las manos.

—¿Qué le diremos a Ana? —pregunta inocentemente Laura.

—Ana nunca debe saber qué ha pasado aquí hoy —sentencia Cloe mirando uno por uno a todos—. Ahora, de lo único que tiene que preocuparse es de ser feliz.



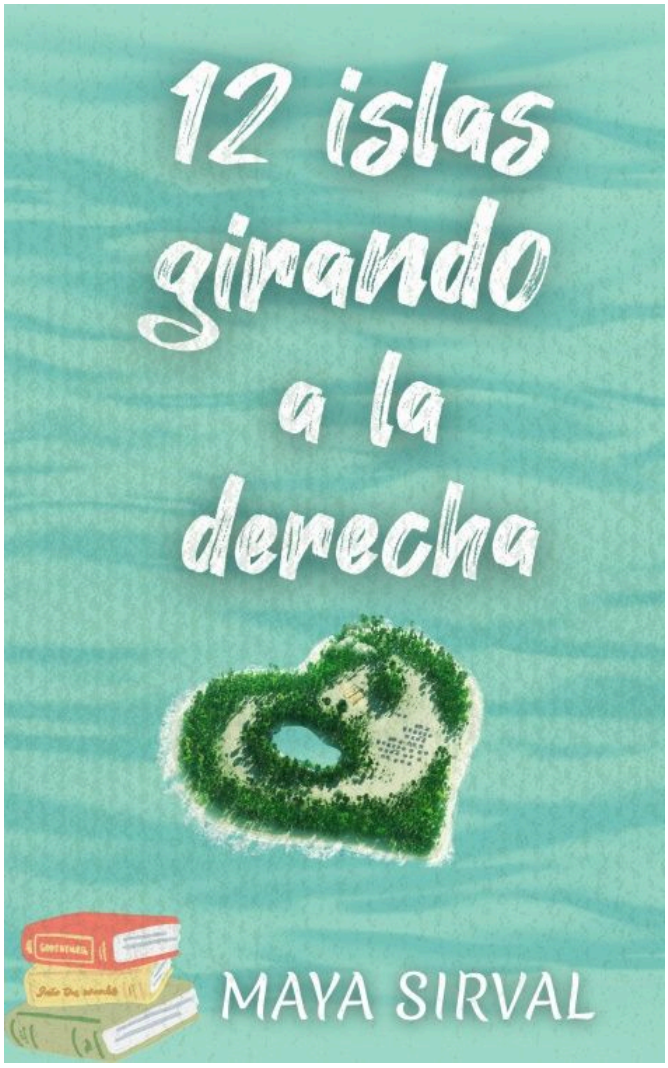
Cuando la famosa actriz de Hollywood regresa al pueblo de su infancia tras la muerte de su madre, se ve envuelta en una serie de encuentros y desencuentros con sus amigos de la infancia.

Después de doce años, estos han seguido con su vida y no olvidan que Carolina, que es como realmente se llama, se marchara sin despedirse y no haya querido saber nada de ellos en todo ese tiempo.

Entre reproches, recuerdos y más de una sorpresa empieza a preguntarse si el amor que tanto buscó estaba, desde el principio, justo donde nunca se atrevió a mirar.

¿Y si el lugar al que juraste no volver… fuera el único donde te queda algo por descubrir?

ENLACE A AMAZON



J.R. Landing, el autor más exitoso de la actualidad, va a desvelar su identidad.

Cinco lectores de distintos lugares del país reciben una invitación que parece sacada de una novela: conocer en persona al autor más misterioso del planeta.

Entre enredos, corazones heridos e islas privadas, descubrirán que a veces los libros no solo te salvan… también te encuentran.

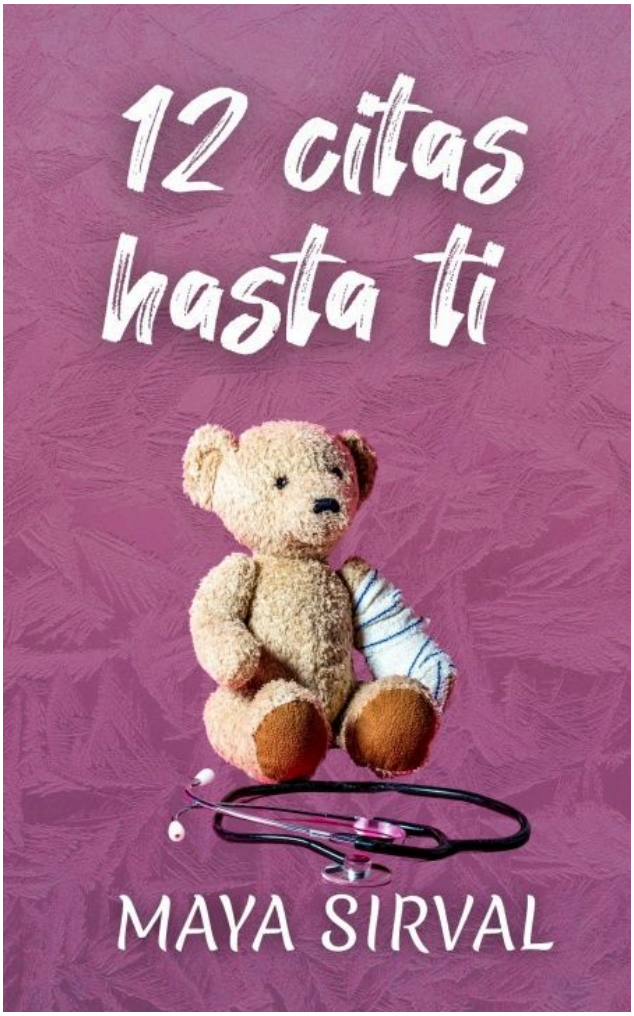
PREVENTA de 12 islas girando a la derecha



Emma siempre ha creído en el control. En los planes bien trazados. En hacer las cosas "como se debe".
Después de todo, ya cometió un error imperdonable en su última semana de instituto… y no piensa repetir la historia.

Ahora, en su última semana de universidad, todo parece ir como ella esperaba: futuro brillante, novio ideal, trabajo asegurado.
Hasta que el universo —o algo que se le parece mucho— empieza a devolverle cada una de las 12 leyes del karma.

PREVENTA de Las 12 leyes de mi karma



Ruth tiene un hijo de dos años, un trabajo en una perfumería, una carrera en publicidad que aún no ha terminado…
y una decisión: volver a ponerse en "el mercado".

Esa es la idea. ¿Tiene un plan? Más bien todo se convierte en un caos romántico con perfume de comedia:
Un papá encantador de la guardería, un ligue de discoteca con baile incluido, un antiguo compañero que le ayuda con los trabajos, un match en Tinder con sorpresa desagradable…
y hasta un desliz con una compañera de trabajo después de demasiados chupitos.

PREVENTA de 12 citas hasta ti

Este libro no habría sido posible sin la ayuda, el apoyo y la paciencia de algunas personas muy especiales.

A Fran, que no solo ha corregido cada línea con ojo crítico, sino que también ha soportado mis desvaríos literarios, mis bloqueos y mis repentinos ataques de inspiración a horas intempestivas. Gracias por tu paciencia infinita y por ayudarme a dar forma a esta historia.

A Santi, por iluminarme el camino en el laberinto de la publicación. Sin tus consejos, seguiría perdida entre dudas y formularios.

A mis hijos, porque cada uno, a su manera, ha dejado su huella en este libro.

Y, por supuesto, a ti, lector/a. Porque sin ti, estas páginas no tendrían sentido. Gracias por darle vida a esta historia y por acompañarme en este viaje. Si además he conseguido que te emocionaras en algún momento del mismo, mi felicidad será completa. Espero que hayas disfrutado tanto como yo. Nos vemos en la próxima historia.

Solo te pido un último favor: que dediques un minuto a valorar la novela en la plataforma donde lo hayas adquirido. Esa pequeña pero gran contribución es vital para los que decidimos crear historias a partir de la palabra.

Con cariño,

Maya Sirval

SOBRE LA AUTORA

Maya Sirval es una persona que siempre se ha dedicado a la música. Ha sido su trabajo pero también su gran pasión, pero como este es un mundo tan caprichoso a veces, decidió lanzarse a la piscina y sumergirse en su otra gran pasión: escribir historias.

Como ella misma afirma: «Trato de llevar a una página en blanco aquellas comedias románticas que me gustaría leer o ver en la pantalla. Amores imposibles, inevitables, irrepetibles pero siempre siempre, con un final feliz».

Un hotel para dos corazones es su primera obra, pero detrás de esta historia de hoteles y amores ya esperan otras novelas.

Instagram Maya Sirval

Facebook Maya Sirval – Escritora

Facebook Grupo de lectoras de Maya Sirval

SUBSTACK MAYA SIRVAL

SÍGUEME EN AMAZON